EL GOLPE EN VAGO.

CUENTO

de la 18.va centuria

POR

D. JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.

Y si, lector, digerdes ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

Juan de Castellanos, elegías y elogios, etc.
CANTO 1.°, OCT. 3.ª

TOMO I.

Madrid.
Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

R.10.63

INTRODUCCION.

Carta de don Alejo Cevallastigardi y Chodapeturra al editor.

San Sebastian, 1.º *de enero de* 18..

MUY SEÑOR MIO:

Ya me parece que le veo á usted confirmar preocupadamente de ileibles los papelotes del adjunto paquete, si por casualidad ha mirado la firma y observado por ella que yo, autor suyo, he tenido la felicidad de ver la luz en las provincias. Pero no es de usted el juicio, el que un bledo á mí me importa, sino el fallo del público, que no bien ha echado el ojo á nombre del solar de Vizcaya en el rótulo de un libro, cuando á las mientes se le viene aquello de "si lanza arrojas y espada sacas," como si no tuvieramos nosotros cascos, lengua y pluma tan buenas como las que se encuentran allende. Y no crea usted que me pese esta necia opi-

nion popular por el respeto ó amor que al público le tengo; que sería yo asaz de mentecato si amara la mezcla de ignorante plebe, nobleza ignorante, caprichosas viejas, petulantes niñas, lampiños mancebos, hombres sin mérito ni luces y chiquillos llorones, de que en la totalidad se compone el dicho público, aunque haya engastadas en él, como Margaritas en cieno, algunas personas de virtud y de talento, cuya admiracion valga un comino. Por lo que me toca á mí al alma la tal frasecita de "si lanza arrojas," es porque me toca el bolsillo. Quiero decir, que el caribe del público se guardaría muy bien de comprar el libro de pasatiempo, en que viese por el del autor un nombre acabado en la sonora terminacion de Urrua, Agarri *ú otras igualmente armoniosas de mi provincia. Por ende, y para que pueda valerme la brillante produccion que le envio un caudal, si es posible, porque mi objeto, para con franqueza hablar, es enriquecerme pronto con la pluma, sírvase usted, que entiende ese trapicheo, de hacér-*

mela imprimir, poniendo al frente otro nombre que acabe en apelmazadas aes, *ó de modo cualquiera, con tal de que antes parezca tártaro que vizcaino.*

Como no dudo que se agolpará el público á comprarla cual pan bendito, me ha parecido conveniente advertir á usted se depositen las sumas que vaya produciendo por mano de usted propia, pero con el correspondiente recibo, en una de las principales casas de comercio de esa corte que tenga correspondencia con Inglaterra, en cuyo banco pienso ponerlas á interés. Se apropiará usted por via de comision un cuartillo por ciento, que no es mala grangería, y podria sacar de ella un dineral.

Puede que á mis años y en mi carácter y canas halle usted estraño, pues tal es la fatuidad humana, el que me ponga ahora á contar cuentecitos. ¿Pero á quién le sienta mejor hacerlo que á los ancianos, segun aquello de Narrative old age, *de Pope? Tambien me han dicho algunos indiscretos, que en caso de escribir libros*

inútiles, cual son todos los que no tratan de asuntos píos ó científicos, como es á saber, vidas de santos ó artes de cocina, debia elegir un poema épico, bien clásico y pesado, cuyos personages se llamasen Patroclos, Acates, Ulises &c. En él podia imitar á mis anchas á los antiguos, y repetir por la millonésima vez lo que ellos digeron con otras palabras. Ó si me da por lo lírico ó lo bucólico, elegir alguna pastorcita de las muchas que en estas cercanías guardan cerdos, quitarle el nombre vulgar de Pacorra ó Manola con que se distinguen, llamarla Silvia, y componerle versos que me hicieran inmortal. Todo menos invencion. El privilegio de ver y pintar la naturaleza fue de los antiguos. A nosotros nos está vedado retratarla directamente, y es preciso que nos contentemos con remedar las copias de los griegos y de los romanos, ó cuando mas de los franceses, aunque en esto parece que varía el sentir de nuestros doctores. — ¿Pero por qué es todo eso? le pregunté al Sandio rechinándome los dientes: ¿es nuestra na-

turaleza inferior á la que los clásicos gozaron? — No está ahí el item, me contestó el crítico, sino en que, si á usted, por ejemplo, se le va la pluma mañana y nos escribe algo que no puede ajustarse á la ley épica de Homero, á la dramática de Terencio ó la sátira de Juvenal, ¿cómo habian de juzgar de ella nuestros doctos? ¿con qué reglas de Aristóteles ó de Longinos habian de medirle á usted las palabras, sino conocieron su asunto de usted aquellos reglistas? Y como los doctos que juzgan son hombres de carne y hueso, pero sin talentos ni inspiraciones propias, ni mas riqueza mental que saber á fuerza de años de estudio algo de lo que en instantes de fervor poético escribieron otros, si usted ó semejante quidam que ni es doctor ni miembro de la academia le pone delante un cuadro nuevo, para cuyo examen no basten sus anteojos, cuya profundidad no puedan penetrar, cuyo colorido los deslumbre, como por un lado no entienden el asunto, y por otro son tan sabihondos que de puro saber viven, dicen que es una

monstruosidad la pintura, y se aperrean contra ella, para no descubrir lo inútil de sus herramientas, ni que se mofe de ellos la plebe. De aqui es, señor don Alejo, la tirria que tienen nuestros doctos á los autores ingleses y alemanes. ¿Pues no se la han de tener, señor, sino los entienden? Uno de ellos, y de los muy pedantes y doctorales por mas señas, tuvo no ha largos años la audaz majadería de intentar un ataque contra Shakespeare traduciéndole, ó mas bien descuartizándole su Hamlet. No hay línea en la version, aunque da ésta vehementes indicios de no haberse hecho de la lengua original, no hay línea, repito, que no demuestre palpablemente la presuncion ridícula, la ignorancia y desacierto con que en cuanto dice procedia el traductor. Nadie se ha burlado aun de esta miserable parodia, que no traduccion; ¿y por qué? por cuatro razones principales y cuatro mil accesorias. Primera, porque pocos conocen ni el original ni la copia. Segunda, porque el desventurado copista era tambien de los doc-

tores. Tercera, porque fue su objeto al farfullar aquellas duras y borrosas páginas, combatir el desenfreno inventor de los modernos, y volver este derecho á sus antiguos cauces. Cuarta, porque los doctores ó sabios de respetable y autorizada crítica no saben el inglés, é ignoran cuántas dió en la herradura su colega. Asi, pues, déjese usted de cuentos ni consejas, y á lo épico, señor don Alejo: ó ya que quiera usted obstinadamente que hablen sus personages en prosa, unos dialoguitos principiando con Muchas veces he pensado, oh Teofilo, *ó cosa semejante que pueda pasar por imitacion de Platon. ¡Pero novelas! ¡Se le tragarán á usted vivo! Eso de contar cuentos es cosa de niños ó damiselas sentimentales.*

Le confieso á usted que me encendió el crítico en cólera. Me hubiera tirado á él... pero reprimiéndome le dije: ¿con que me quiere usted hacer creer formalmente que Cervantes, Voltaire y Sir Walter Escott, eran tres señoritas petimetras ni mas ni menos?

— *¡Ah! eso es diverso, me contestó: esos son grandes hombres.*

— *¡Pues cogílo, por Santa Ana! le repliqué con la tenacidad de mi provincia. ¿Y son sus cuentos buenos?*

— *Admirables... pero...*

— *¡No hay peros conmigo! Segun usted confiesa existen novelas buenas que han dado justa y honrosa inmortalidad á sus autores. Las novelas malas serán de niños y damas, asi como los poemas épicos malos son propia fruta de pesados y estúpidos estudiantones; las malas historias de muñidores de cofradía, y los malos versos amorosos de todo el mundo; sin que esto deba quitar su fama á los primeros en cada clase, como Homero, Cervantes, Tácito, Garcilaso y Herrera. Lo malo, señor crítico vinagre, ya sabiamos que era malo antes que usted ni sus doctores lo dijeran, aunque se tratase de oro, vino ó diamantes; lo bueno siempre es bueno ¡voto á tal! aunque sea agua pura, hierro ó mármol; y en cuanto á los géneros, no es mejor ¡vive Roque! lo trágico que lo có-*

mico, elegiaco ó novelesco, pues son composiciones de diversa inspiracion y consecuencias, y no pueden compararse entre sí, como no pueden los estilos del Correggio, de Rafael y Morillo, cuyas bellezas respectivas consisten en cosas diferentes, aunque todos juntos y cada uno de por sí creó mas bellezas que usted ni sus doctores han imaginado en el discurso entero de tan largas é inútiles vidas como llevan. ¡Mucho de enhoramala para él, el hallafaltas!

Salió mi hombre cabizbajo, y obró como prudente, porque arranques me dieron de hacerle salir por la ventana; pero del enemigo el consejo. Como me dijo que no inventara, me he guardado cual de pecar de poner una sola cosa sacada de mi cabeza. Usted sabe, y si no sépalo, que fue mi padre hijo de un caballero abuelo mio, el cual sirvió de mayordomo en Sevilla á los marqueses de E. —; á uno de cuyos títulos le pasaron varias aventuras que forman el asunto de mi obra. Los papeles originales que comprueban los hechos

envio á usted para que vea que no miento, y sepa de fijo que no hay cosa alguna inventada por mí sino es la retahila de contar y decir, dijo fulano, respondióle zutano, volvió fulano á repetir, zutano respondióle, y otras frases de puro ornato que hermoseen la sequedad de la accion.

Esperando que lo hará usted de modo que de manera alguna husmee el público mi nombre ni alcurnia, ni piense que el cuento es inventado ni mio, y confiado en que á vuelta de correo tendré carta de usted, incluyéndome letra de los primeros productos de mi obra. Queda de usted muy atento y seguro servidor Q. S. M B.= Alejo Cevallastigardi y Chodapeturra.

P. D. No sería fuera de propósito que latinizara usted los nombres de los personages, si á tanto alcanzan sus letras.

EL GOLPE EN VAGO.

CAPITULO PRIMERO.

Come; shall we go and kill us Venison?
And yet it irks me, the poor dappled fools,
Being native burghers of this desert city,
Should, in their own confines, with forked heads,
Have their round haunches gored.

Vamos á la selva
á cazar venados,
aunque harto me pesa
que á los pobres diablos,
del monte desierto
libres ciudadanos,
la frente enramada,
en sus mismos campos,
de sangre bañemos
con duro venablo.

Shakespeare.

Erase que se era, y el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien le fuere á buscar, que en el medio de uno de los mas calorosos dias del verano de

mil setecientos y pico, estacion y hora en que en España de manera alguna...

. . . . . «Volge 'l desio
A' naviganti, e 'ntenerisce il cuore.»

se apareció por las sierras de Andalucía, caballero en una mula coja, un personage como hasta de cincuenta años de edad, de robusta talla y vigorosos miembros. Cubríale la cabeza un formidable sombrero de la forma de las canoas de indias, los hombros y espaldas una abundante capucha de franela blanca, y el cuerpo túnica de lo mismo, arremangada la falda y prendida á la cintura para que no se empolvase y dejara libre movimiento á las robustas piernas del ginete. Eran de ante los calzones, de cuero tambien los botines, alta la silla de arzon, estribos de hierro, pretal tachonado y freno con cascabeles.

El cansancio de la mula hacia cada vez mas sensible su cojera. Tambien la vista del animal debia haber padecido algo á fuerza de años: á cada paso un tropezon, á cada tropezon un espolazo. Si

hubiese sabido bablar la mula, hubiera recordado al espoleador el mucho peso de su persona y el de las alforjas que llevaba á la gurupa; no pudiéndolo hacer, sufria en silencio los palos, como otros que no son mulas, mientras su dueño picaba con una guaiceña de dos tercias un chicote de tabaco negro. La misma cuchillla le sirvió de eslabon, y á poco rato iba ya gozándose en las delicias de un pestilente cigarro. Momento aciago para la mula, pues apenas las manos del fumador quedaron desocupadas, tiró de la vara que llevaba debajo del muslo izquierdo, y le mosqueó en tal guisa las orejas, que le restituyó mal de su grado cierta parte de la fiereza juvenil.

Rara fisonomía era la del reverendo viajero. Rostro ovalado, facciones gruesas y osadas, cejas grandes medio canas, ojo audaz y penetrante, color tostado y labios grandes y espesos. Mucha irascibilidad, castigando á su cabalgadura; pero al deponer la vara, hé aqui otro semblante en que campeaban la sencillez, la

humildad y el descuidado contento. El mismo Lavater no hubiera fácilmente decidido si era nuestro hombre un bendito ó un desesperado. El rosario que llevaba á la cintura favorecia la primer opinion; el trabuco colgado al arzon trasero daba indicios de la segunda. Pero lo que no puede dudarse, segun la distraccion en que parecia envuelto, es que ocupaban su ánimo asuntos de grave importancia, y que iba entregado á profundas meditaciones.

Tal vez hubiera continuado en ellas por mas tiempo, á no haber querido la mula distraerlo, para lo cual hizo primero una genuflexion y profunda reverencia á guisa de apología, hincó en el suelo ambas rodillas, y se echó por tierra con grande compostura.

—Al fin se cumplió mi profecía, dijo el religioso con moderacion ejemplar. Gracias á Dios que no ha habido hueso roto; y apeándose ligeramente miró á la mula y conoció que no tenia cura. Está *in articulo mortis*, añadió, y yo en el caso

mas gracioso del mundo. Gracias les sean dadas al prior que tan buenos palafrenes proporciona á sus inferiores. Si hubiera salido á recoger limosnas, no habria faltado otra acémila mejor en las caballerizas del convento.

La posicion dificil del padre exigía antes movimientos que reflexiones. La mula estaba mordiendo la tierra con medio abierta boca, y los roncos quejidos que despedía, sus amortiguados ojos y abiertas narices indicaban que no tardaría mucho la muerte en librarla de frailes obesos que la montasen. Salió, pues, el viajero con su trabuco en la mano, y sin perderla de vista, en busca de algun pastor á quien dejar la silla y alforjas, ó que tal vez le proporcionase otro bagaje con que llegar al lugar. Discurriendo asi aquellas espesuras, oyó voces lejanas por entre los árboles, y se dirigió hácia el punto de donde salian, cuando de repente le detuvieron los cañones de dos escopetas que vió relumbrar detras de unos matorrales. Se oían ya mas cerca las voces y el la-

drido de muchos perros, y el sonar de cuernos de caza restituyeron su confianza al viandante, que no dudó le socorriesen los monteros.

Apretó contento el paso, y al trasponer la enramada que tenia delante vió á uno de los cazadores en singular batalla con un javalí herido. Habia el caballero, que tal parecia en el trage, perdido su escopeta, que tenia rota á los pies, y el sombrero, que estaba bajo los de la fiera; se defendia empero con increible agilidad á la bayoneta, logró dar otra herida al javalí, pero se descubrió al mismo tiempo, y le hizo el poderoso y ciego animal venir á tierra sin sentido.

Triunfante ya de aquel adversario, se lanzó el furibundo javalí sobre el fraile, que con serenidad varonil, y sin perder un instante, preparó su trabuco. La proc-simidad del objeto hizo inerrable la puntería, y cuatro ó cinco balas que el cañon encerraba despedazaron la cabeza del impávido enemigo.

Pasó todo esto en poquísimos segundos, y tardaron pocos mas en llegar los cazadores. Algunos acudieron al desmayado caballero, otros á examinar las heridas del javalí, y los mas á besar piadosamente las manos del religioso, y á dar aplauso á su proeza con mil gratulaciones y vivas al padre Narciso. Seguíanle en derredor los cazadores con aclamaciones ruidosas, al modo que solian sus propios perros al venado, cuando fijó la atencion de todos uno de ellos, que con descompasados gemidos y abundantes lágrimas estaba de rodillas junto al postrado caballero.

—Mejor les pegaría á ciertos hombres que yo conozco, dijo un cazador de ojos truculentos y avinagrados, mejor les pegaría una rueca que una escopeta; y con estas palabras presentó el pellejo del vino al padre Narciso.

—¿Quién lo duda? respondió su paternidad, despues de un potente trago. ¡Buen brebaje, á fé mia, tio Camueso! Bien pueden darle á Dios las gracias de

que no estaba lejos en este trance el padre Narciso.

—Asi es, contestó el tio Camueso; y es justo que venga á cenar con nosotros esta noche á la taberna del lugar, adonde le agasajaremos como se merece. Pero ¿dónde se mete su paternidad, que no se le ha visto la sombra en todo el año?

—Ni se me verá en seis dias en el pueblo, dijo el padre, si no me buscais vosotros una cabalgadura que me lleve á mí y á aquellas alforjas que traigo cargadas de escapularios y medallas de su santidad.

—Y tal vez con algun pañolito de seda y un par de varas de encaje, dijo con maliciosa sonrisa un viejo de rostro aguileño, chiquitin y vivaracho, que estaba tambien en rueda.

—¡Cepos quedos, lengua viperina! replicó el reverendo sin encono, que si el padre Narciso trae alguna vez media docena de pañizuelos que despachar en el lugar, á ningun pobre le ha cerrado toda-

vía su bolsa ni su botella, y si trae una escopeta con que defender su persona, los hidalgos y los nobles suelen, como aquí veis, sacar el beneficio de ella.

— ¿Qué tienes que responderle al padre, ojos de mochuelo? preguntó el cazador truculento al vivaracho. ¿Porque no vas á preguntarle á tu muger la respuesta?

— Si fuera menester ir, respondió el de la diminutiva figura, iría yo mil veces, aunque fuera descalzo, antes que enviar al padre con el recado.

— Se rió el padre Narciso, y á su imitacion los cazadores, y despues que hubo el jovial religioso devorado una parte no inconsiderable de las provisiones de sus amigos, y quitado su tersura y rotundidad á la bota de lo añejo, ocupó los lomos de una poderosa mula que los cazadores le prestaron, y dejando la suya para pasto de lobos, continuó su camino alegre y satisfecho.

— Hablaron mucho los cazadores de la aparicion del fraile, asegurando que

habia adquirido nuevos derechos á la gratitud del lugar por haber con tanta bizarría librado de la muerte al mejor de sus caballeros.

—Asi es, dijo el viejo vivaracho; el padre de don Cárlos se quedará muy agradecido por haber salvado á su heredero, y por vida mia que me alegro, porque él era el único padre de Aznarcollar que no debia á su reverencia ningun favor particular.

Hubiera este pequeño juvenal recibido de sus compañeros la merecida reprimenda por modo de hablar tan libre, á no haberse quedado él y ellos absortos de una vision que casi pudiera llamarse milagrosa. Se les iba acercando con trémulo paso aquella misma mula que poco antes habian desaparejado y visto muerta. Retrocedieron sorprendidos, y habrian tal vez vuelto á matar al reviviente cuadrúpedo, imaginando su resurreccion obra del demonio, á no haberlo estorbado el caballero, que ya estaba en su sentido y bastante mejor.

Venian siguiendo á la mula su escolapio, esto es, un robusto moceton, al parecer gitano, y una vieja de la misma raza, agoviada de años y enfermedades, segun era la dificultad con que se movia. No fue la casualidad que á aquel sitio los trajo desgraciada. Manifestaba el mozo, bajo el oscuro lustre de su rostro, mucha inteligencia y buena disposicion. Cuando vió al caballero que estaba alli herido, dijo que entendia algo del sistema curativo de trancazos, cornadas y chirlos; se aplicó á curarle el brazo, y confesando con candor ageno, por ventura, de mas formales curanderos, que su ciencia y yerbas no alcanzaban mas que á atajar la sangre é impedir la inflamacion, aconsejó á su paciente no perdiera tiempo en volver á su lugar y ponerse en las manos del barbero.

La vieja compañera de nuestro físico de la legua habia, mientras duraba la cura, revelado gran parte del porvenir á los medio crédulos y medio desconfiados cazadores; y la generosidad ó

profusion con que vió premiar los servicios quirúrgicos de su compañero la animaron á ofrecer al hidalgo su sobrenatural sabiduría. Halló á este nuevo auditor incrédulo y despegado por estremo, y sin manifestar el menor deseo de oir la relacion de los grandes honores y dichas inauditas que le tenia guardadas la fortuna. Apuró la Sibila su elocuencia para persuadirlo; habló de la sagacidad conocida de su raza; y refiriéndose á ejemplos recientes, le recordó la resurreccion de una mula, ejecutada á la vista de toda aquella sociedad ilustre, sin nombrar la cura de aquel brazo hidalgo, hecha sin medicamentos y hasta sin hilas.

— Esos dos portentos, buena vieja, dijo el jóven, se han obrado en objetos tangibles, y no por vuestra agencia, sino por la de vuestro compañero. ¿Tiene acaso mas inteligencia que él?

— Pues si me llaman á mí la tia inteligencia, señor caballero.

— Sin embargo, soy poco crédulo...

— Pues yo le juro á V. S. por esos

mismos cabellos negros como el azabache, cuyos rizos le encubren el cuello, que ya que no quiere dar fé á mis venerables canas, se la dé á su propia maravilla. Yo sabré despertarla. V. S. tiene escrito, generoso, encima de esa frente ancha y despejada, y yo soy el genio de los pechos liberales.

— Bien, pasemos adelante, dijo el caballero, y veamos esas habilidades. Con esta condescendencia quiso tal vez complacer á los cazadores que le rodeaban, y librarse mas pronto de la oficiosa vieja. Aqui está mi mano; ¿cuándo me veré hecho obispo?

— Sepa V. S., señor rapaz, contestó la vieja ya picada de aquel tonillo, que no prodigo yo mi saber á los que le desprecian. El que quiera oirme ha de dar tanta mas fé á mis palabras cuanto mas estúpidas parezcan. V. S. no quiere oirme; ¡paciencia! pero para que se arrepienta de ello, y se persuada de quién yo soy, voy á decirle á V. S. su propio pensamiento, y el secreto que mas guar-

dado tiene en su corazon, y que ni á sí mismo querria revelar.

— El premio será proporcionado al acierto, contestó el jóven, ya con alguna curiosidad. No creía yo tener secreto ninguno, pero pues usted lo dice, verdad debe de ser. Y en cuanto á la otra oferta, ¿qué estoy yo pensando ahora?

— Escucha ¡oh jóven! esclamó la encantadora con mucho énfasis; tú piensas en este instante que estás hablando con una vieja decrépita y algo inclinada á loca.

— Voto á tal, que tiene la muger mil razones, replicó el caballero algo sonrojado, entre mil ruidosas carcajadas de los circunstantes. Y que no debo yo de estar dos dedos de serlo tanto como ella, pues con esta paciencia la estoy escuchando. Pero en cuanto á aquel secreto...

— Esa es cosa reservada, dijo la vieja, y no tengo yo por costumbre divulgar los de nadie.

— Asi, pues, no hay ya secreto...

—Al oido, replicó ella; y haciendo seña á los cazadores para que se apartasen un poco, aplicó los secos labios, separando antes los rizos que la cubrian, á la oreja del caballero. Era la forma de éste vigorosa y simétrica, rutilante y penetradora su mirada, magestuoso su porte, cubierto apenas de vello el labio, y las facciones todas llenas de varonil belleza. Estaba oyendo con plácida sonrisa la comunicacion de la hada, cubierta casi la frente con las rotas plumas del sombrero, la megilla reclinada en la mano, y el codo sobre la base de una tronchada encina, cuando súbitamente reponiéndose le preguntó con admiracion y vehemencia á la gitana: —¿y puede usted satisfacer acaso este deseo? hágalo sin demora, y señálese su propia recompensa.

—Un poder mayor que los que presiden en la tierra me impone silencio, replicó la bruja.

—No hay poder que encadene la voluntad, continuó con mayores instancias el caballero; condescienda usted, y pida.

—¡Basta, jóven seductor! esclamó la hechicera; no sigas, que temo que á pesar de mis años y mis artes me cautive la mirada de esos ojos de fuego. Toma esta banda, cíñela á tus vestidos, ve mañana mismo á la ciudad mayor que haya cerca de tu morada, frecuenta los sitios públicos, y antes que el sol tercero se oculte detras de las montañas hallarás quien pueda satisfacerte, aunque no te respondo yo de que lo haga.

Tomó la banda el caballero maquinalmente, dudando de lo mismo que veía, y casi sospechando que soñaba. Ya sus impacientes compañeros empezaron á acercarse y recordarle que era tarde, y necesario atender á su herida. Sacó la bolsa, y sin examinarla se la arrojó á la profetisa, quien con indescribible modestia se la metió en la faldriquera, desapareciéndose de allí con su mocetón y mula coja, y con mas rapidez que un pensamiento generoso de la mente de un avaro.

—Mientras preparaban su vuelta

los cazadores, los vecinos de Aznarcollar, lugar á que pertenecian, se hallaban ocupadísimos, adornándose con sus ropas de dia de fiesta para celebrar la venida. Esperaban las bellas montañesas que examinasen su garbo y atavío los ojos de amantes, padres y maridos, pues todos los hombres capaces del lugar habian tomado parte en la espedicion que anualmente hacian los serranos contra las fieras de sus distritos, y que solia durar dos semanas.

Poco antes de ponerse el sol estaba, pues, la plaza única de Aznarcollar animadísima con la presencia de todas las madres, comadres, hijas y esposas del pueblo, amen de los chiquillos, y tal cual anciano de los que se habian alargado hasta el monte á recibir la cabalgada. No podian empero las serranas hacer alarde de la beldad y encanto que les dió naturaleza. Sendas mantillazas, ó mas bien mantos cumplidos ¡Dios perdone á su inventor! les cubrian desde la cabeza hasta mas abajo de la cintura, per-

mitiéndoles apenas el ejercicio de un solo ojo. La forma del pie, y el modo de sentarlo en el suelo, eran sobre poco mas ó menos los solos indicios por donde se podia congeturar la belleza de aquellas honradas dueñas y doncellas. ¡Cuántos chascos se hubiera llevado alli un especulador!

Entre tanto número de tapadas, que sin embargo estaban al parecer llenas de esperanza y de contento, entre tanto travieso muchacho como alborotaba la plaza, habia una sola cara de hombre, y ésta séria, meditabunda, y como si la cabeza contigua estuviese ocupada en la resolucion de algun problema de cálculo integral. Pertenecia el pensativo semblante al cuerpo del escribano de la villa, hombre alto, seco, huesudo por consiguiente, vestido de negro, y luciendo una capa de grana de los mejores materiales y última moda. Para honor á tan rico sobretodo, y separarlo del contacto de aquella infinidad de sucios serranillos que por alli jugaban, se paseaba solo el

escribano á la puerta de las casas consistoriales, separado del bullicio, que solian abandonar de cuando en cuando dos ó tres chicuelos, para venir á ver embobados la prodigiosa capa.

— Se dilataba ya la vuelta de los cazadores mas de lo acostumbrado, lo que empezó á poner cuidadosas á sus amigas. Salieron algunas al campo, las siguieron otras, detras los chicos, y al poco tiempo se quedó desierta la plaza, y sin admiradores la capa de grana del escribano. No se habian separado mucho del pueblo los grupos de las amables serranas, cuando se empezaron á oir las deseadas voces de los cuernos de caza, el relincho de los caballos y el bullicio de perros y monteros. Poco despues se oyeron tambien los cantares de los cazadores, á que respondieron las bellas con sus voces y panderetas, mas alegres aún cuando vieron asomar por la colina inmediata los héroes del dia, trayendo en solemne triunfo los despojos de su peligrosa funcion. Precedia la rústica comitiva un jóven á caba-

llo, de gallarda presencia, alegre semblante, serena frente y ligeros movimientos. Ondulaba por el aire su rubia cabellera, por habérsele caido el sombrero á causa de la velocidad del galope. Brillaba en su trage cierto crepúsculo ó desmayado lustre del lujo hidalgo, que si bien lo distinguía de la clase llana, no alcanzaba á indicar que fuese de la ilustre. Este mancebo llegó el primero á nuestras lugareñas, y cambiando en tristeza la alegría que de continuo animaba sus labios, les dijo á dos de las tapadas que no tuviesen miedo, que no era el accidente de peligro. En cielos siempre puros y diáfanos la menor nebulosidad que borde el horizonte turba é inquieta á los que la descubren; en labios perennemente risueños parece mas triste la tristeza. Una de las dos tapadas recedió temerosa, preguntando la naturaleza del mal; la otra se adelantó resueltamente á averiguarlo por sí misma; y un instante despues se hallaba junto al caballero, que no ha mucho vimos herido. Se apeó éste desde lue-

go, ofreció el brazo á la dama, y notando su turbacion,

—Ya veo, le dijo, que Alberto te habrá asustado con su atolondramiento y sus noticias.

—¿Pero es muy grande la herida? le preguntó agitadísima la dama. ¿Puedes mover el brazo? ¡qué palidez tan grande en las megillas! y al decirlo se pusieron las suyas de color de cera.

—¡Herida! repitió con risa el caballero: un mero aruño, que ya hubiera olvidado á no recordármelo el lisonjero interés con que tú le honras. Alberto me creyó sin duda en eminente riesgo, y aun contó medio rosario por la salud de mi alma antes de advertir que estaba entonces tan vivo como ahora.

Rodeaban ya al caballero multitud de personas, preguntándole los pormenores de su faccion, que él repitió cortés y modestamente.

Llegaron en esto al lugar los cazadores con la comitiva que salió á recibirlos, y se dividieron en la plaza en

pequeños grupos, acompañando al caballero á su casa las personas principales del pueblo.

Era la mansion de nuestro juvenil hidalgo espaciosa bastante para pasar en el lugar por palacio. Las señas, por si algun lector se le ocurriese buscarla, escudo carcomido sobre la puerta, portal anchuroso, gran patio, y no pequeña escalera. Decoracion en el testero del estrado de un árbol genealógico lleno de bastoncitos, espadas y capelos. Retratos por las paredes de muchos señorones antiguos de fierísima catadura y sendos bigotazos negros, desde los cuales á los marcos dorados solian tender las arañas sus redes para cazar moscas. Durísimas sillas, desmesurados petos, espadas y armas antiguas, cuernos de venado, y otros adornos del mismo jaez. Alli recibió el padre del caballero á sus tertulios con la cansada urbanidad de aquellos tiempos.

Aunque don Cárlos Garci-Fernandez, nombre del jóven caballero de quien

hablamos, vivia en general segun el estilo de otros hidalgos de su edad y fortuna, se diferenciaba algo de estos. Era entonces el saber leer y escribir inteligiblemente habilidad no muy comun, y un mediano caudal de palabras latinas y reglas de gramática solia pasar entre la juventud por riqueza literaria. No es de estrañar que con entendimientos tan incultos, y tan absoluta ignorancia, no tuviese su ambicion mas alto objeto que capear bien un toro, ó andar por la noche á tiros con la justicia. Cárlos poseía mas altos principios. Habia formado su corazon un Mentor virtuoso, que respetuosamente pedimos permiso para presentar al público.

Don Juan Melendez de Valdecañas, cura párroco de Aznarcollar, tendria en el momento en que se abre nuestra escena de cincuenta y cinco á sesenta años. Era de disposicion impetuosa y perentoria y de costumbres austeras. Tal vez se le podria acusar de tener mayor reserva con sus feligreses, que debiera el pastor

con sus ovejas; pero socorria al mismo tiempo con inaudita generosidad á los pobres, los escudaba contra toda opresion, promovia por medio de sus altas relaciones en la corte los intereses del pueblo, y patrocinaba liberalmente los adelantos de la agricultura y de la industria. No obstante su caridad inagotable y ejemplar conducta, le profesaban quizá sus feligreses menos amor que respeto. Era severo de fisonomía, de elevada é imperiosa talla, alta y despejada frente, mirada penetrante, aire abstraido y misantropo y color demasiado moreno, que en contraste con su plateada cabellera no le dejaban amabilidad alguna en el semblante. Bienhechor incansable de sus prógimos, amparo cierto y consuelo de los afligidos, hubiera tal vez sido víctima de sus propias virtudes y talentos á no haberlo defendido su parentesco con los primeros nobles de la nacion. Insultaban la pureza de su vida y su generosa conducta algunas gentes de influjo que no podian soportar se les arguyese de conti-

nuo en medio de su rapacidad y desórdenes con el ejemplo del párroco de Aznarcollar. Se circulaban contra él rumores de que podia la inquisicion haber tomado conocimiento directo. Decian algunos que solia el cura pasarse noches enteras en un torreon de su casa rodeado de instrumentos de construccion rara y necromántica; que despreciando el sueño necesario á los otros hombres, saludaba diariamente á la aurora con la música de un clave, y estrañas cadencias en lengua mas estraña; y á estos añadian otros cargos igualmente infundados é imaginarios. Tal era el tutor de Cárlos. Le habia dado la naturaleza un ánimo ardiente, un feliz ingenio y un corazon inflamado de vehementes pasiones. Fue su cuna, como ya hemos indicado, ilustre, y supo en su mocedad ornar la espada con los laureles de Apolo. Como Garcilaso, Ercilla, Cervantes, Mendoza y otros muchos españoles de los pasados tiempos, concibió el noble deseo de hacer dudar en los nuestros y en los futuros si me-

receria mas aplauso por la belleza de sus composiciones ó por la bizarría de sus proezas. Al volver de las guerras del norte, despues del tratado de Viena de 1731, sufrió este distinguido caballero varias calamidades que contristaron profundamente su espíritu, y resolvió abandonar el mundo y buscar la paz en la soledad y el estudio. Siendo estos los motivos que le hicieron abrazar el sacerdocio, rehusó las dignidades eclesiásticas que en la corte le ofrecieron, y se retiró al pequeño lugar de Aznarcollar, adonde casualmente Cárlos, niño entonces de poquísimos años, le ayudó á la misa primera que dijo en el pueblo. Agradaron al cura su desembarazo y viveza; y creciendo esta predileccion con el trato diario, resolvió encargarse seriamente de la educacion de su favorito. No se limitó en el desempeño de este deber sagrado á hacer aprender á su alumno estupendas cosazas de memoria, sino que combinando en un plan maduramente digerido el cultivo de su razon con el de sus facultades físicas y morales,

y aprovechándose de la buena disposicion natural de su educando, logró formar de él un jóven instruido, agil, afable, fuerte, generoso, no menos modesto que cortés y que valiente.

Entraron en casa de Cárlos casi al momento mismo de su llegada el físico y el barbero del pueblo, que curaron su herida, declarándola poco importante y nada peligrosa. Despues de una abundante cena, á que concurrió, como suele decirse, la flor del pueblo, empezaron á sonar castañetas, flautas y guitarras, y un momento despues rompió el baile con general y bulliciosa alegría. Dió Cárlos pruebas de su deferencia hácia la niña que tanto se habia interesado por su salud, absteniéndose, para no empeorarla, de empezar el baile, como en calidad de principal personage debia haber hecho. Compensó con ventajas la compulsiva quietud de Cárlos su amigo Alberto, mozo de infatigable energía en el bolero, oportuno requebrista, diestro tocador de guitarra, y estremado cantor de pla-

yeras y rondeñas. Le trataban con amistoso afecto tias y madres, antiguas solteronas y doncellas principiantes. Pero con mas ternura que todas la tímida Eugenia, la de los ojos azules, compañera por la tarde de la señorita que junto á Cárlos estaba.

Era esta la beldad del pueblo y el orgullo de la sierra. Desdeñosa, tal vez demasiado, pero con aquel desden altivo y magestuoso, aquella magestad afable é inteligente que tiene por principio un alto mérito. Cabello negro en abundancia, rizado, suelto y sedoso; ojos rutilantes y de encendida mirada; frente diáfana y orgullosa, y una sonrisa que te volveria ¡oh lector caro! el juicio, si por ventura no le tienes ya vuelto. ¡Dichoso, pues, Cárlos! á quien con dulcísima voz hacia de secretillo esta pregunta:

—¿Y forzosamente ha de ser mañana la partida?

—Sin duda, contestó el caballero, pues no le permiten á mi padre sus do-

lencias presentarse en Sevilla, adonde acaba de decirme que se le llama de orden superior y sin demora para la liquidacion de no sé qué cuentas.

— Pero con esta calor inmensa y tu herida, es muy arriesgado. ¿No ves que podria sobrevenirte una calentura?

— ¿Y cómo he de remediarlo? ¿no quieres tú que vaya?

— Solo querria que no fueses en esta semana. No me opongo al viaje; pero siento que lo hayas de hacer ahora.

— ¿Y por qué?

— Yo te lo diré cuando vuelvas de Sevilla.

— ¡Nada de eso, dulce Isabel mia! ¿Qué momento más oportuno que este?

— Mas ha de serlo el otro, noble señor don Cárlos.

— ¡Imposible! y si lo fuese, tu condescendencia presente daria nuevo mérito á la comunicacion. Vamos; ¿por qué querrias que no fuese mañana el viaje?

— Tal vez por un capricho, tal vez

por miedo de que se te empeore el brazo...

— No, señora mia; otros motivos habrá mas poderosos...

—Creo que no te ha de gustar saberlos...

— Te perdono el enojo que me dieren.

— Pues sabe, y te digo esto contra toda mi voluntad, que ha llegado hoy el padre...

A este punto fue el diálogo interrumpido por el de Cárlos, caballero de la antigua estampa, como hemos dicho, que aproximándose á los interlocutores entró en conversacion con la dama, reprendiéndole afablemente el que no se hubiera divertido ni bailado en toda la noche con las otras chicas. Comenzaron á retirarse los tertulios, y tomando el anciano caballero el empeño agradable de acompañar á su casa la bella Isabel, mandó á su hijo se fuese á descansar hasta el otro dia. Obedeció éste, poco satisfecho de no haber sabido lo que Isabel iba ya á decir-

le, y se retiró á su estancia á soñar con ella, con lo que le habia pasado con la gitana, y con su inmediato viaje á Sevilla.

CAPITULO II.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros nietezuelos.

Cervantes, parte II, cap. XLIII.

Aun no habia salido el sol del siguiente dia, cuando ya estaba el anciano Garci-Fernandez á la cabecera de su hijo, preguntándole si se sentia del todo restablecido y capaz de emprender el viaje. Contestóle el jóven en la afirmativa, observando al tiempo de salir su padre del cuarto cierta agitacion, rara vez manifestada en el rostro del buen caballero. Era en efecto este señor de carácter igual, sencillo y afabilísimo; cristiano sin gazmoñería, cari-

tativo sin ostentacion, y aunque escrupuloso en estremo respecto á su decoro personal y al que se debia á la fama y gloria de sus ascendientes, que, como el árbol genealógico mostraba, no habian sido pocos, hombre de trato llano y apacible. Amaba ciegamente á su hijo, único objeto de sus cuidados y cariño, desde que quedó viudo, diez y ocho años antes de la época de que hablamos. Habia sido dichosa su vida, si bien alguna vez turbaba la paz de su pecho el comparar la activa gloria de sus antecesores con la oscuridad en que él pasaba sus dias, cuyas tinieblas empero no le dejaba romper la pereza. Su caudal habia disminuido bastante, como sucede siempre en una administracion descuidada; pero era aun de los mas opulentos de aquellas cercanías, y le bastaba para proveer las caballerizas de su hijo de los mejores caballos andaluces, y á los pobres del pueblo del mejor trigo del mercado.

No habia Cárlos viajado, ni aun ido

todavía solo á las ciudades cercanas, y la vigilancia y amor paterno le ponian al anciano delante mil imaginarios peligros á que estaban sujetos los caminantes, y que podrian acometer á su hijo. Se acusaba á sí mismo de la futilidad de tales pensamientos, que sin embargo le habian atormentado y tenídolo en vigilia la mayor parte de la noche.

No durmió Cárlos mas ni mejor que su señor, empeñado en convencerse á sí mismo de que era la orden del gobierno y no la misteriosa promesa de la gitana la que le llevaba tan apresurado á Sevilla. Bajó empero adónde le esperaba su padre, sala fresca y baja que caía al jardin, y desde la cual se dejaba ver el horno y la tia Diega, digna y antigua ama de la familia, observando cuidadosamente desde su portezuela la coagulacion de un tremendo pastel que debia acompañar al señorito en el viaje.

— Vamos, que no has estado perezoso, dijo el padre viendo á Cárlos ya pronto para echar á andar. Con estas palabras se

acercaron los dos á la mesa, aunque hicieron poquísimo honor á los guisos de la tia Diega. Estaba Cárlos triste de ver la tristeza de su padre, que parecia poseido de un funesto presagio, ó tal vez de alguna enfermedad natural.

—¿No se siente usted bueno esta mañana? le preguntó Cárlos con la respetuosa ternura que solia.

—Sí, hijo mio, replicó el aciano, pero no sé por qué tengo el ánimo tan abatido como si me fuese á suceder alguna desgracia.

— Pues entonces mas vale dejar hasta mañana mi viaje, no sea que se ponga usted malo...

— No se hable de eso. Ya tú ves que eres un hombre, que mi salud va desmejorándose cada dia mas, y es menester que empieces á aprender á gobernarte por tí mismo. Yo te faltaré mañana ó el otro...

—¡Vaya, señor! ¿qué melancolía es esa?

— Escucha, hijo mio. Hoy te sepa-

ras por vez primera de los brazos de tu amante padre. Hoy puedes decir que entras por primera vez en el mundo, cuyos senderos abre la virtud y aplana y facilita la prudencia. Si eres justo, avisado y generoso, llegarás coronado de flores al término de la vida: si el vicio mancilla tu pecho, todos serian abrojos...

—¿Pero le he dado á usted motivo acaso, ó impensadamente?...

— ¡Lejos de eso, Cárlos mio! ¿qué padre mas feliz que yo en la tierra? Pero tú eres jóven, careces aun de esperiencia... y... ya se ve... á tu edad todos... ¿Y por qué me ha de faltar valor para decirte lo que quiero? No señor, no lo he de encerrar en mi pecho, que mi hijo tiene, gracias á Dios, bastante elevacion de alma para oir con deferencia los consejos de un padre anciano. Y asiendo firmemente la mano de Cárlos continuó asi:—Isabel... observo tu conmocion, hijo mio; pero escúchame con paciencia. ¿Ves el sol que brilla sobre aquella fuente? ¡Cuántos á quienes

ahora mismo calienta no verán jamas su ocaso! Yo me siento triste... tal vez alguna poca de destemplaza, ó quizás solemne aviso de que se va acercando mi plazo. ¡Con cuánto dolor bajaría á la tumba si no hubiese dado á mi hijo de mi alma mi bendicion y consejos!

En vano intentó Cárlos repetidas veces disipar aquella pasion de ánimo de su padre. Éste continuó asi su discurso:

— Ya hace dias, hijo, que te he observado demasiado atento á Isabel... ¡paciencia, Cárlos, por Dios!... ya ves que hablo con tiempo para que puedas reprimir tus inclinaciones cuando aun no se hayan arraigado. Isabel no pertenece á nuestra clase. Escelente muchacha, buena cristiana, afable, hermosa como una flor, todo lo que usted quiera; pero de cuna menos que mediana, y tú la sola esperanza de un linage distinguido entre los mas ilustres de Castilla. No enciendas, hijo mio, la antorcha nupcial con una muger de estraccion baja, que jamas Dios bendice alianzas tales. No es este el fa-

vor único que tu padre te pide, ni el único mandamiento que te impone. Acuérdate de que yo, último de nuestra raza, he podido siempre descubrir al público mi frente, sin que tema el pobre su arrogancia, ni desprecie su humildad el poderoso. Conserva tu inocencia en la ciudad voluptuosa adonde pasas. Nunca cedas á una agresion injusta; pero acuérdate de que la urbanidad es la mejor arma defensiva. Ten á Dios siempre en el pecho, y en él hallarás refugio y puertos inerrables. Arrodíllate, hijo mio.

Cárlos lo hizo, y poniéndole su padre ambas manos en la cabeza, y volviendo al cielo los ojos anegados en lágrimas, pidió al Todopoderoso le colmase de bendiciones, y se retiró inmediatamente para hacer mas impresiva aquella escena.

Jamas habia entrado en el ánimo de nuestro doncel la posibilidad de desobedecer en cosa alguna á su padre. Moriria el anciano de pesar si viera celebrar á su único hijo una alianza tan poco honrosa para la familia; y la agitacion y

perplejidad de Cárlos combinaban con un cierto remordimiento que no le era posible reprimir. Era el suyo el mas indulgente de los padres, el mas franco y el mejor de los amigos; y él, sin embargo, habia entrado en sérios compromisos y habia ofrecido su mano sin consultarle ni aun hacerle saber tan importantes determinaciones.

Aguijoneado por estos pensamientos y fatigosas ideas, montó el jóven á caballo; y sin despedirse de la pobre tia Diega, que estaba aun con el delantal en los ojos, salió de Aznarcollar echando chispas, ó á espeta perros, si esta frase fuese mas grata. Corrió sin detenerse dos millas que distará del pueblo la cascada adonde van las serranas por agua, y tal vez á oir las quejas de sus adoradores. Ni son solo las del estado llano las que concurren á la fuente, que suelen tambien acudir á ella las hidalgas con sus cantarillos de búcaro ó de esquisita y trasparente china. Aquel sitio, siempre romántico, lo era mas en una hermosa ma-

tana de verano en que regalaban los sentidos la fragancia, frescura y armonía producidas por las aguas al precipitarse de roca en roca, y resbalar luego en viva corriente por lechos de flores, reflejando la luz del sol en millares de dorados prismas.

Ya estaba Cárlos cerca de la cascada, cuando á deshora reprimió la velocidad de su bridon, perdió el color de las megillas, y le faltó en parte el aliento. Llenó sus ojos en efecto la forma sílfica de Isabel, que con su amiga Eugenia bajaba por la opuesta colina. Aquella inesperada vision aumentó el desorden de sus ideas, y apenas acertaba á saludar su interesante amiga. La sonrisa que ornaba los labios de Isabel, mas frescos y encarnados que las rosas de su guirnalda, no tardó en trocarse en espresion temerosa al observar la palidez y desconcierto del apresurado ginete.

—¿Qué tienes, Cárlos? esclamó con afectuoso interés: aun no estás restablecido, bien lo veo: concédeme el favor

que te pedí anoche, y cúrate del todo antes de ir á Sevilla.

— No temas, alma mia, respondió el caballero con una sonrisa forzada que hacia su agitacion mas visible; otras cosas me incomodan mas que la herida, y que ciento que tuviera como ella.

— Pues entonces, ¿cómo estás asi? ¿ha sucedido algo en casa? ¿está tu padre malo?...

— No, Isabel mia. Cosas pequeñas que yo te contaré á mi vuelta... Nada sério...

Aqui llegaban en su conversacion, cuando se presentó el padre Narciso, ginete el dia anterior de una memorable mula, y los saludó con el acostumbado "Dios os dé muy buenos dias, muchachos."

— Y tambien á su reverencia, contestaron los jóvenes.

— Dios os lo pague, chicos, continuó el padre: vamos, ¿y cómo va esa herida, señor caballero?

— Apenas la siento ya, replicó Cárlos, y celebro esta ocasion de dar á vues-

tra paternidad las gracias por su oportuna interferencia contra mi adversario.

— Á Dios les sean dadas, señor caballero. Siempre he apreciado yo la casa de Garci-Fernandez, y tengo á grande dicha el haberle podido hacer un pequeño servicio.

— Vuestra paternidad nos llena de favores, y desearia ocasion en que mostrarme agradecido.

— Vamos, vamos, señorito, que no es tanta la gana que usted tiene de complacer al pobre padre Narciso. Ya usted me entiende.

— No, á fé mia.

— Pues ven aca, atolondrado, ¿no te tengo dicho que te ocupes mas de tus estudios, y menos de embaucar á las muchachas del pueblo?

— Perdone vuestra paternidad que le diga que esos son asuntos temporales en que podia omitir dar su consejo.

— Pues perdone, señor hidalgo, que le responda que yo me guardaria muy

bien de darlos si para ello no tuviese derecho. Anduviese usted en buen hora rondando las puertas de las hidalgas y las nobles señoras, y dejáralo yo en paz seguir sus inclinaciones, porque podrian ser honestas; pero que me sonsaque y alucine una pobre huérfana, sin hogar, propiedades ni cuna, con quien tan gran caballero no ha de casarse...

Los ojos de Isabel se llenaron de lágrimas, y de sollozos el hermoso seno.

—¡Voto á Dios! prorumpió el caballero en acentos descompasados, que vuestra reverencia, padre Narciso, deje en paz á quien no le provoca, y á quien es incapaz de la inicua conducta que usted insinúa; guarde sus pláticas para quien las necesite...

—¡Infeliz de tí, mancebo! esclamó interrumpiéndolo el fraile, que ese orgullo, Dios no lo permita, ha de llevarte á mala muerte. Sabe, desventurado, que en defensa de la virtud no solo debe arrostrar el sacerdote la ira de un rapaz, por noble que sea, sino la

de reyes y emperadores si necesario fuere; la muerte y el martirio mismo son nuestra corona. Respeta los ministros del cielo...

—¡Ay de vuestra reverencia, contestó Cárlos con llameantes ojos, si no los respetara!

—¿Cómo? ¿Y á mí te atreves, sacrílego? repuso el Padre Narciso con movimientos y voz no mas sosegados que los del jóven.

—Sigue, Cárlos, sigue tu camino, esclamaron con terror y lágrimas Isabel y Eugenia, deseosas de evitar una calamidad. Respeta el santo hábito del padre...

—Sí, sí, os obedezco; á Dios quedad. No estoy en mí, y si me detengo un minuto no sé lo que será de nosotros... y en cuanto á su reverencia... pero partamos en paz. Dios le guarde, dijo Cárlos; y dando de las espuelas al caballo, y espumando de cólera, salió de la cascada, pálido, convulsivo y veloz como el relámpago. Isabel se despidió del

padre Narciso, y se retiró al pueblo humillada, ofendida, y traspasado el pecho de dolor.

Quedó, pues, solo el padre Narciso, y se sentó con grande sosiego á la sombra á rezar su rosario. Tenia este reverendo la propiedad, comun á todos los personages de dramas y romances, de hablar solo cuanto pensaba, práctica utilísima para los autores, que se aprovechan de ella, sin asegurar empero bajo juramento que la dicha persona dijo las dichas cosas, en dicho lugar, dia, mes y año, sino que las hubiera dicho al reducir sus pensamientos á palabras. El padre Narciso habló, pues, ó pudo haber hablado asi:

— ¡Qué insolencia de barbilampiño! Pues mándole yo que si no detiene un poco el caballo se haga los sesos tortilla antes de haber corrido otra legua. ¿Pues y la tal Isabelita? ¿No es la niña suave como una malva? Si con los ojos hubiera podido matarme, ya estaría yo de cuerpo presente. ¡Inútil resistencia! su suer-

te está decidida, y ha de someterse á ella, ó no sería yo quien soy: en primer lugar que le conviene; y sino le conviniera, bastaba que yo me hubiese empeñado...

Hasta aqui habia el padre dicho ó pensado, cuando sintió que le daban una palmadita en la espalda. Volvió la cabeza, y no pudo menos de hacer un movimiento en que se mezclaron el temor y la sorpresa al ver junto á sí un negro de gigantescas formas, encendidos ojos, lanoso y cano pelo, fantástico trage y descarnadas encías, que dando, por via de gracia, diente con diente, se le habia acercado y estaba haciéndole mohines y reverencias con un enorme bastonazo que traía en la mano. Se llamaba este individuo Pedro, y era él medio inocente, medio bellaco, hazme reir del lugar con sus puntas de magia, incombustibilidad de carnes y otras recomendaciones.

—¿Á qué diablos vienes aqui tan de mañana? le preguntó el fraile entre enojad y risueño.

— Á beber agua, respondió el negro en lengua muy ininteligible.

— Pero me han dicho, Pedro, que te gusta mas el vino.

— ¡Ah! ¡vino bueno¡ ¡buen vino! respondió el negro chispeando de gozo como si ya tuviera una bota de él en la mano.

— Pues bien, Pedro, si tienes sed esta tarde, ven al convento y yo te regalaré con vino dulce.

— ¡Vino dulce! ¡vino dulce! repitió el negro, y con grandes saltos y alboroto desapareció tan ligero como se habia aparecido.

Empezaba ya el sol á picar demasiado, y el padre Narciso, colgándose muy despacio el rosario á la cintura, se fue paso entre paso al lugar, habiendo determinado valerse del negro, si era necesario, para sus planes respecto á Isabel.

CAPITULO III.

But nothing could a charm impart,
To soothe the stranger's woe;
For grief was heavy at his heart
Aud tears began to flow.
His rising cares the hermit spied,
With answering care opprest:
»Aud whence, unhappy youth,» he cried
«The sorrows of thy breast?»

Nada calmaba los males
del estraño, ni el despecho,
y salió el dolor del pecho
de lágrimas en raudales.
Y el eremita afligido
de su aflicion y amargura,
— «¿de dónde tu desventura,
triste mancebo ha nacido?»

Goldsmith.

Ya era mas de medio dia antes que hubiese observado Cárlos por el cansancio de su caballo que llevaba corrida mucha tierra, y que se habia salido del camino. Tal iba su cabeza. Se levantó sobre los estribos, alargó el cuello en todas di-

recciones, espoleó al caballo hasta subir á todas las colinas cercanas, pero ni descubrió choza ni rebaño, ni oyó siquiera el ladrido de un perro. Hasta las aves habian callado sus trinos, opresas por la abrasadora efulgencia de los cielos. Todo era calma. La naturaleza, como si la devorase una fiebre ardiente, respiraba con trabajo su bochornoso y sofocador aliento, potente apenas para mover las hojas de los bosques. Los rayos del sol quemaban sin lustre á traves de una atmósfera densa que se enardecia al descomponerlos cubriéndose de un matiz rojo y deslumbrador. Fatigadísimo el viajero, y viendo que lo estaba aun mas su caballo, se apeó al pie de una encina, junto á la cual corria un manso arroyuelo.

Gracias á la tia Diega, halló sus alforjas bien provistas de comestibles, y junto á ellas un saquito de cebada para el caballo. Considere el lector juvenil y robusto qué tal quedaria el pastelon de la dicha tia Diega despues del primer envite de nuestro caballero. Entregado á

su demolicion y esterminio el hombre físico, se entretuvo el hombre intelectual en la edificacion de varios castillos en el aire, tan hermosos y plausibles cual suelen salir de la imaginativa de un ingeniero de sus años. Le pasaron luego por la vista, como en un panorama, sendas hileras de antecesores gloriosos, conjurándolo con autoridad adusta y sepulcral á que no profanase la dignidad de sus nombres. Al mejor de ellos hubiera querido Cárlos tirarle á la cabeza su cantimplora. Isabel, triste y abatida, pero demasiado orgullosa para confesar su dolor, se le presentó reclinada sobre un tronco figurando la primer persona del lienzo. Detras de ella se descubria al padre Narciso, el recuerdo de cuya imágen añudó luego la garganta de nuestro caballero, que clavando en tierra el cuchillo maquinalmente, se preguntó repetidas veces á sí mismo: "¿Por qué tomaría Isabel parte por el padre Narciso en la disputa de esta mañana?" Dejando sin resolver esta cuestion, y acordándose de la gitana

del dia antecedente y del viaje del momento, pasó á otras preguntas. "¿Por qué ha de ser mi palabra, decia, menos sagrada que la de ninguno de mis antecesores? ¿ha faltado alguna vez un Garci-Fernandez á su palabra? Yo le preguntaré esto á mi padre, y él me dirá si he de ser yo el primero que se manche con tan grave falta." En estas y otras reflexiones invadió insensiblemente sus miembros un plácido y profundo sueño.

Dos horas pasaría entregado al descanso, cuando le despertó la súbita impetuosidad de un fuerte viento que se levantó en las montañas. Velaban el cielo voluminosas nubes, despedia la tierra densos vapores, y corría mas veloz y henchido el arroyo. Deseando hallar abrigo contra la tormenta que amenazaba montó á caballo, y al empezar la marcha cayó repentinamente el viento. Empezó el distante horizonte á encenderse en relámpagos, que multiplicándose y estendiéndose rápidamente por todos los ángulos del cielo, brillaba

éste como devorado por un fuego general y espantoso. Profundos y prolongados truenos reverberaban en las montañas y parecian arrancarlas de sus cimientos. Se derramaban mangas de eléctrico por toda la tierra, que envolvieron súbitamente las florestas en ondulantes llamas, mientras el silbido aterrador del rayo se oía á veces desde lejos despedazando su furia poderosas rocas, y reduciendo á polvo las mas robustas encinas. Cerca de una hora duró este conflicto sublime de los elementos. Empezaron luego las nubes á disolverse en copiosa lluvia. Se inundaron los valles: los receptáculos de las cimas de las montañas rebosaron, y precipitándose las aguas por las vertientes y laderas, arrastraban consigo los arbustos, las piedras y los troncos. En el progreso de esta escena de ruinosa magnificencia empezó el velo de la noche á estenderse por el hemisferio oriental, y no tardó muchos instantes en cubrirse de tinieblas el potente furor de la naturaleza.

No le quedaba á nuestro caballero mas alternativa que la de pasar aquella terrible noche á la intemperie en el punto donde se hallaba, ó salir á buscar refugio sin direccion fija por entre torrentes y precipicios. Á pesar de las muchas dificultades que le ofrecian la aspereza del terreno y la oscuridad absoluta de la noche, logró bajar á lo que parecia un valle, y dejó á su caballo la eleccion del camino. Continuaba lloviendo sin intermision alguna, y apenas podia ya moverse caballo ni caballero, cuando oyeron indistintamente un ladrido lejano. Espoleó Cárlos de nuevo, y al fin tuvo el gusto de ver á sus pies un perro que le festejaba, y poco despues le deslumbró la luz de una linterna sorda, presentada repentinamente á su rostro. La traía en la mano un anciano vestido de ermitaño, que esclamó al ver al ginete: —¡El Señor sea loado! Ya hace mucho tiempo que está el pobre Comosellama haciéndome ver con sus ademanes y ladridos que andava algun viajero perdido por estos montes. ¡Fre-

menda tempestad, señor caballero! Pobre asilo es el mio, pero se ofrece con gusto.

— Gracias mil, piadoso ermitaño, le sean dadas á Dios, que me ha concedido hallaros, que en verdad que bien he menester vuestro favor y hospedage.

— En la hora de la tribulacion, como en la de la ventura, demos siempre gracias al Señor.

— Amen, replicó el caballero; y ayudados de la linterna y de los esfuerzos de Comosellama, llegaron no sin algun trabajo á la ermita.

Estaba ésta erigida en el esqueleto de una torre morisca; protegía uno de sus lados una grande cascada, y una fuerte pared de pizarra el otro. Habia dentro caballerizas bastante espaciosas, adonde acomodó Cárlos su caballo, sorprendiéndole sobremanera al hacerlo el ver allí aquella misma mula tuerta y coja, las señas de cuyas mataduras no podian equivocarse, aquella mula misma cuya resurreccion habia presenciado en su montería.

Preguntó Cárlos al ermitaño de dónde se habia hecho con tan buena alhaja.

— No es mio ese animal, contestó el solitario; aqui le trajo hoy un mozo gitano al parecer, que me pidió le tuviese en la cuadra hasta que volviera él con medicinas para curarlo. La tempestad habrá impedido su vuelta.

Con esto pasaron ambos á un cuarto comparativamente limpio y cómodo, que hacia de dormitorio, comedor y sacristía, adonde el buen anacoreta habló asi:

— Por demas sería el decirte, hijo mio, que el fiel cristiano está obligado por medio de ayunos, vigilias y penitencias, á combatir y, con el favor de Dios, vencer las tentaciones de la carne. Pero todo tiene sus límites. Un pobre pecador, un simple gusano de la tierra no ha de tener la soberbia de creerse superior á la naturaleza de que el Todopoderoso se dignó revestir su alma. La edad y circunstancias de las personas merecen consideraciones diversas. Un viejo como yo, que ha pasado sus dias en el amargo

cieno de los pecados, debe pensar solo en llorar por ellos y tratar de merecer con el arrepentimiento el perdon. ¿Pero por qué imponer á tan gallardo mozo como tú la estrechez de sus reglas? Yo nada tomo de noche por mi parte: tú, hijo mio, tendrás un banquete, no de lujo, pero sí limpio y de sustancia, que voy á prepararte.

— No se moleste su caridad, contestó Cárlos á este largo discurso, que aun ha de haber ahí algunas cortezas en las alforjas; y asi diciendo, sacó á plaza muchas de las sabrosas provisiones de la tia Diega. Le ayudó el eremita á cenar, pero haciéndolo tan sobriamente, que ó ejercia de verdad la abstinencia, ó debia ya de haber cenado. No fue el banquete de los mas alegres, porque el solitario parecia hombre sério y meditabundo, y el jóven estaba distraido á fuerza de desagradables pensamientos. Acabada la cena, preguntó el eremita á su huésped por qué estaba tan triste, ofreciéndose á darle el consuelo que pudiese. No respondió Cárlos con me-

lindroso laconismo, sino que dando salida á cuanto tenia en el pecho, se quejó de la suerte, del mandato paterno, de la importuna nobleza, de su familia, y hasta de las costumbres del siglo, en una arenga de desmesuradas dimensiones. No era esta locuacidad propia de su carácter, que aunque de pocos años, no le faltaba reserva á nuestro caballero; pero hay momentos en que hablaria un hombre si pudiera hasta por los codos. Escuchaba el solitario con urbana atencion aquella historia, bien fuese porque le complaciera la novedad del lenguaje, bien porque le lastimasen las desventuras del mancebo tan galan y bien dispuesto. Secas ya las fauces de éste, y falto de aliento y resuello, hubo de pararse un momento para cobrarlo, cuando dijo el anacoreta:

—¿Con que despues de tanta ternura y de tanto cariño, no has de obtener la mano que deseas?

—¿Y pudiera yo dar tal sentimiento á mi anciano, á mi buen padre?

—¡Dios no lo permita! Ya, hijo

mio, preveo yo el objeto de tu viaje á Sevilla. Penetro en el fondo de tu corazon, y leo en él la resolucion que llevas. Pero considéralo bien, hijo mio, y no te engañes á tí mismo, ni quieras engañar al cielo. Piensa y medita con profunda reflexion antes de profesar en la orden santa bajo cuyas reglas quieres acabar tus dias; reflexiona, digo, si viene la vocacion de arriba, ó es hija de un impulso momentáneo. El orden de capuchinos...

— Yo no pienso, buen padre, meterme á capuchino, ni me ha pasado por la mente tal idea. La iglesia pide á sus ministros virtudes que yo no tengo. Mi viaje á Sevilla es solo para cobrar dos ó tres mil ducados que debe el rey á mi padre.

— ¡Tres mil ducados! esclamó sorprendido el anacoreta; pero ¿qué entiendo yo de tanta plata? Y á eso vas, y solo á eso, y luego te vuelves en paz de Dios á tu casa.

— Si Dios quiere, contestó Cárlos.

— Así lo hemos de esperar de su mi-

sericordia. ¿Pero qué tienes, hijo, en ese brazo, que parece que no te hallas?

— Un arañ̃o, por no decir herida, que sin embargo me incomoda mas que medianamente.

— Alabo tu paciencia. ¿Y á cuándo aguardas á decirlo? ¡Vaya, vaya, que tienen los mozos cosas increibles! Dijo esto deshaciendo las vendas del brazo y esclamando: — ¡Pues á fé que la inflamacion es corta! Da gracias al cielo, jóven imprudente, de que tenga yo aqui cierta medicina que te curará en dos ó tres dias. Y mientras fue á buscarla lamió asiduamente Comosellama la dolorida parte.— Y en cuanto á vendas limpias ¿qué haremos? dijo vacilando el anacoreta, despues de haber aplicado su curativo; pero ¡ya caigo! añadió, y gracias á San Benito que me lo ha traido á la memoria. Una devota de nuestra Señora del Cármen me hizo admitir á la fuerza el otro dia un pañuelo que para nada me sirve. Espera un momento. Se ausentó de nuevo, y de alli á un instante volvió con un

rico pañuelo de batista, que sin admitir escusa alguna le puso sobre la herida. Tenia el pañuelo impreso en cada esquina un escudo de armas con corona de marqués, y admiró Cárlos entre sí la modestia del solitario, que no habia hecho en toda la noche la mas remota indicacion de sus relaciones con tan principales señoras.

Acabada la cura, se tendieron caballero y ermitaño cada uno sobre su tarima, donde pasaron lo que quedaba de la noche. Al salir el sol siguiente despertó el anacoreta á su huésped, presentándole nn plato de calientes migas que le tenia dispuesto. Á la pregunta del caballero, respecto al camino real, contestó que se necesitaria viajar de prisa toda la mañana para llegar á él á medio dia; añadiendo: — Y si andas despues cinco leguas cumplidas, oirás las dulces campanas de la Giralda.

No solo rehusó el ermitaño aceptar recompensa alguna por su hospitalidad y rico pañuelo, sino que acompañó á Cár-

los hasta una majada, desde la cual le enseñó el camino, que se veía serpear por la distante montaña. Alli se despidieron ambos con pruebas de mútua cordialidad.

CAPITULO IV.

Va el amante hácia su amada
cual sale chico de escuela,
y al juego gozoso vuela.
Mas se ausenta de su amada
como á la escuela va el chico,
perezoso y calladico.
Traduc. de Shakespeare.

Seguia Cárlos el camino de Sevilla haciendo almanaques, como lo quiere la frase castellana, mientras su amigo Alberto decia para sí en la cascada de Aznarcollar: — Visto está ya que Eugenia no viene hoy. Lo menos son las dos de la tarde, y desde las diez que me estoy derritiendo la mollera al sol. Algo debe de haberla sucedido, porque ella es mas puntual que un reloj... ¡Pobre muchacha! ¡qué susto debió pasar con la tormenta de anoche! Vamos, yo pensé que el cielo se venia abajo. Por ella mas bien que por mí ofrecí el septenario á la Vírgen

de las Aguas, para que nos librase de rayos y centellas; y gracias á Dios que tenia yo mi escapulario puestecito y le encendí la lamparilla á Santa Bárbara, que si no, no habria faltado un rayo que me buscara debajo de los siete colchones en que envainé los huesos. Pero nada, no viene. Primera vez que me falta á la palabra. Pues un beso la he de dar en castigo donde quiera que la coja. Isabel tendrá la culpa, y entonces no hay que decir que ella ha sido el amparo de mi pobre Eugenia desde que murió su madre. ¡Ay qué muger la tal viejecita! ¡aquello era una manteca! ¡qué madre! ojalá la de Isabel se le pareciera, que no hay quien le hable con aquel rostro áspero y gesto de vinagre, que le conjuran á uno desde una legua. Pero... ¡Gracias á Dios que alli vienen! ¡acabáramos!

Bajaban en efecto por una colina Isabel y Eugenia con sus búcaros.

—Hijas de mi alma, y qué caras os vendeis, les dijo Alberto al acercarse á ellas; y luego en particular á Isabel ¿qué

es esto, hermosa mia? ¿has llorado? ¿qué tienes, cara de lirio? ¿Le ha sucedido algo, Eugenia?

— Cosas de su madre, replicó ésta con voz afligida.

—Mimitos serán de la hija, replicó Alberto, que ya sé que la señora Andrea quiere mucho á su Isabelita, y no la habia de hacer llorar. ¡Mira qué cara esa! ¡qué colores! ¡ah, que no estuviera aqui el pobre Cárlos!

Eugenia le pidió al galan entonces la concesion de algunos momentos de silencio.

— Desde luego, contestó el jóven, con tal de que tú rompas el tuyo.

— Y tanto como lo romperé, que Isabel y yo tenemos un favor que pedirte.

— ¿Favores á mí, ídolos mios? esclamó Alberto con alegre sorpresa; ¿á mí, cuya vida es mas vuestra que la menor cinta de vuestros propios mantos?

Y viendo que continuaban silenciosas,

— ¿Á qué aguardais? Habla, pues,

Eugenia; tú, Isabel; cualquiera de vosotras, ambas juntas, y no me hagais esperar mas.

Preludió Eugenia su discurso con varias observaciones sueltas, pero no acertaba, valiéndonos de la frese de Solís, á formar cláusulas enteras sin que tropezase la lengua en palabras que no se dejaban entender. Fue la sustancia antes insinuada que espresa de su arenga, que la señora Andrea, madre de Isabel, solia pasarse los dias enteros fuera de casa, y quedarían ambas amigas agradecidísimas á Alberto si quisiese éste observar sin interrupcion la dicha casa, y entrar en ella con tanta frecuencia y detenerse tanto tiempo como lo hiciera el padre Narciso, molesto é impertinente visitador; añadiendo que les hiciese el obsequio de llevar con paciencia toda indirecta desagradable de la señora Andrea, pues no podrian nacer estas de mala voluntad, sino de causas cuya esplicacion no era entonces necesaria.

— ¿Pero qué pullas me ha de echar

á mí la señora Andrea? ¿pues hay vieja de mas buen alma en todo el pueblo? Algo regaña, pero ese es su genio.

— Cierto, respondió Isabel: mi pobre madre es la mejor de las mugeres; pero está tan nerviosa y enferma, que me tiene su salud en continuo sobresalto. Cree ver visiones...

— Pues hay está el toque, interrumpió Alberto, en que con estas calores aquella cabeza, ya usted me entiende. Pero Dios querrá que se alivie en refrescando el tiempo. ¡Lo que es lástima es que no tenga á lo menos cien hijas tan resaladas y amables como la que tiene!

—Ten juicio, hombre, por Dios, que no eres tan niño, dijo Eugenia, y prométenos que no faltarás de casa de Isabel hasta la vuelta de Cárlos.

Entonces se paró, y Alberto, contoneando el cuerpo y adornando los labios de una sonrisa que significaba, —¡Yo sé mucho! le preguntó con vivo semblante. ¿Y piensas tú que no he conocido yo adónde van á parar esas súplicas y visitas? No es

la pobre de la señora Andrea la que os escuece, sino los preceptos y reglas del padre Narciso, de que quereis hacerme á mí donacion gratuita. ¡Gracias, generosas! Pero allá me tendreis de dia y noche con cara, no digo yo de palo, sino de bronce, para las pullas de la señora Andrea, y con oidos de mercader para las homilias del padre Narciso. ¿Qué mas quereis?

—No esperábamos de usted menos, señor hidalgo, dijo Eugenia; y casi al mismo tiempo esclamó con voz trémula Isabel: —¡Mi madre!

Á todos sobrecogió algo la noticia, y mucho la posicion particular de la señora Andrea. Estaba en la cima de una breña, con las manos fuertemente cruzadas y el pecho exhalando amargos sollozos. Acudieron los tres á su ayuda, pero ella los repulsó con un movimiento de indignacion violenta; y levantando las cruzadas manos y clavando en el cielo la vista, descubrió la agitada frente y cana y descompuesta cabellera. Bajó hasta el suelo

parte del manto, y se vieron oscilar sus formas, tal vez á impulsos del dolor y despecho que sus palabras manifestaban.

—¿Asi cumples, hija ingrata, gritó al ver á Isabel, los preceptos de tu infeliz madre? ¿tanto me aborreces que ya quisieras verme en el sepulcro? Ángeles del cielo, inmaculada y bendita Madre de Dios, tened misericordia de una desventurada. La venganza divina me hiere por tu mano, Isabel...

No pudo decir mas. Cayó desmayada en los brazos de su hija, que con una rodilla en tierra, los ojos anegados en lágrimas y el pecho en amargura, estaba pidiéndole se apaciguase y condoliese de ella. Cuando ambas se recobraron un poco, les ayudaron Alberto y Eugenia á volver á su casa.

La noche iba estendiendo en tanto sus oscuras alas sobre las ondas del Guadalquivir, y no se distinguían claramente los objetos, cuando llegó Cárlos al Patrocinio, remoto barrio de la entrada de Triana. Le detuvieron los guardas, como

es uso entre nosotros, á ver si llevaba en las alforjas alguna manufactura estrangera de los dominios de Aznarcollar; se abrió camino con un par de pesetas, y un momento despues estaba ya en el mercado. Abundaban en éste toda clase de provisiones y frutas de verano, amontonadas en diferentes rimeros con pintoresco desorden. Acompañaban las voces de los regatones, las que despedian desde las esquinas las gitanas cantando la prez de sus melados buñuelos. Una multiplicidad de luces que giraban y corrian presurosas de puesto en puesto daba mas vida á la escena. En medio de esta animacion y bullicio sonó una campana y quedó el mercado en repentino y profundo silencio. Todos los circunstantes se descubrieron; pronunció una voz fuerte y rotunda "la oracion;" y despues que cada uno hubo acabado su rezo, se repusieron los sombreros, y continuó con ardor nuevo la compra, venta, estruendo y vocerío. Al volver Cárlos su caballo para salir del mercado, le hizo tropezar

involuntariamente contra un hombre que por acaso estaba junto á su estribo. Se detuvo para pedir perdon de aquella impensada tropelía; el hombre contestó que no tenia de qué perdonar, y que él, al contrario, pedia al señor don Cárlos Garci-Fernandez le escusase por haber interrumpido su camino. Se mezcló al acabar estas palabras con el gentió del mercado, dejando á Cárlos no poco sorprendido de ver que ya le conocian tan circunstanciadamente los trianeros.

Enfrente del mercado, resplandeciente con multitud de fanales y vistoso con el movimiento de mil flámulas y gallardetes, se veía el puente de Barcas, bajo el cual fluye el Guadalquivir en plácida grandeza, coronado de viñas, olivos y naranjos. Acopiaban entonces sus muelles las mercancías y productos mas preciosos de todos los ángulos de la tierra. Del puente pasó Cárlos á su fresca alameda que lleva á la capital de Audalucía. La suntuosa puerta de Triana, cuyo arco reposaba en los dorados chapiteles de

cuatro robustas columnas, no es indicacion inoportuna de las maravillas que la ciudad encierra.

Suelen dedicar los andaluces al descanso y los placeres, amen de algunas horas del dia todas las de la noche. Parece por consecuencia Sevilla en las de verano el jardin voluptuoso de un sueño juvenil, segun es la pureza y fragancia del aire, la luz, música y frescura que todas las casas emiten. Fue Cárlos á parar á una de las menos agradables, á saber, la posada del Caballo Negro, hospedería general de los habitantes de Aznarcollar.

CAPITULO V.

¡ Qué es ver á tanto maton,
arqueado y puesto al olio,
con sombrerazo de á folio,
ostentando el espadon !
¡ Qué es ver á tanta gitana
decir la buena ventura,
y hacer pontífice á un cura
que apenas tiene sotana !

Lope de Vega.

Apenas habria estado Cárlos esperando unas dos horas á la mañana siguiente en la entrada de la tesorería de ejército, cuando se abrió parcialmente la mampara de la portería, y se apareció en la abertura un suizo, sargento de inválidos y portero de aquel establecimiento. Soportaba este funcionario parte de su dignidad en una pierna comun de carne y hueso, y parte en una de madera con su virolilla de hierro en la punta. Le dijo á Cárlos con palabras breves, ásperas y chapurradas, que la señoría del te-

sorero no daba audiencia por haber feria en Santiponce, y sin mas razones le dió, como suele decirse, con la puerta en los ojos.

Por falta de mejor ocupacion, y deseo de gozar de los placeres del dia, salió nuestro jóven á caballo para Santiponce, sin olvidar la banda misteriosa de la gitana. No eran las ferias de entonces, y mucho menos las de Andalucía, un desapacible y pobre mercado del que muchos se volvían cabizbajos con el resto de su hacienda, habiendo malbaratado la demas. Las cinco ó seis millas que hay desde la capital hasta el pueblo donde la feria se celebraba estaban cubiertas de carruages, caballos y grupos de gente alegre. La mas principal iba, como es de suponer, elegantemente empaquetada en desmesurados coches de prolija y apelmazada estructura. Cubrian las doradas cajas con hojas, flores y cañas verdes, para que imaginasen los que habitaban dentro que gozaban grande frescura y comodidad en el tránsito.

Las familias de no tan alto rango se contentaban con ir en carretas; pero carretas de tales dimensiones y grandiosidad, que en comparacion de ellas eran enanos los coches de los nobles. Ornaban tambien el esterior de las carretas frondosos ramos y cañas, y el interior y los bueyes que tiraban de ellas infinidad de cintas, espejos, flores, cortinas de damasco, cascabeles y campanillas. Menos culta esta genta, pero mas alegre y bulliciosa que la hidalga, llevaban en continuo movimiento castañuelas, panderetas y guitarras sin número, cuyas voces se mezclaban con las de los cantores y con el chirrido de las ruedas en que iban levantados aquellos fantásticos pensiles. Multitud de ginetes cubría tambien el camino; unos en gozosa y suelta tropa, otros escoltando los coches ó las carretas; éstos puestos de majo, de señores y magnates aquellos. Háse de agregar una variedad crecida de no-descritos peones que eslabonaba la procesion. Vendia limonada el uno; imitaba el otro al estudiante

pobre, tal vez con harta precision en la escasez; seguian estos el verboso misticismo de las gitanas; pasaban aquellos en juegos y saltos sus cinco millas, y manifestaban todos una uniformidad de vehemente y sincero contento que no conoce hoy España sino por faustos recuerdos.

Las ruinas de Itálica, sobre las cuales está fundado Santiponce, trajeron á la memoria de Cárlos la bella composicion de Rioja que tan viva y tiernamente las describe. Por fortuna de los concurrentes á la feria, pocos de ellos eran anticuarios ni literatos, y á ninguno importaba un bledo que hubiese sido Santiponce lo que ya no era ni habia de volver á ser nunca. Siguiendo las huellas de otros ginetes, puso Cárlos su caballo en seguridad, y tomó posesion de la silla vacante que habia en un cuarto, adonde cinco ó seis personas se entretenian con otros tantos platos de diferentes viandas. La puerta de la calle, pues con perdon del señor Munarriz nos es permitido describir inversamente, la flanqueaban dos verdes celo-

sías, indicativas de ser aquel edificio tienda de barbero todo el año, y fonda los dias de feria. Habia varias cosas estrañas dentro de aquella sala, y entre otras un perro que estuvo acariciando á Cárlos desde que entró en ella con la amabilidad mas constante. Preguntó nuestro caballero, estrañando tan fina simpatía, á un hombre vestido de negro que enfrente de él estaba, si era suyo aquel animal.

—Ni siquiera tengo el honor de conocerlo, señor caballero, respondió el del vestido negro con vivaracha faz, boca risueña y aire de sacristan legítimo. ¿Ha notado acaso vuesa merced, señor caballero, en mi figura ó porte alguna semejanza con las del cuadrúpedo?

—Solo, señor licenciado, el buen humor y la afabilidad con los estrangeros.

—En verdad, señor nuestro, que si se considera el lugar y el tiempo, poco tiene de rara la sensibilidad del alano. Bien sabido es lo que se refiere del hidalgo que hallándose en el mismo caso en que está ahora vuestra señoría, á saber,

acariciado por un desconocido can en la tienda de un barbero, hubo de preguntar á la barbera por qué se manifestaba el animal tan cariñoso. Es muy afable el pobrecillo, respondió la del rapista, y quiere mucho á nuestros parroquianos, porque durante la tonsura, se aprovecha de los pedacillos de carne que les caen de la cara. Tal es el estado del presente barberismo. ¡Felices los que vivieron en los dias en que *virgines tondebant barbam et capillum patris* !

El juvenil caballero habia examinado atentamente durante el anterior discurso la forma, tamaño, color y fisonomía del perro, semejantes en todo á las del que distinguian al del ermitaño que le acogió la noche de la tormenta. Pero como no podia el animal hacer ninguna otra prueba de identidad, se contentó con dar á su instintivo cariño tan generoso premio como permitian las provisiones de la huéspeda.

Entró por aquel tiempo en la tienda un hombre como de cincuenta años de

edad, ó tal vez de solo cuarenta y tantos, que reconoció á Cárlos al verlo, y le preguntó por su padre, con quien parecia tener bastante intimidad. Cubrian las carnes del preguntador chaqueta y calzon de terciopelo azul bordados de plata, y casi cubiertos de botones de muletilla del mismo metal y de prolija y vistosa filigrana; chaleco corto de raso amarillo; faja de seda roja; sombrero redondo de blanco castor é inmensurable diámetro; botines de cuero; y una capa, en fin, de crujiente seda, que terciada bajo el siniestro brazo, ocultaba en parte la estupenda empuñadura de su tizona. El trage y conversacion de este hombre denotaban á legua uno de aquellos ricachones de la antigua calaña, á quienes llamaban ciertas gentes traficantes de trigo, y otras ladrones, usureros y caribes. Manifestó mas que medianos deseos de vender á Cárlos cierta partida grande de trigo que debia su padre suministrar al gobierno. No era la sagacidad mercantil una de las cualidades distintivas de nuestro caballero, á

quien, sin embargo, no faltaban nociones acerca del precio y calidad de los granos. Despues que hubo el traficante despachado á varias personas que vinieron á hablarle, unos para la compra y otros para la venta de este artículo, salió de la barbería con nuestro jóven, le prometió darle mas barato que á otros les vendia el trigo ínfimo el mejor candial del mercado, y le admiró en fin con la vasta riqueza de sus almacenes. Entraron ambos, llevando muestras de varias clases de trigo, en una casa adonde habia de rematarse, y, en la fraseologia del mercader, remojarse el trato.

Un cuarto de hora habrian estado los recientes conocidos tratando amistosamente de sus negocios, cuando dos de varios hombres ébrios que alli estaban asieron á Cárlos súbita é inopinadamente, el primero por el brazo derecho y el segundo por la empuñadura de la espada. Al mismo tiempo le sacó del bolsillo otro de la partida una bolsa de pellejo de lobo que contenia algunas onzas. Puso nues-

tro caballero el pie derecho en el estómago del que tenia la espada con fuerza y vigor tal, que le dejó tendido en tierra sin conocimiento. Despidió de sí con increible ímpetu al otro; desnudó el acero, y alcanzó en la puerta y abrió la cabeza en dos partes al que se llevaba su bolsa, que él recobró con calma, si bien admirado de reconocer en el ratero el mismo personage vestido de negro que tanta verbosidad manifestó en la barbería. Volvió entonces el mancebo la espada hácia el resto de los rufianes, que sorprendidos de la no esperada actividad y brio de su pichon, indicaron mas pusilanimidad que cinco ó seis hombres debieran. Salió tambien al aire la formidable hoja del mercader de trigo, pero vibrando de modo que no era facil colegir á qué partido daba ayuda. En esto se abrió de repente la puerta de la sala, y entró la justicia á dar fin á la contienda.

—¡Alto á la justicia! gritó el gefe de ronda. ¡Asesinos! ¡Cobardes! ¿No os avergonzais de ir tantos contra un rapaz

como este? ¡A la cárcel con todos!

A cuyas palabras se pusieron algo cadavéricos los rostros de los bravos, volvieron al suelo las puntas de las espadas, y se quedaron todos sin palabra ni voz.

Cárlos, con una sonrisa entre compasiva é iracunda, pidió por ellos, diciendo que no creía tuviesen otra intencion que la de ejercitarse en la esgrima.

—¿Con que es juego todo esto, preguntó el cabo de ronda mirándolo de través, y yo soy un podenco y no sé lo que me hago?

—Lejos de eso, contestó Cárlos; pero suponga usted que yo, que soy la parte agraviada, no quiero quejarme de la injuria.

Se adelantó entonces el mercader, y quitándose su dilatado castor rectificó lo que Cárlos habia dicho, añadió que era todo un pasatiempo, y suplicó al cabo pidiese algo para la ronda.

—¿Con que se han empeñado ustedes en que yo soy un mocoso? dijo con su mirar atravesado el de la patrulla; pues

señores, yo les haré á ustedes ver que ya me han salido las barbas; á los mios me los llevo yo conmigo de juro; y tambien á este señor hidalgo sino se planta ahora mismo en mitad de esa calle.

—A mí, respondió Cárlos altaneramente, no puede usted llevarme consigo por capricho ni antojo propio. Yo no he cometido ningun delito, y mientras tenga la espada en la mano no me llevarán consigo todos los alguaciles de España.

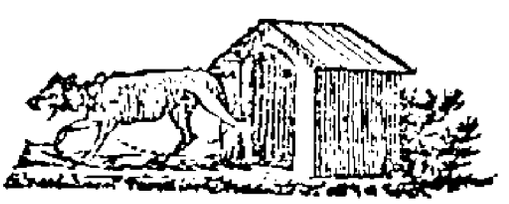
Le echó el hombre de la justicia otra de sus miradas diagonales, y luego con sosegada voz le dijo:

—¡Palabras de pocos años! Si vuestra merced, señor mancebo, es, como me parece, hijo de buenos padres, no se degrade permaneciendo mas tiempo en una casa infame, y en sociedad mas infame todavía. Den gracias todos estos señores á la generosidad mal empleada que vuestra merced manifiesta. Ellos y yo somos conocidos muy antiguos, y sé que su trato no es el que á vuestra merced conviene. Ya que no quiere deponer contra

ellos, como debia, para que pudiese yo librar la feria de esta peste, márchese en buen hora, y tengamos en paz la fiesta.

Cárlos envainó su espada, dió al alguacil gracias, con el sombrero en la mano, por su buen consejo, y entregándole dos duros para que refrescase su gente, y arrojando otros dos para el mismo fin á los matones, salió altivamente de la casa, y una hora despues del lugar.

Aqui nos es preciso apologizar por nuestro héroe. Entre otras faltas, pues no era esta la sola de que adolecia, participaba un tanto de aquel espíritu jaqueton de su tiempo, que se desdeñaba de tomar parte por la justicia en querella alguna, y aun solia apalearla si venia á pelo. Tengamos presentes aquellas costumbres para disculpar en la persona los defectos del siglo.



CAPITULO VI.

Nueve ó diez veces pensé agujerearlo por aqui, por debajo de las costillas.

Shakespeare.

Brillaban ya á la vista de Cárlos los azulejos de la torre de Aznarcollar, adonde volvia despues de acabados sus negocios, sin perdonar la espuela, sin dar paz á la mano, ni á la imaginacion tampoco. La vuelta de un amante es siempre suceso sério en los anales de la juventud; viene llena la fantasía de anticipaciones, dudas y recuerdos, y el pecho de temor, de esperanza y de impaciencia. Hacian mas importante esta agitacion para Cárlos la repugnancia con que miró Isabel su viaje, y los pronósticos tristes de su padre; y se avergonzaba de sí mismo al recordar que le habia hecho precipitar su marcha una gitana decrépita, burlándose asi de su credulidad y sencillez. En estos

pensamientos iba embebecido, cuando se le presentó delante Pedro, el negro, manifestando con descompasados gestos cuánto se alegraba de verle. Tenia el dicho Pedro la habilidad de poner los pies en el fuego sin quemárselos; era, como ya hemos visto, horrible su catadura; ignorábase su domicilio, y pocos entendian sus palabras; aglomeracion de coincidencias que le habian exaltado en la opinion de los lugareños al alto rango de aliado del demonio, si ya no era el mismo Satanás viviendo alli de incógnito. Todos se mofaban de sus palabras, y ninguno las oía con indiferencia. Contestó este individuo á las preguntas de Cárlos, que estaba buena la gente del lugar, con especialidad su padre, su amigo Alberto y el cura. De Isabel no quiso hablar palabra espresa; pero dió á entender con las suplidas que el padre Narciso la habia visitado mucho en aquellos dos ó tres dias, y pensaba hacerla mudar de morada. El cómo habian venido á noticia del negro aquellas circuntancias era dificil de adi-

vinar. La comunicacion de ellas no dulcificó en lo mas mínimo el ánimo de nuestro viajero.

Halló al llegar á su casa á la tia Diega regañando con los criados, indudable prueba de estar su padre en el campo, pues es de advertir que se aprovechaba la sagaz dueña de la ausencia del señor para poner en orden la familia, cuyo manejo entraba de nuevo en su confusion natural á la vuelta del condescendiente amo.

Dejar el caballo y la casa y entrar en la de Isabel fue la obra de un momento. Pero ¿quién podrá pintar su sorpresa al ver el cambio que en tan corto tiempo habia sufrido su amada? Marchita la frescura de su tez, pálidas las megillas, abatido el semblante y desconcertado el ánimo. En vano quiso disimular su agitacion con festivas preguntas y palabras; sus lágrimas manifestaron la turbacion del pecho.

—¿Qué tienes, Isabel mia? esclamó Cárlos tan sorprendido como pesaroso,

dime, Isabel, ¿qué te aflige? Habla, sé franca conmigo; y si en mi mano estuviere hacerte dichosa, la vida misma inmolaria gustoso por ver tu dulce sonrisa.

Isabel respondió solo con gemidos, cuando á merced de unas cuantas piruetas se introdujo Alberto en la sala, lanzándose en los brazos de su amigo. Tambien entró Eugenia á felicitarlo, aunque en menos estrechos términos. Sin volver Cárlos estas cortesías con mucha prolijidad, se apresuró á preguntar á Alberto qué habia sucedido, y por qué estaba Isabel tan afligida.

—Lo que yo sé decirte, contestó Alberto con su ligereza habitual, es que tú te has dejado el meollo en la feria. ¿Soy yo, por ventura, adivino para saber lo que la niña tiene?

—Olvida por un instante ese atolondramiento si eres mi amigo, replicó el caballero, y dime qué ha pasado en esta casa.

—Nada, Cárlos, sosiégate, contestó

Isabel con turbacion mal disimulada.

—¡Estraña tenacidad! esclamó Alberto al tiempo mismo con sincera sorpresa. Vamos, perdió sin duda el juicio. O si no, ¿cómo imagina que hayan de tener mas razon ni causa las lágrimas de la muger que la cojera del perro? Y sin embargo, la chica parece que está en efecto apurada. ¿Qué tienes, vida mia?

—¡Todo lo sé! No hay que hacer mas preguntas, dijo Cárlos con reprimida pero apasionada voz, sentándose y reclinando en la mano el abatido semblante. Luego continuó en voz detenida y baja: —¡Un infame! ¡Un malvado! valiéndose del carácter de que no es digno... Pero yo le habré atravesado el corazon antes de que se acabe la noche. Se levantó al acabar estas palabras, asió con ademan violento el sombrero y la espada, y se dirigió hácia la puerta, adonde le detuvo Isabel con débil pero poderosa mano. —No, Cárlos, le dijo, ni este es el momento, ni esa la condicion en que debo yo permitirte que te apartes de mí.

No una, sino mil aflicciones tengo que iré contándote á su tiempo, que podrán tal vez remediarse, y que no ha de calmarlas la violencia. Sosiégate y escucha.

Cárlos obedeció maquinalmente, pero sin que en lo mas mínimo se mitigase su enojo. Ardian en su imaginacion y en su pecho las palabras indirectas del negro, que coincidiendo con apariencias y circunstancias en sí insignificantes, no le dejaban duda de que fuese Isabel objeto de una baja asechanza. Recobró, pues, su asiento, pero con espresion tan amenazadora y sombría, que se refugió Eugenia instintivamente junto Alberto, y esclamó éste asombrado: —¡Vírgen de los Dolores! ¿qué es esto que nos pasa?

La entrada de otra persona cambió el carácter de esta escena. —Deo gracias, dijo el padre Narciso, visitante de que hablamos, acomodándose en una silla. Le recibieron los jóvenes con fria y despegada urbanidad. No agradó mucho al reverendo la presencia inesperada de Cárlos, aun cuando tampoco tenia contra él

animosidad particular alguna. Picó, pues, y encendió un cigarro, y se puso á fumar muy despacio en el profundo silencio que por cerca de un cuarto de hora habia reinado. Al fin le rompió el padre, dirigiéndose á Cárlos con estas palabras:

— Vamos, señor caballero, qué tal se ha divertido en la feria; pues tan galan mozo no habrá dejado de ser uno de los concurrentes.

— Muy bien, contestó el jóven con inaudito desabrimiento.

Estrañó el padre Narciso aquel tono, pero no dándose por entendido, continuó asi la conversacion.

— Pero ya no valen nada las ferias. En mis tiempos, antes de que yo tomara el hábito, cuando no habia esos cochecicos de ahora en que va un hombre sofocándose, sino una buena carreta del tamaño de una plaza, entonces sí que se podia ir á una feria, y chanza va, y pulla viene, que era aquello ahogarse de risa. Y todo á lo honesto y como Dios manda.

Despues de otro largo intervalo de silencio continuó el padre Narciso:

—Pero ¿qué tiene, señor caballero, que parece que se ha tragado el molinillo?

—Un vehemente deseo, respondió Cárlos, de que su reverencia me deje en paz, y se dirija á quien guste de responderle.

—Parece que le desagrada mi voz ó mis palabras, replicó el fraile con el resentimiento que debieron producir las de Cárlos.

—Tal vez ambas cosas, respondió el jóven.

—Pues para eso hay el remedio de que coja su sombrerito y se marche adonde yo no estuviere.

—Mejor estaria á su paternidad hacerlo que aconsejarlo.

—Pues si quiere que lo haga, señor barbilindo, esclamó el religioso con alterada voz, habiéndose ya agotado su paciencia, lo haré en cabeza agena. Y si no fuera mirando á Dios, ya le habria cogido por un brazo y arrojádolo, no di-

go por la puerta, sino por la ventana.

Cárlos se levantó pálido y casi ciego de ira, cogió la silla que tenia junto, pero al mirar á Isabel volvió á su posicion y dijo con templado acento:

—Hágame, padre, el gusto de moderarse, y no comprometerme á un disparate.

—¿Cómo disparate? ¿Piensa acaso amenazarme? ¿No respeta mi carácter? Pues sepa el niñuelo soberbio que ya he cumplido con Dios oyendo sus insultos, y cumpliré con el mundo pateándolo, como merece, si se me atreve.

—Aunque niño, dijo Cárlos con una compostura que solo de la pusilanimidad ó del estremo furor podia ser hija, le haria á su paternidad arrepentirse si intentara llevar á efecto tal castigo. Véngase conmigo adonde no incomodemos á nadie, y podremos hablar mas despacio y con mas calma.

—¿Yo? ¿Y á qué santo irme yo con el rapaz? Él es quien se ha de ir á recoger á casa de su padre, sino quiere que

vaya por la justicia y le haga salir á la fuerza. ¿Cómo se entiende, venir asi á perder las niñas inocentes del pueblo? ¡Afuera digo!

—Templanza, padre, templanza, esclamó Cárlos de nuevo.

—¡Afuera digo! repitió el padre, ó tendremos un escándalo; y cogió á Cárlos del brazo para conducirlo á la puerta.

Hasta aqui llegó la tolerancia del caballero. Se levantó, y arrojó con férrea mano á su adversario de espaldas contra la pared opuesta. No se levanta un tigre mas furioso del terreno adonde le lanzó la trompa del elefante, que el fraile de su caida. Desenvainó la espada de Alberto, que casualmente vió junto, y tiró dos ó tres formidables estocadas al pecho de Cárlos. Las paró con el brazo izquierdo el caballero, desnudó con el otro su propia espada, y centelleando la vista, y muda de ira la lengua, se precipitó sobre su adversario, y casi en el instante mismo estaba éste en tierra bañado en su propia sangre.

Elevada Isabel á un entusiasmo sublime en vista de aquella escena calamitosa, abrazó á Cárlos, y estrechándolo á su seno, y alzando al cielo la vista: — ¡Esa sangre, esclamó, acaba de desunirnos para siempre! ¡La maldicion del Altísimo herirá la frente del matador de su ministro! ¡Huye, mi bien amado! ¡Huye, ídolo mio! El corazon de tu Isabel te acompaña; huye... Una convulsion violenta sofocó su discurso y la hizo caer sin sentido en los brazos que la estrechaban. Selló el mancebo la entreabierta boca de Isabel con sus ardientes labios, y confiando á Alberto tan preciosa carga, salió maquinalmente á la calle con la desnuda y cruenta espada en una mano, y cubriéndose con la otra los ojos y la frente traspasada de dolor.

Las voces y quejidos que de la casa salian llamaron la atencion de los vecinos, y se habian ido juntando muchos de ellos á la puerta. Hubieran tal vez disputado la salida de cualquier otro fugitivo que Cárlos, que fiera y resueltamente pasó por

entre la turba, y se recostó en la esquina de la calle como si amara el peligro ó en su turbacion no le conociera.

Al principio de este fatal suceso se habia visto Alberto sobrecogido de pánico terror, y pasmado de que su protector y amigo tratase de tal modo á un ministro del altar. Se disipó empero el miedo al acrecentarse el peligro; y aunque consideraba á Cárlos como un réprobo, que por siempre debia quedar separado del seno de la iglesia, pudieron con él mas la amistad y la gratitud que los otros sentimientos; y obrando con celeridad propia de aquella emergencia, y con tino superior á lo que ofrecia la superficialidad de su carácter, condujo á otro apartamento á la trémula y desmayada Isabel, casi arrastró en pos de ella á Eugenia, arrojó un búcaro de agua fria en el rostro de aquella, y sin esperar las resultas de su medicamento, corrió á casa del cura, le contó en brevísimas palabras aquel caso lamentable, y desapareció con velocidad increible.

Salió al par suyo el venerable sacerdote, y vió con dolor á su discípulo reclinado todavía en la pared con la misma desesperada compostura. — ¿Qué has hecho, infeliz? le dijo vertiendo algunas lágrimas: ¡sígueme!

Alzó Cárlos la vista al que le hablaba, como si despertase de un agitado sueño, pero no pudo resistir la mirada de su preceptor; y derramando abundantes lágrimas y tratando en vano de reprimir sus sollozos, siguió al virtuoso maestro como sigue el leon á su bienhechor.

Andava ya por este tiempo el alcalde del lugar juntando sus mirmidones, y no tardó en presentarse á la puerta del cura, pidiendo con poco atenta autoridad la persona de don Cárlos. Se quejó el cura desde el balcon de la poca cortesía con que se intentaba allanar su casa. Duró esta disputa poquísimos instantes, porque á pesar del respeto que á don Juan Melendez de Valdecañas tenia con razon toda la gente del pueblo, y á pesar de la consideracion de éste por su discípulo,

era tan justa la demanda del alcalde, que fue preciso concederla. Abrió, pues, la puerta el mismo cura para recibir á la justicia. Encerraba el alcalde, en un cuerpo chico y gordo, una de las almas mas simples del lugar. Una corta cantidad de pundonor, y una cantidad inmensa de orgullo que su baston le inspiraba, bastaron apenas para hacerle entrar por aquella puerta que tanto habia deseado ver abierta. Al fin se determinó á pasar los umbrales, protestando en alta voz que jamas habia conocido el miedo. Se adelantó, pues, por un zaguan estrecho y oscuro; pero viendo que nadie le seguia, y acordándose de que le habian dicho que aun tenia el reo la espada en la mano, volvió atras para reprender con valiente aspereza la cobardía de su gente, que halló envueltas en una ruidosa, confusa y general escaramuza. Habia acontecido que el herrero del pueblo, hombre de temida proeza en todas las cercanías de Aznarcollar, pasase por la calle al tiempo de abrirse la puerta del cura. Juzgan-

do que nadie podia acabar tan bien como él una peligrosa hazaña, empezó á separar la gente para abrirse camino entre ella, estrujando á pisotones los callos de unos, y deshaciendo á otros los hijares á codazos. Ansioso de llegar, si era posible, antes que el mismo alcalde, siguió avanzando con ímpetu, derrocó el bulto del escribano y le hizo besar la tierra. Probablemente habria este hombre pacífico perdonado la injuria, en obsequio del miedo que al injuriador todos tenian, á no haber visto las manchas negras que el delantal del empujador habia dejado á su rica capa de grana. No llegaba su mansedumbre á tanto; y asomándole al descarnado y pálido rostro cuanta sangre atraviliaria tenia en el cuerpo, acomodó tan solemne puñada entre la boca y nariz del herrero, que le bañó en sangre ambas facciones. El arrepentimiento del escribano fue tan pronto como su cólera; la venganza del herrero tan pronta como el agravio. Descargó éste un tremebundo puñetazo, retiró aquel la cara para

que no le cayese encima, y vino á dar fondo la negra y forzuda mano del herrero en el siniestro ojo del maestro de escuela, que por mala ventura asomó en aquel punto la cabeza á ver de qué se trataba. En todo un mes no volvió el pedagogo á ver por aquel lado mas que estrellitas. Creció en tanto el tumulto; tomaron estos parte por maestro y escribano; aquellos por el impávido herrero; y parecia que temblaba la tierra á puntapies y coces, y que llovia puñadas el cielo. Pudo al fin el alcalde apaciguar la tormenta, y entró con toda su comitiva en casa del cura, sin dejar estancia, rincon ni alacena que no examinase. Viendo que eran inútiles sus pasos, y que no estaba Cárlos en la casa, salió con su gente para continuar las diligencias en otra parte.

Cuando tan precipitadamente abandonó Alberto al cura, corrió á casa de su amigo, ensilló el mejor caballo que habia en la cuadra, le llevó á una arboleda no distante de los jardines del cura,

y escalando las landas de rodillas pidió al sacerdote hiciese huir á su amigo á la fuerza, si por bien no queria. Cárlos no se sometió empero á las amonestaciones de su tutor hasta que le prometió éste proteger directa y eficazmente á Isabel. Abrazó á aquel digno ministro del Altísimo, y le besó mil veces con ardor y ternura la mano que tantos beneficios le habia dispensado, y siguió á Alberto, el cual cuando vió á caballo á su amigo pareció respirar con mas desahogo, y le presentó el poco de dinero que poseía. No necesitaba Cárlos de este auxilio, por tener consigo el que habia traido de Sevila. Pidió encarec idamente á Alberto protegiese á Isabel, sirviese de hijo á su anciano padre, le consolase y se acordara siempre... Pero no pudo proseguir. Ya se habia refrescado su mente; ya empezaba á conocer el horror de su situacion y las consecuencias de lo que habia hecho; y súbita y desesperadamente picó el caballo y se internó en el monte.

CAPITULO VII.

Yo soy uno á quien los golpes viles y las bofetadas del mundo han enfurecido tanto, que haré sin pesar cuanto pueda para agraviar al mundo.

Mackbeth.

La agonía mental del fugitivo era tan aguda que caminó muchas millas envuelto en un estupor supino y casi ageno de todo lo que le estaba pasando. Quebraba á veces este sueño del alma la imágen de Isabel, á quien veía apartarse de él dándole un á Dios eterno. La forma de su anciano padre, doblada por el peso de la afliccion, parecia ocupar su vista, y resonar en sus oidos las quejas y reprension compasiva de su tutor. El dolor de sus amigos, la alegría de sus adversarios, el oprobio del público aguzaban sus remordimientos y pasaban por el inflamado cerebro con mil amargas asociaciones. Despues de otro intervalo de abstraccion absoluta, le parecia ver en tierra la imá-

gen convulsiva y cadavérica del padre Narciso, humear la sangre derramada por sus hábitos, oir sus últimas palabras y roncos quejidos. — ¡Eterno Dios! ¿Qué es lo que he hecho? esclamaba el prófugo con cierta especie de delirio. ¿Es cierto, por ventura, que acabo de dar muerte al hombre á cuyas manos se dignaba descender el mismo Dios del cielo? ¡Cuánta debió ser mi ceguedad cuando creí manchado con delitos de impureza un hombre de su carácter! ¿Quién, sino yo, pudiera imaginarse que á sus años querria solicitar y destruir la virtud de Isabel una persona que la ha visto nacer, que tan relacionada está con su madre, que solo pasa en el pueblo algunos dias de medio en medio año?... ¡Otro sentido tenian sin duda las palabras de Isabel! Y si hubiera sido malo, pudo haberse arrepentido: ¿pero qué arrepentimiento será bastante para deshacer mi crímen? El cielo ¡malhadado de mí! debió dejarme de su mano, y caí al faltarme su ayuda en este precipicio horroroso.

Iba el jóven entregado á tan amargas consideraciones, cuando gritó una voz desde la espesura: —¡Alto allá, so pena de la vida!

—¿Y á quién tengo de hacer alto? preguntó con resuelta voz el fugitivo, sorprendido de la celeridad de sus perseguidores.

—¡Al rey! replicó la voz: apéate de ese caballo, ó mueres en este punto.

Era la noche oscura; no se discernian apenas los objetos; pero el ruido de muchas voces que sonaron en varias direcciones hizo conocer al caballero que le tenian rodeado por todas partes. Resolvió morir alli ó abrirse paso, y embistió para ello al frente con la espada desnuda.

—¡A él, muchachos! ¡fuego! dijo la voz que que le habia mandado hacer alto, y súbito silbaron algunas balas junto á su cabeza.

—¡Alto el fuego! ¡abajo las escopetas, y nadie toque á un gatillo! gritó por el frente otra voz mas cercana, y el fuego cesó inmediatamente.— Asi me gus-

ta, continuó la voz, y al que me mueva una escopeta le levanto la tapa de los sesos. Señor don Cárlos, pase su señoría libremente, ó deténgase si mas le agrada. Pero en caso de que por cortesía quiera tomar un bocado ó refrescarse los labios con una uvita de buen Jerez, levante el dedo, y son suyas nuestras botas.

— Señor desconocido, replicó Cárlos, no me admira menos vuestra urbanidad que el conocimiento que tiene de mi persona y nombre. Lo que le agradeceria mucho, si pudiese suministrármelo, sería un trago de agua y un puñado de cebada para este caballo.

— El agua, señor caballero, repuso la voz, le llenará á V. S. el cuerpo de ranas; apéese si gusta hacerlo, y trataremos su persona como la de un príncipe, y la de su jaco como la de un obispo.

Confiado en la buena voluntad de aquella gente desconocida, y abandonado como lo estaba á la desesperacion, se apeó el caballero, y le rodeó desde luego un grupo de hombres bien armados y de malí-

sima apariencia, que le recibieron empero con grande afabilidad. Poco despues sonó un distante silbido, á que respondieron con otro los del grupo, y diciendo algunos:—¡El Niño! se adelantaron á recibir la persona que asi se llamaba. Estos le informarian del nombre y calidad de nuestro mancebo, pues estendiendo el Niño la mano á su llegada le saludó por su nombre, y le suplicó con modulada y sonora voz montase á caballo y se sirviese acompañarle con su escolta á lugar mas cómodo que el cielo raso. Estaba ya la noche muy avanzada; no tenia el caballero adonde refugiarse, y la necesidad le hizo admitir con agradecimiento la oferta de aquel célebre bandido. Montó á caballo con la indiferencia ó endurecimiento que suele acompañar los primeros instantes del crímen, y salió á trote largo en la sociedad del Niño y de sus gentes. Casi media hora habrian caminado sin hablarse una sola palabra, cuando intimó el bandolero á Cárlos que estaba concluido el viaje. Se detuvieron los caballos,

dió el capitan un silbido, y poco despues se vió iluminar el campo por un fogonazo encendido al parecer en la cima de una alta roca. — Todo está seguro, dijo el capitan apeándose y pidiendo á su huésped hiciese lo mismo. Recogió todos los caballos uno de los hombres, y los demas subieron á la roca por una escala de cuerda que les echaron desde arriba. Por medio de esta peligrosa ascension, en la cual se hubiera desnucado nuestro hidalgo á no haber sido por el buen pilotage del capitan, llegó la partida á una espaciosa plataforma. Pusieron las armas en tierra, y sitiaron bizarramente una formidable ensalada de pimientos y tomates, flanqueada de chorizos y carne fiambre, y protegido el frente y retaguardia por dos abultados pellejos de manzanilla.

Mientras hacian los bandoleros plena justicia al mérito de su banquete, examinó Cárlos la fisonomía de su huésped á la luz de dos antorchas, de tal modo situadas que no se viese su resplandor desde la llanura. Diego Corrientes, ó séase

el Niño, tan célebre en los romances de los ciegos, no tendria á la sazon mas de veinte y seis ó veinte y ocho años. Su semblante no presentaba faccion alguna notable que indicase el rostro de un temido bandolero. Su cabello y barba era rubio claro, sin inclinarse en lo mas leve á rojo. Los reveses y las dificultades habian dejado su pesarosa huella en una frente plácida por naturaleza y dispuesta á la indolencia y la alegría. Sus facciones, interesantes, sino del todo clásicas, estaban animadas de continuo por una sonrisa que ocultaba su palidez y les daba franqueza y descuido. Sus ojos, que despedian á veces miradas vivas y fogosas como el relámpago, parecian en general la mansion de la paz. No era en fin creible que hombre de aspecto tan afable y halagüeño hubiese adquirido la triste celebridad de Diego Corrientes. Se reía alegre entre sus súbditos, bromeaba familiarmente con ellos, y acompañándose con la guitarra cantó los males del amor en un romance con tan impresivo sentimien-

to y buen gusto, que inspiró á sus asociados la melancolía de su alma, y les hizo abandonar el feroz contento á que despues de la cena estaban entregados. Pero no queriendo dejar la gente tan abatida, cambió de música y asunto, aunque los cantares festivos no se acomodaban tanto á su voz y fino alborozo. Acabada la fiesta mostró el capitan á su huésped un receso de la roca que para lecho le tenia destinado, y se entregó toda la gente al reposo.

Bien venida fue la luz de la nueva aurora para el caudillo de los bandidos, cuyo sueño habian repetidamente quebrantado los suspiros y sollozos de Cárlos. El horror y la desesperacion asediaron toda la noche el espíritu de nuestro mancebo, y antes que el primer rayo del sol dorase la cima de la roca, salió de su caverna á respirar la brisa matutina con desalentado corazon y descompuesta é inflamada mente. Le habia precedido el capitan, á quien halló dando ya instrucciones á sus bandidos. Recibieron éstos las

órdenes con sumision atenta, y bajaron al campo por la escala que despues retiró el capitan, quedándose solo con Cárlos en aquella inaccesible guarida. Saludó entonces á su huésped, encendió fuego, y se puso á preparar el almuerzo para la gente, cuya vuelta esperaba fuese pronta. Se paseaba, lleno de perplejidad, el juvenil caballero por la plataforma, incapaz de formar plan alguno de conducta, y sin saber en qué emplear la vida que empezaba entonces. En esta agonía de ánimo pidió asi consejo al bandido.

— ¿Qué es lo que he de hacer de mí mismo, capitan? Sáqueme usted, por amor del cielo, de este combate y aflicion que postra mi entendimiento.

— ¿Que yo le aconseje? preguntó el capitan maravillado de aquella inesperada súplica. Por vida mia, señorito, que no bastan mis luces para aconsejar acerca de situaciones que ignoro. Parece, por el semblante y la vigilia, que asedian á su merced dificultades; pero sin saber

cuáles sean, malos fundamentos tendria el consejo.

—¿Y cómo sabe usted entonces mi nombre?

—Porque interesa á las personas de mi profesion, señor caballero, replicó el capitan, saber los de muchas gentes, asi como su rango y fortuna. No van mas allá mis indagaciones.

Es de advertir que hubiera podido ocurrir en aquellos felices tiempos en España la muerte de un asentista, médico ó abogado, sin escitar grande indignacion en el público; pero la de un religioso se habria mirado con tal horror por todas las autoridades civiles y eclesiásticas del reino, que hubiese necesitado el perpetrador de alas para escapar del condigno castigo. Conocia Cárlos el peligro en que estaba, y creyó oportuno oir el consejo de un hombre tan acostumbrado á evadir persecuciones como el Niño; y mientras el bandido, con una rodilla en tierro, aventaba el fuego con su sombrero redondo, le contó el jóven su reciente y

funesta aventura con una intensidad de sentimiento cual la narrativa exigia. Lejos de escuchar el capitan con indiferencia aquella historia, brillaban en su semblante ciertas indicaciones del placer con que se representaba en su imaginacion la tragedia. Al llegar á la catástrofe tiró el sombrero por alto con esclamaciones de: "¡bien, por vida mia!" complaciéndose en tan acerba pintura, como si fuese la muerte de un fraile el mas chistoso acaecimiento del mundo. Pero pasó pronto aquella violenta alegría, y vuelto el semblante á su natural y plácida compostura, dijo despues de un instante de silencio:

— El demonio mismo no es capaz, señor caballero, de discurrir medios para salir avante en tal negocio.

Empezaron luego á contraerse y dilatarse alternativamente las facciones del capitan; fijó la vista en el fuego, y descansando en las manos la frente, se entregó á la meditacion por algunos instantes. Al fin se resolvió la rigidez de su fisonomía en un sonreir lleno de esperan-

za, y esclamando que la hazaña era brillante, prometió al caballero ponerle en seguridad.

— ¿Y cómo? preguntó Cárlos. ¿Por qué medios?

— No puedo contestar definitivamente ni entrar en esplicaciones, contestó el bandolero, hasta la vuelta de mis infanzones; y siguió con la anterior indiferencia cuidando de sus guisos. Despues de algunos instantes preguntó á su huésped:

— ¿Y cómo, señor mancebo, se llamaba la reverencia cuyo pellejo su merced ha horadado?

— Un tal padre Narciso...

— ¡San Antonio! dijo interrumpiéndolo con admiracion el bandolero. ¿Un hombre fornido, alegre de cascos, que solia ir todos los años á Aznarcollar?...

— El mismo, contestó el caballero; ¿y usted, señor capitan, le conocia?

— ¿Y quién no? ¡Por Santiago bendito! ¡Ya acabaste, confesor estupendo de miggavilla! ¡Quién finara como tú, no en alta horca, no por férreo retorcido gar-

rote, no por bala ministril ni soldadesca, no por aguzado y buido puñal, sino batiéndose en duelo de espada á espada como hombre de pro ó antiguo caballero! Al fin pagaste tu deuda, y estás ya libre de trabajos. Pero se acabó mi oficio de cocinero, y siento en verdad que no podamos ir á echar un paseo por mis jardines. Y mira el caballero sorprendido como sino creyese que soy yo propietario. ¿Cuánto va á que no piensa su merced, señor mancebo, que soy yo mas que un salteador desaforado?

— Me pesa responder, contestó Cárlos, que justificaria esa sospecha lo que del Niño tengo oido, y mas aun lo que he visto.

— Pues le engañaron á su merced de medio á medio rumores y apariencias. No soy yo menos que un noble infanzon que no vive ahora, en esta edad miserable, sino allá en tiempo de los moros. Por supuesto que tengo tierras, ganados y bosques sin número; pero el rey y los viles cortesanos se han declarado

enemigos mios como lo fueron Alfonso y sus ministros de mi compañero el temido castellano Cid Ruy Diaz de Vivar. Tambien él se vió obligado á pelear toda su vida por la conservacion de su patrimonio, compuesto de una casa vieja y dos ó tres campos medio quemados; y hé aqui en lo que yo le saco ventaja al Cid Ruy Diaz. A mí no me gusta envejecer como los árboles sin moverme de un sitio, y aborrezco ademas los insectos domésticos; por eso me vengo á dormir en la frescura de los campos y en medio de mis posesiones rurales, las cuales se pueden ver desde esta roca. Note, señor bueno, la estension de todos estos campos y montañas, y se admirará cuando sepa que todo eso es mio. ¿No se acuerda de aquel arroyo que preñado de peces pasa á una legua de Aznarcollar? Pues es uno de los mas mezquinos que riegan mis terrenos. Asi ocupo mi trono gobernando gloriosamente la España no obstante el encono de mis rivales. Gozo de mis dominios tan plenamente como el supuesto

rey de Madrid, pues por buen estóma-go que S. M. tenga no podrá encerrar en él mas de una porcion limitada del trigo de sus vasallos, por abundosa que sea la cosecha, y no me ha de faltar á mí el trigo que necesite el mio aunque sea en un año de hambre.

Continuó el capitan enumerando en estravagante vena sus vasallos, ciudades, ejércitos y opulencia, pero no tardó en agotarse su buen humor, y quedó, como otros reyes, oprimido al parecer de pesar en su propio trono. Un esfuerzo re-pentino y vigoroso le volvió á su tranqui-lidad ordinaria, y continuó con sarcásti-co acento:

— ¡Males de reyes, señor don Cár-los! ¡Una conspiracion! Mi conciencia se atreve á revelarse contra mí, ¡contra mí, que gozo por derecho de inmemorial po-sesion de señorío! Pero me quiero con-ducir noblemente con la bruja y no qui-tarle la vida. Ese aspecto, esa voz y fi-gura, señor caballero, me recuerdan tan vivamente la sola persona que en este

mundo me ha querido con sinceridad, que desde que le ví á usted me avergüenzo de mí mismo, y me siento, cual nunca, abatido y desgraciado.

— Tambien yo, señor capitan, oigo con harta sorpresa ese lenguaje en boca de un hombre de quien no deberia esperarse. Mejores de lo que se piensa deben haber sido sus principios...

— Se los diré si quiere saberlos.

— Lo tendré á favor especial, replicó Cárlos, cuya tolerancia habia perfeccionado su reciente infortunio, haciéndole sentir vivamente la simpatía que se debe al verdadero arrepentimiento.

— No espero, continuó el bandido, que mi narrativa escuse aunque pueda mitigar tal vez la infamia de mis crímenes. Seré breve. "Era mi padre un honrado labrador de Estremadura. Ya habria llegado á los cuarenta á la época de mi nacimiento. Su muger, gruesa y saludable matronaza, casi de la misma edad, logró fama en Almendralejo por la ecuanimidad de su ánimo. "¡Cuidado con esa

paciencia, muger mia! acostumbraba á decirle mi padre, porque si te se cae al suelo habrá sin duda temblor de tierra." Labraba mi padre por arrendamiento una heredad del marqués de Rascarabia, señor inquieto y acre, cuya benevolencia bajaba en copiosos raudales hácia los pobres, pero como los aguaceros de verano, entre relámpagos y truenos. Mis padres no eran el último ni el menor objeto de su generosidad, y los infelices, en la gloria de su comparativa afluencia, gozaban del dulce sueño de criarme para la iglesia. Esta ilusion deliciosa, á que el marqués ayudaba por su parte, los fortificó en su parsimonia, esperando por medio de una frugalidad estrema juntar medios para presentar á las aras un nuevo ministro. Pero no habia la naturaleza dotado al futuro clérigo de un solo sentimiento ó cualidad propia de ministerio tan alto. Yo soy, de por mí, el ente mas ligero y alegre que se paseó jamas por las tierras glutinosas de Estremadura, y no habia entonces sombra en mi cabeza de

aquellã pensativa melancolía que inclina á las meditaciones religiosas. El tiempo y los sufrimientos internos han cambiado mi natural en esta parte. Todo inquietud y todo fuego, era mi vida un romance continuo. Manejaba á los quince años con precision inaudita la escopeta y la espada; temian mi cólera los valientes del pueblo; y los amantes odiaban la dulzura de mi voz y la voz de mi guitarra. Solo en la gramática latina reconocia superiores. Necesitaba entonces con frecuencia ir en casa del marqués de Rascarabia, cuyo caballero tenia dos hijos mayores que yo, y una hija algo mas jóven. Su belleza no era de muger, sino de angel. Tenia cuanto... perdonad, caballero, mi ternura. Al fin yo no soy mas que un hombre, y las heridas de mi alma demasiado profundas y enconadas para poderlas tocar impunemente. ¿Qué dirian mis compañeros si asi me viesen? ¿Reconocerian á su capitan? Pero ya pasó: continuemos. La vista de la hija del marqués me inspiró dolor, gusto, ó tal vez

ambas cosas; el hecho es que nos enamoramos uno de otro. Era nuestra pasion tácita é inocente; sentiamos ambos sus efectos, y la necesidad de conservarlos en la reserva mas sagrada. El rubor que nos encendia el rostro al vernos era nuestro lenguaje. Sabiamos instintivamente que se levantaria una tremenda oposicion contra nuestras inclinaciones tan pronto como estas se descubriesen, y que solo en la discrecion descansaba la esperanza. Si aquel cariño, aunque infantil, ardiente, hubiera permanecido oculto, gozara yo ahora del amor de mi Lucía, feliz en mi estimacion propia y en la del mundo. ¿Mas cómo podia existir tan peligroso secreto? Harto pudimos lograr con que no lo descubriesen en mas de un año ni la esperiencia del padre, ni la malicia y astucia de los hermanos. Diez y seis cumplí yo el dia en que con no sé qué pretesto entré en casa del marqués y por primera vez no ví á Lucía detras de los vidrios de su ventana. La fisonomía de los criados indicaba nuevas desagradables. Es-

taba yo lleno de maravilla, temiendo tanto hacer una pregunta como continuar callado, cuando vino el marqués en persona á disipar todo el misterio. Sin fundar en causa alguna su mal trato, me insultó, me dió de palos con su caña, y me echó á empujones de su casa. Yo sé por esperiencia que rara vez es el valor otra cosa que la diminucion del miedo. Tan natural es este último al hombre como al bruto. Empújese al mas noble caballo hácia el borde de un precipicio, y se verá el ojo aterrado, la crin erizada y las dilatadas narices respirar horror á la proximidad de la muerte. Jamas he sentido yo semejante depresion de espíritu ni una sola vez en toda mi arriesgada vida. Yo amo el peligro. Yo he arrojado un árbol al través de dos rocas divididas por un insondable precipicio, y me he deleitado en correr por él de la una á la otra parte, jugando asi sobre los bordes de la misma eternidad. Usted ya sabe, si lee los romances de los ciegos, cuántas veces he atravesado solo, con la espada

en la mano, las calles y plazas públicas de populosas ciudades. He visto la admiracion pintada en el rostro de los espectadores, que ignoraban la fuerza increible de estos delgados brazos. No fué, pues, la cobardía la que enervó mi mano, impidiéndome levantarla contra el marqués. Fue, sí, la gratitud, la reverencia, y la seguridad de que podia hacer polvo al hombre que me creía pusilánime.

»No puedo comparar á ningun sufrimiento terrestre la amargura que se derramó en mi alma cuando perdí á Lucía. Juré dar pábulo al rencor del marqués y de sus hijos; y pues que tan vilipendiados se consideraban porque yo me habia tambien creido hombre y digno de una muger, pues que era indigna mi mano de recibir la de Lucía, quise azotar su orgullo con verdadero y prolongado motivo de vergüenza. Un amigo mio, solo amigo que he tenido en mi vida, contuvo mis violentos proyectos. Su voz y presencia se parecen mucho á las vuestras,

y esta casualidad me ha hecho recordar mis infortunios. Desgraciadamente tuvo mi amigo que ausentarse de Almendralejo pocos dias despues de mi espulsion de casa del marqués; y los designios de venganza que apenas habia él apaciguado volvieron á arder con mas intensidad en mi pecho. Pero ardian secretamente, y no habia instante que no me probase lo vano y ridículo de mi resentimiento. Ya estaba desesperado, abatido y casi frenético, cuando recibí una carta de Lucía. La habian llevado forzadamente á un convento, que yo escalé poco despues en el silencio de la noche, pasándola del santuario á mis brazos. Por acaso tomamos un camino por el que no nos persiguieron, ó fue la persecucion tardía. Cambió Lucía su trage por el de muchacho, y tan cautelosa y astutamente nos condujimos en nuestro viaje, que llegamos felizmente á Aragon y nos establecimos en un pueblecito cerca de Zaragoza. Ya era casi imposible que alli nos descubriese nadie. Un dia se me ocur-

rió la vengativa idea de escribir á los hermanos de mi Lucía participándoles la buena salud de su hermana y lo contento que su hermosura me tenia. Omití el lugar de nuestra residencia, y confié el pliego á un arriero que iba á Madrid para que le pusiese en el correo, cuyo sello estraviaría toda investigacion. Empezaron por entonces á faltarnos los recursos, y trabajaba yo de sol á sol en los campos para no carecer de pan. No bendecia Dios mi sudor, ni jamas me dió el trabajo bastante para vivir sin estrechez. Pero siempre estaba contenta Lucía. En medio de nuestra pobreza me ví atacado de tercianas, y estuve enfermo bastante tiempo. Me hallaba demasiado débil para trabajar en la convalecencia, y hubiera perecido sin el cuidado de Lucía, que halló medio de proveerme de cuanto era necesario. Ya me encontraba algo restablecido, cuando al volver una tarde á mi casa ví desde lejos un caballero que salia de ella. Era Lucía hermosa por estremo. Habia doblado el desconocido la esquina an-

tes que yo llegase á ella, y no pude lograr alcanzarlo. Llegué á mi infeliz mansion, y mi mirada aterró á Lucía. ¿Quién es ese hombre? le pregunté perentoriamente. "¿Qué hombre?" replicó ella con fingida serenidad, y luego como recordándose añadió: "Un forastero que preguntaba el camino mas corto para Zaragoza." No me satisfizo su respuesta. Muchas veces habia yo suplicado á Lucía me dijese de dónde sacaba su dinero, y ella se sonreía, asegurándome que era mio lo que se gastaba; y acordándome yo entonces de sus joyas, no me permitia la delicadeza continuar mis preguntas. En esta ocasion se me ocurrió que no habia en el pueblo plateros que pudiesen comprarlas, y se llenó mi ánimo de furor y de angustia. ¡Quién hubiese advertido entonces la estrema proximidad de Zaragoza! El cerebro parecia que se me despedazaba durante aquella aciaga noche. A la otra mañana me proveí de llaves maestras, y á todas horas me presentaba delante de Lucía. Si esta no hubiese tenido aquella al-

ma angelical, ¿cómo hubiera llevado mis sospechas? Una tarde entré de este modo furtivo en mi casa, toqué á la puerta del cuarto, pero no se abria. Puse la espalda contra la pared opuesta, el pie en el sitio del cerrojo, é hice saltar súbitamente las argollas. El primer objeto que se presentó á mis ojos fue un caballero sentado junto á Lucía. En el próximo instante yacía ya cadáver á mis pies. Espiró sin un quejido. ¡Bebe, hártate de su sangre, dije en mi frenesí á Lucía, y le atravesé aquel divino pecho con el hierro humeante y rojo que tenia en la mano. "¡Soy inocente, esclamó en la última agonía! ¡Viene de parte de mi padre! ¡dame la mano, amor mio! ¡oh Dios!" Estas fueron sus últimas palabras, y el sello de la muerte le cubrió las megillas. ¡Ay, señor don Cárlos! ¿qué fortaleza basta para dar fin á tan horrible pintura? Estaba en cinta Lucía... pero no puedo mas. ¡Adelante!

»Cerré el apartamento y la casa, salí al camino, arrojé del caballo abajo al pri-

mer ginete que ví en él; hice sin intermision cerca de diez leguas, me apeé en una venta, cambié el mio por el mejor caballo de la cuadra, seguí atravesando en él leguas, rápido como la tormenta; troqué de nuevo montura á la fuerza, y asi continué por algun tiempo.

»En esta época miserable de mi vida no tenia yo mucho mas de diez y nueve años, y ya contaba veinte antes de recobrar la razon. Apenas me acuerdo de lo que me sucedió en el período de mi delirio. Sé que en cuanto me ví aliviado dispuse volver á Almendralejo y visitar á mis padres. Me disfracé, emprendí y completé el viaje. Mi padre y el marqués habian muerto de pesar, y me estremezco al acordarme de que ví á mi madre pidiendo limosna de puerta en puerta. Me dí á conocer, y recedió aterrada de mí, pero volvió luego trémula á ocultarme bajo el despedazado manto, y á protegerme en el peligro en que me consideraba.

»Alguna furia del infierno guiaba sin

duda mis pasos. Yo á lo menos creo que sí, porque fui la noche misma de mi llegada á visitar al nuevo marqués. Pregunté por él y me introdujeron en su estudio. Cerré por dentro la puerta, descubrí mi rostro, y le pregunté con desesperada resolucion que adónde estaba su hermana. Me contestó con serenidad maravillosa que por una desgraciada casualidad habia llegado á saber que se hallaba conmigo cerca de Zaragoza; que pidió á un pariente suyo de aquella ciudad persuadiese á Lucía á volver á su casa, entrar en un convento, ó sancionar con el matrimonio la alianza vergonzosa que habia contraido; que le contestó este sugeto dándole parte de haber socorrido la mucha miseria en que halló á Lucía y su consorte, y esperaba que todo aquel negocio se acabaria sin escándalo alguno; y finalmente, que pocos dias despues se habian hallado muertos á estocadas su hermana y su pariente. Gracias, le dije, por la noticia, y me dirigí hácia la puerta. No señor, dijo el mar-

qués con una fria y amarga mirada deteniéndome el paso. No hay que salir todavía. Ya llegó la hora de la venganza; desnudamos las espadas, y fue el marqués víctima de su enojo. Salí del cuarto, y me separaban ya algunas leguas del pueblo antes que se sospechase aquel sangriento hecho. Hé aqui los primeros pasos de mi carrera. Juzgad si puede volver á elevarse jamas al estado de hombre el que ha caido en tan profunda sima de crímenes. Escarmentad en mi cabeza, noble mancebo, y no cometais mas delitos, para no llegar á ser lo que yo, un tigre, un infame foragido." — Esta confesion ha aligerado mi pecho. Gracias por vuestra paciencia en escucharme. Menester es que me revista de mi gesto de bandido, porque ya oigo por abajo los alanos.

Se levantó el capitan, respondió á los silbidos de su gente, y les echó las escalas para que subiesen.

CAPITULO VIII.

Aqui amanecian, acullá comían : unas veces huían sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces.

Cervantes.

Volvieron de la espedicion los bandoleros con abatidos semblantes y miradas llenas de adversas nuevas. Bajaron la vista al encontrar la de su capitan, como si le pidiesen consuelo y patrocinio. Oyó el Niño con esterior indiferencia la doliente narrativa de su segundo, pero le tocó á lo vivo la novedad de que el tio Tragalobos estaba en manos de la justicia.

—¿Adónde le prendieron? preguntó el capitan con indicaciones del mayor interes y dolor : ¿se ha descubierto el nido?

—El nido no, replicó el cronista, porque le prendieron en Sevilla.

—¡Gracias á Dios! Algo habia de salir bien. ¿Hay alguna otra noticia buena que acabe de contentarnos?

—El señor de Bruna, continuó el heraldo, ha ido á pasar una semana á su quinta.

—¡Toma ese doblon en albricias! esclamó el capitan con animadísimo rostro: ¡primera accion buena que el malvado del juez ha hecho en toda su vida! ¡salir el sanguinario magistrado de Sevilla en esta coyuntura! ¡oh suceso tres veces feliz para tu garganta invaluable, Tragalobos! ¿Quién podria salvar tu vida preciosa si el tirano presidente estuviese aun en Sevilla?

—¿Pero qué hace al caso, preguntó uno de la partida, que se haya ausentado el señor de Bruna? En diciendo que vuelva á la capital, tendrá el gusto su señoría de ver columpiarse al tio Tragalobos.

—¡Antes que tal vea, gritó el capi-

tan con terrífica voz y fiereza, sabré yo sacarle los ojos de la cara y llenarle los huecos con brasas encendidas. Pero cumplamos con lo que el proverbio reza. El muerto al hoyo y el vivo á la hogaza; pues como dice el buen Sancho, tripas llevan pies, que no pies tripas.

Se sentó la gente al rededor de las viandas, y cuando el capitan hubo invocado el nombre de Jesus, le dieron tan buena carga como debia esperarse de gente que acababa de hacer una cabalgada de tres ó cuatro leguas. Hablaron en el almuerzo de los medios y dificultades de enviar socorros á su lamentado amigo Tragalobos; pero á merced del pellejo de vino pronto se hizo la conversacion vária, ruidosa y confusa.

Mientras asi vociferaba la gavilla, dijo su gefe á Cárlos: — Por la palabra de un perseguido rey, noble mancebo, que no sé qué hacer de vuestra merced. Media hora há tenia yo un amigo que le hubiera puesto en Portugal sin que lo viesen ni los gorriones; pero acaban de pren-

derlo como oís, y está ahora adonde permanecerá probablemente hasta que lo saquen á hacer gestos á los plateros de la plaza de San Francisco, quiero decir, á los que tienen las tiendas enfrente del sitio de la horca. Pero ¿adónde preferiria ir el señor don Cárlos, á Gibraltar ó á Portugal?

—Es para mí absolutamente lo mismo; aunque antes de mi final partida querría ver, si es posible, á una persona de mi lugar.

—Veremos, respondió al capitan. ¿Tiene usted algun amigo íntimo en Aznarcollar?

—Tengo muchos, dijo el jóven.

—Muchos amigos, repitió el bandido como quien lo dudaba. Por supuesto usted sabe escribir. Aqui tiene mi tintero, aqui papel bastante, y lo mas que yo puedo hacer es que se entregue su carta á la persona de Aznarcollar que usted designe.

Cárlos se apartó á escribir, y el capitan volvió hácia su gente. — ¡Chato! di-

jo llamando á uno de ellos: ¡Chato! ¿qué demonios de los infiernos charlas ahí de toros y tablados? ¿estás sordo? Conténtate con el tablado que te preparan á tí de valde, no en la plaza de los toros, sino en la de San Francisco, adonde irá la gente á verte hacer habilidades.

— A vernos quiere decir mi capitan, respondió el Chato, que tambien vendrá él á la funcion conmigo.

— No ha de ser asi, señor nariz meñique, que tú sabes mas que una zorra, y en toda razon me colgarán á mí diez años antes.

— ¡No permita Dios que vea yo naufragar á mi capitan desde tierra firme! ¡Adonde á él lo cuelguen, alli morirá su Chato!

Cárlos levantó la vista para ver aquel verboso bandido, y le reconoció al punto.

— Menos palabras y mas viveza, continuó el capitan. Ponte al hombro tus sacos de alhucema y alpiste, y ve á vender á Aznarcollar. Tienes que entregar una carta. Al caso. — Vamos aqui, Cara-

cortada. Te irás mas pronto que el viento, que no te sienta la tierra; ¡vuela! y no vuelvas á mi presencia hasta saber si el señor de Bruna está bueno ó malo, si se pasea, á qué horas lo hace, y qué gente tiene en la quinta. ¡Al avío! — ¡Choricero! corre sin perder un instante al nido del tio Tragalobos, y á la cueva con todo lo que valga algo. — Ustedes tres, caballeros, al monte de nuestra Señora de las Aguas, y que no se ría segunda vez el administrador de vosotros. — ¿Estamos todos listos? A nuestra patrona la Vírgen Santísima del Cármen para que nos ampare en esta peligrosa vida. Dicho esto, rezó el bandolero la salve acompañado por su gente, echó las escalas, y recibiendo las últimas órdenes partieron Chato, Caracortada, el Choricero y compañía á desempeñar sus diversas misiones.

— Mucho me temo, dijo Barbaroja á su huésped cuando estuvieron solos, que me tenga usted no solo por un malvado, sino por un impío y un hipócrita. Pero

no llega mi maldad á tanto; todos estos son actos compulsivos por complacer á mi gente. Aborrecerían estos mastines un caudillo irreligioso. No hay uno entre ellos que no se crea especial favorito de algun Santo ó Santa, que piensa vela por su seguridad, se rie de sus gracias cuando la borracherra le ha embrutecido mas de lo ordinario, y se sitúa al fin encima de la horca para llevarse su alma al cielo. Suelo yo dar de limosna á la Vírgen hoy lo que ayer quité por esos caminos á algun padre de familia. Cada Ave María de las nuestras es una blasfemia, y no bálsamo para las llagas del alma, sino fuego que las abrasará despues. Y sin embargo, yo me siento aligerar el peso del corazon cuando rezo, y aun espero que Dios algun dia... ¿Pero qué tiene usted, señor caballero, que parece que lo estan devorando las penas? ¡Olvídese usted del fraile! Ya está su cuerpo descansando en la tierra y calentándose el alma en el infierno, con que no hay por qué apurarse.

Yo lo conocía, y sé que ni Dios ni el rey han perdido nada con que le haya usted enfriado el cielo de la boca. ¡Vamos! ¿y á quién se le ha escrito?

—A un amigo mio, pidiéndole esté mañana á la noche entre ocho y nueve en un sitio que ambos conocemos bien, acompañando á una señorita de quien pienso despedirme tal vez para siempre.

—¿Despedirse, digámoslo asi, por mera ceremonia? preguntó el capitan.

—Se entiende.

—Pues no soy yo, señor mancebo, el que pronostica bien de esa espedicion. Mucho tiempo me parece que va usted á tener para arrepentirse de haberla emprendido. ¿Quiere usted permitirme que haga por usted una cosa?

—Y aun le quedaré agradecido si me facilita lo que deseo...

—Pues ya está hecho. Yo iré al sitio señalado; burlaré las emboscadas del mismo Satanás si en persona estuviese en ellas; le traigo á usted la chica con buenas palabras ó á la fuerza...

—No hablemos mas de eso, capitan. Ni por pienso siquiera.

—Como usted guste, señor mio: deseando lo mejor ofrezco mi pobre consejo, aunque bien mirado no puedo yo emprender esa aventura, por tenerme que ocupar del pobre tio Tragalobos, á quien no querría me lo colgasen del cuello por todos los tesoros del mundo. ¿Y cómo diablos favorecerlo?

Pasó el Niño algunos minutos meditando, y al fin se levantó con repentina y grande alegría, diciendo como el filósofo de Sicilia: —¡Lo encontré, lo encontré, señor don Cárlos! Ya no muere de esta el valiente Tragalobos. Ya encontré medio de sacarlo avante. A Dios, señor caballero. Si ama usted su seguridad, no se menee de esta roca hasta mi vuelta, ó hasta que venga alguno de mis caballeros á decir que ya no existe su príncipe. A Dios. El capitan se precipitó ligerísimo por la escala abajo, habiendo pedido á Cárlos la suspendiese despues del descenso y volviese á

echarla cuando sus gentes llegaran.

Solo detuvo nuestro mancebo la partida por el deseo de lograr un billete de Isabel, ó quizás de conseguir verla, en cuya esperanza resolvió aguardar la vuelta del mensagero. Estaba el dia escesivamente caloroso, y atormentado el jóven por la sed y el cansancio, se retiró á uno de los recesos que encima de la roca habia, adonde apagó su sed con parte de la leche que en un cántaro trajeron por la mañana los ladrones. Le convidaron al sueño la frescura comparativa de la cueva, su larga vigilia y el silencio de los campos, que apenas quebraban alguna vez las aves. Durmió profunda aunque fatigosamente, que rara vez vierte la paz su beleño sobre la almohada del que tiñe en sangre el acero. La imágen cadavérica del religioso le persiguió de nuevo y le arrebató el descanso, representándole el mismo caño de oscura sangre, las mismas contorsiones y quejidos que acompañaron su caida. Una voz ronca, que parecia salir de las entrañas de la

tierra, repetía el nombre de ¡Cárlos! como si le llamára á dar cuenta de sus hechos. Despertó el mancebo víctima infausta de los remordimiertos, abrió los ojos, estendió los brazos en derredor, y recordando las circunstancias en que estaba salió de la caverna ó receso. Acababa de ocultarse el sol en el horizonte. Se aproximó el caballero al borde de la roca, y vió debajo de ella la forma del Niño, con ambas manos ahuecadas junto á la boca pidiendo á desaforados gritos la escala. Subió el capitan, y dijo á Cárlos con aspereza: —Sepa usted, señor caballero, que aunque me llaman el Niño, es algo peligroso tratarme á mí de este modo.

—El peligro que haya, respondió el jóven con altivo acento y semblante, estoy pronto á encontrarlo, sea usted ú otro quien con él me amenace. ¿Pero de qué me pide usted satisfaccion?

—Pues señor, dijo el Niño cruzando los brazos y entre risueño y colérico, ¿con que le parece á su señoría

gracioso chiste el habernos tenido á mí y á mi gente rompiéndonos los pulmones á voces al pie de esta maldita roca, y gastando nuestra pólvora en inútiles tiros antes que se dignara el señor respondernos?

—¿Pero tanto han llamado ustedes?

—¿Con que segun eso usted lo ignora? Pues ó por sordo ó por muerto lo declaro.

—De vida gozo y oido tengo; pero he estado dormitando un buen rato, algunas horas...

—¡Qué dormitar, señor caballero! El obispo de piedra que hace trescientos años está tendido cerca del altar mayor de Aznarcollar, se hubiera despertado y hecho ya tres mudanzas al bolero si cerca de su huesa se hubiera metido la mitad del estrépito que hemos estado haciendo ahí abajo.

—Siento en el alma, capitan, haber desacreditado mis talentos porteriles...

—¡No es eso lo que yo siento! gri-

tó el Niño con un grande suspiro, sino el no ver sopa, asado, ni aun candela siquiera... ¿No ha sentido vuesa merced hambre, con una legion de á caballo?

—Y aun la siento ahora, pero tengo infeliz mano para encender fuego, y peor si cabe para cosas de cocina.

—¡Valiente cazador por cierto! esclamó el capitan en tono irónico mientras empezó su gente á preparar la cena Despues cambió de modo, y dijo como pesaroso á Cárlos: —Mal ha empezado su espedicion de usted, señor mancebo. Ahí estan esos tres cachorros, que segun la alegría que manifiestan dejaron la bolsa del administrador tan inútil como los oidos de usted; alli está tambien el que fue á buscar al señor de Bruna, pero de eso hablaremos luego; Choricero está en una espedicion segura y lejana; con que el único que no ha vuelto es el señor Chato. ¡Mal principio!

—¡Principio infame! añadió Cárlos. Creo que lo mas conveniente será montar á caballo, ir con cierta precau-

cion á Aznarcollar, y visitar la persona que deseo ver en su propia casa.

—Perdone usted mi curiosidad señor, don Cárlos: ¿está usted todavía durmiendo?

—Me parece que no, respondió el caballero algo irritado.

—Es que el proyecto haria dudar de su vigilia. Si hubiese usted matado á don Eleogábalo de Araujo, cuyo pellejo, dicen, contiene la sangre mas ilustre de Andalucía, si hubiese usted librado su lugar de escribano, barbero y boticario, y enviado el alma del maestro de escuela á enseñar el alfabeto en los profundos, aun podria volver á Aznarcollar con moderadas precauciones; pero despues de haber tocado la ropa de un fraile de otro modo que con los labios, no lo haga nunca sinó quiere ocupar la posicion destinada al tio Tragalobos, *vide licet*, el interior de la horca.

Un silbido que sonó de abajo interrumpió esta conversacion. Oscilaba el corazon de Cárlos, y casi quedó sin resuello.

—Gracias á Dios que ya está aqui el mensagero, dijo el capitan: ¡abajo la escala! Y uno de los bandidos se presentó poco despues en la plataforma; pero no era éste el encargado del negocio de don Cárlos, sino el Choricero, que fue al que ellos llamaban nido del tio Tragalobos. No duró mucho el desconsuelo de Cárlos al ver fallida su esperanza, pues sonó algunos minutos despues otra señal, y se vió aparecer al Chato al borde de la roca.

—¿Qué nuevas, buen hombre? preguntó sin dilacion el caballero: ¿te ha dado alguna carta?

—Permítame su señoría humedecerme el paladar, señor caballero, respondió el salteador, y luego hablaré con sentencias mas breves que la alegría de los pobres. Despues de una potente libacion empezó asi el mensagero.

—Por supuesto que no pude dar en todo el pueblo con hombre alguno que se llamara Alberto. Ya tenia vendidos

casi dos reales de alpiste, y se hallaba mi comision á los principios. Encontré el lugar consternado cual no se pensára, y hombres, niños y mugeres por las puertas y las calles, sin trabajar nadie, y todos bablando del atentado de V. S. Iba ya á tocar retirada y deslizarme por ver que no habia ojo que no descansase sobre mí, cuando me encontré en la plaza á un negrote que andava haciendo mojigangas para entretener á los muchachos. Le pregunté al saltarin adónde estaba la taberna, con la intencion de entrar con él en plática y ver si me daba luz. Dicho y hecho; no me equivoqué en lo que pensaba, aunque para decir la verdad pocas veces se equivoca el Chato. Salió el negro delante de mí haciendo mudanzas hasta la taberna, adonde se echó á pechos por mi cuenta medio cuartillo del duro, que hubiera hecho hablar á un muerto por los codos. "¿Y adónde diablos dices que está Alberto?" le pregunté con mucho saber, haciendo que seguia el hilo de una conversacion

ya empezada. "En la cárcel," dijo el negro. "Pues no será por su gusto," le contesté, despidiéndome de él y plantándome en la calle. De cuantos edificios hay levantados en las vastas regiones españolas, en que el sol nunca se pone, no se hallará uno adonde un caballero de mi profesion vaya á llevar un recado con mas repugnancia que á la cárcel. Pero cumplí como debia un plenipotenciario del Niño. Me dirigí á la cárcel, aunque menos hombrada hubiera sido zambullirse en la cueva de San Patricio y bailar dos coplas de seguidillas con las blanquecinas y temerosas figuras que andan dentro danzando. Estaba abierta la puerta de la cárcel, y se descubría desde afuera un zaguan largo, estrecho y oscuro. Me metí por él á la buena de Dios, y ví á la izquierda conforme entramos una reja de hierro, y al otro lado de ella al señor Alberto, cantando á la guitarra y mas alegre que una noche de San Juan. "¡Bien parado, señor músico! le dije desde el zaguan: allá voy yo;" y con la clara y so-

nora voz que me dió el cielo, empecé las playeras en este tono:

No soy de esta tierra,
Ni en ella nací;
La fortunilla rodando, rodando,
Me ha traido aqui.

Tanto se engolfó el Chato en sus playeras, que le dijo su gefe: — Hazte el cargo de que ya acabaste la cancion.

— Mal hecho sería ese cargo, contestó el cantor, cuando en realidad no puede acabarla. Porque en medio de la música, le guiñé al señor Alberto, que acercándose á la reja recibió el papel de su señoría y se lo metió en la manga de la chaqueta. Entonces, ya satisfecho de haber cumplido con mi embajada, rompí alegre con aquello de

Eres buena moza y tienes...

— ¿Y acabaste ya la copla? le preguntó el Niño.

— No como yo quisiera, contestó el Chato. Todo habia ido hasta aqui á pe-

dir de boca. Pero aun estaba yo trinando el "tienes," cuando se me presentan á la puerta el alcalde y el escribano, aquel chico y gordo, éste avellanado, alto y huesudo. "¿Qué diablos hace aqui este mostrenco?" preguntó el de la vara: "¿piensas hallar en la cárcel parroquianos de alhucema y alpiste?" "¡Afuera medias narices! añadió el de la pluma, que las tiene muy cumplidas; los pájaros de esta jaula no se alimentan de tal grano." "¡Dios bendiga á vuestras señorías! les respondí con mucha humildad. ¡Viva el señor alcalde muchos años!" bajo una losa, añadí en mis adentros; y ya iba á pasar el umbral, cuando sentí á mis espaldas un agudo chillido y gritos de "¡pararlo! ¡detenerlo! que viene de parte de don Cárlos." Vuelvo la cara, y me encuentro junto á una de las viejas mas feas que la tierra mantiene, que era la de los alaridos. A su voz cerraron los ministriles espada en mano hácia la puerta, y héme aqui en el garlito. "¿Con que conoces á don Cárlos Garci-Fernandez?"

me preguntó el escriba. Sino escapo aquí por primo, dije yo para mí, perdido soy. Pero como me ha dado el cielo tanta gracia para hacer el simple, le respondí con candor admirable "y como si lo conozco; ¡pobre señor!" y me puse á llorar con tanta vehemencia como la hermosa viuda que lamenta la muerte de un esposo viejo, rico y asmático; "y tanto como lo conozco," repetí. "¿Y adónde está?" preguntó ansiosamente el escribano. "Eso no lo puedo yo decir," contesté con misteriosa y necia sonrisa para clavar mas á su señoría; añadiendo cautelosamente á su oido: "don Cárlos me ha dicho que le guarde el secreto." "¿Cómo secretos con la justicia? vociferó el escribano; si ahora mismo no me declaras adónde está, confiesa y prepárate á morir ahorcado dentro de una hora." "Ahorcado, empecé á gritar con dobles lágrimas. ¡Favorecedme, Vírgen de los Dolores en esta hora de quebranto!" Y me arrojé por tierra, y escedia mi aparente dolor al de un insensato octoge-

nario que lamenta la pérdida de una esposa jóven, amable y negra de ojos. Me levanté despues súbitamente, preguntando entre sollozos al escriba si en caso de que yo lo dijese, descubriría su alteza á don Cárlos quién era el delator. "Ni por pienso," me respondió su señoría. "Y si le enseño á vuestra merced adónde está escondidito, tampoco se me ahorcará." "Por supuesto que no, como lo hagas pronto." "Síganme sus excelencias, dije yo suspirando, y pues no hay remedio, vamos allá." Salí andando de puntillas muy despacito, puesto el índice de la mano derecha en los labios, y con la izquierda delante de los ojos, como los que se mueven por lo oscuro. Me llevaba cogido por el ceñidor un formidable herrero, amenazándome la rabadilla con la punta de su desnuda espada; seguían el alcalde gordo y el flaco escribano, y en pos de estos una multitud de alguaciles y mozos del pueblo. "Venga un trago." Habia dejado yo mi jaco al cuidado de una pobre vieja que vive en

casa solar, como á una milla ó menos de Aznarcollar, y me le habia acomodado en un derruido portalon que dista ocho ó diez varas de la casa. Estaba la buena anciana hilando á la puerta de su guarida, y es inesplicable la sorpresa que se apoderó de su alma al verme llegar de tan pintoresco modo y á la cabeza de tal cofradía. Se le cayó el huso de las manos. Preguntó trémula al alcalde por qué delito venia á castigarla; llamó á su socorro á los innumerables mártires de Zaragoza, y á los confesores y patriarcas de la iglesia, y decia con ambas manos en la frente: "¡Bien me lo daba á mí el corazon! ¡bien me decia á mí el pecho, tia Jinojo, no recibas forasteros en tu casa!" Llegados á la puerta, "Valeroso señor, dije al herrero, vuestra merced que lleva esa espada vaya delante de puntillicas, yo iré detrás y llamaré á mi amo don Cárlos, y el señor alcalde, escribano y alguaciles, se quedarán á la puerta; sale él, le prende vuestra merced, y yo me voy." "Los locos y los niños dicen la

verdad," contestó el herrero con voz mas áspera que la de un yunque; y á los miembros de justicia: "Vosotros os quedais todos á la puerta, pero á una voz mia adentro." "Poco ruido," dije yo trémulo y agitado, siguiendo al herrero, y llamando á don Cárlos como el que llama á una fantasma, y le pide interiormente á Dios que no venga. Mis gritos eran en valde, el señor don Cárlos no respondia...

—Ahí entra la verdad de la historia, dijo el capitan interrumpiendo al orador; ni te hubiera su merced respondido aunque le llamaras con la trompeta del juicio.

—Habríamos el gigantesco herrero y yo, continuó diciendo el Chato, pasado como dos varas de zaguan, cuando me pareció del caso cogerle repentina y fuertemente ambas piernas, y hacerle dar de cara contra el suelo. Le bailé á renglon seguido tres recias mudanzas en las costillas; alcancé de un brinco el corral; salté la tapia, y casi al instante mismo le estaba ya poniendo la brida á mi caballo

en el portalon de marras. Pero no habia yo contado con la ligereza de piernas aznarcollarcense. Antes de que pudiese montar ya tenia junto á mí dos satélites; y, lo que parece increible, el desmesurado herrero los habia adelantado, y llegó á mí el primero con la espada en la mano y echando fuego por los ojos. Maldige la soltura de sus miembros, y agachándome con mucha monita, cogí un puñado de tierra, se le arrojé á los ojos, le puse el pie con tal cual vigor en la boca del estómago, y le arranqué, todo en un tris, la espada de la mano. Al mozo que próximo al herrero venia, gallardo mancebo de veinte y dos años, le senté la toledana de plano en la mollera, y cayó echando sangre por boca, narices y oidos. Héme aqui ya á caballo y espada en mano. En seguida del aturdido mançebo vi venir jadeando al escribano, y conjeturé por la cara que puso al ver las desgracias de sus antecesores que hubiera él dado los derechos de diez escrituras por no haber andado tan vivo. ¡Inútil arre-

pentimiento! Me tiré á él, y le medí con velocísima vehemencia la distancia de la nuca á la rabadilla; pero no quedaba yo satisfecho, ni él gozaba con plenitud de la elasticidad de la hoja, por quebrar la fuerza de los golpes una rica capa de grana que llevaba puesta; por lo cual, y para que volviese al pueblo mas fresco y ligero, me tomé la libertad de quitársela de los hombros, y es la misma que tengo la bonra de presentar aqui á mi capitan. Esta es la capa, y esta la pavorora espada del herrero. El resto de la aventura prueba la gentileza de mi caballo y no la mia.

—¡Te lucistes, Chato! dijo el capitan, dándole un hermoso cigarro de la Habana. —¡Bien por los mozos ternes! gritaba un bandolero. —¡Eso es lo que á mí me gusta! ingenio y valor unidos, decia otro; y todos alababan aquella hazaña, como una de las mas brillantes de su abandonada vida. Cárlos añadió al aplauso comun una pieza de oro, que dijo el Chato guardándosela era escelente

aguacero para mojar la capa, y digno de la conocida generosidad del caballero.

—¿Y da vuestra merced una onza, señor noble, preguntó el capitan, á cada persona que le hace algun servicio?

—No alcanzan mis facultades á tanto, dijo Cárlos, pero al señor Chato le debo mas de uno.

—¿Cómo á mí? preguntó Chato fingiendo grande sorpresa.

—No se me despinta tan fácilmente mi cirujano, dijo el caballero, ni fue para olvidado el milagro de la mula.

—¡Voto á tal, esclamó Chato, que tiene su merced algo de saludador!

—Ni el menor conocimiento de la magia; pero ni hace tanto que pasaron ambas cosas, ni es mi memoria tan mala.

—Pues ya que á buen ojo no hay disfraz, replicó Chato, me confieso humildemente fisico de su señoría y resucitador de la mula.

—¿Y qué resurreccion es esa? preguntó el Niño, admirado de oir hablar de tan estraña maravilla.

—Por falta de tiempo, dijo Chato muy alborozado, no he referido ya el suceso. Ustedes se acuerdan de aquella célebre mula, la sin igual corredora, del guardian de los mercenarios; miserable cuadrúpedo á la vista, infatigable y velocísimo en el campo. Ya hacia mucho tiempo que yo le tenia echado el ojo. Llevársela del convento á viva fuerza no era posible. Pues señor, á la estratagema. Todo el mundo sabe que no es menor mi artificio que mi valor. El pobrecito del tio Tragalobos, que es un santo para cosas de ingenio, me dió una medicina que cegase, encojase, y al parecer matara la mula, diciéndome lo que despues habia de hacer para ponerla en menos de quince dias tan buena como un obispo. Tomó el animal la droga; no operó pronto la medicina. Vi al dia siguiente que salia el bueno del padre Narciso á caballo en ella. Me aguanté. Cayó la mula yendo por las montañas. Dejé ir al fraile; y viendo ya la bestia abandonada, fue la tia Rodavallos, que venia conmi-

go, á divertir y separar de mí unos cazadores que alli habia, para que pudiese con libertad administrar mi antídoto. Alli vi por primera vez á este noble caballero.

— ¿Y dónde para la tia Rodavallos? preguntó Cárlos con bastante curiosidad.

— No la he vuelto á ver desde aquel dia, respondió Chato; pero Dios quiera darle salud, porque aunque bruja, es una bendita, y le quiere á vuestra merced mucho.

— Gracias por la estimacion, señor Chato, á usted y á ella.

— A mí gracias no solo por la estimacion, sino por mas de una buena obra que vuestra merced sin saberlo me debe. Por ejemplo, la otra noche, ¿quién fue sino el Chato aquel á quien tuvo su caballo la bondad de atropellar en Triana? ¿Y qué hizo el Chato? ¿Se resintió de la injuria? Al contrario, saludó á su merced por su nombre, despues de haber aplicado media docena de puntapies á un raterillo, bajo pescador,

de pañuelos, que ya le tenia sacada media bolsa de la faltriquera. Y ayer noche, ¿quién sino el Chato reconoció su voz y detuvo las balas que sino le hubieran enmudecido para siempre?

Con estas y otras anécdotas se concluyó de guisar la cena, y se sentaron á la redonda los bandidos. Pero su banquete merece capítulo especial.

CAPITULO IX.

¿A do el héroe de pecho animoso
Que á tan altas hazañas se preste,
Que el silencio nocturno y reposo
Y el campo esplore de la adversa hueste?
Iliada.

Chispeaban los rostros de los desesperados de alegría al contemplar la proeza de Chato; y regado su contento con ámplias libaciones de generoso manzanilla, brotaba, crecia y daba por fruto socces chanzas, y juramentos y votos de estupenda rotundidad.

— ¿Y el nido de Tragalobos? preguntó el capitan al que á examinarlo habia ido.

— Tan seguro, contestó el plenipotenciario, como la capa de grana del escribano de Aznarcollar.

Esta insípida respuesta fue recibida con ruidoso aplauso.

— ¿Y la plata del administrador? in-

terrogó el Niño á uno de los tres á quienes confió aquella empresa.

— Tan segura como el nido del tio Tragalobos, replicó el hombre. Tan segura, que apostaria yo á que el administrador la está contando ahora mismo.

— ¿Segun eso, te se escapó otra vez ese pillo? dijo el gefe con bastante impaciencia.

— ¡Qué escapar, me entiende usted, si nunca pudimos cogerlo! Ya hacia dos horas, usted me entiende, que debia de haber pasado por el monte. Nada, ni sombra, me entiende usted. Estaba yo que cogia el cielo con las manos, vamos al decir, pero ya era menester largarse. Salimos á lo ancho, usted me entiende, cuando vé alli al tio Pepe el ganadero de la Puebla que venia, me entiende usted, de hacer su avio en la feria de Santiponce. ¡A él, muchachos! y le limpiamos el cinto, usted me entiende, en menos que se persigna un cura loco.

— ¿Pero le dejastes algun dinero y el caballo?

— Por sentado.

— ¡Todos sois dignos, esclamó el capitan entonces con fervorosa voz, de vivir en mi corte y ser mis caballeros! ¡Vivan mis nobles!

— ¡Viva nuestro capitan! gritaron los bandidos con feroz entusiasmo, todos clavada en él la vista, y unos levantando al aire los brazos, y otros empuñando sus escopetas ó puñales.

— Todos y cada uno de vosotros ha llenado su deber.

— ¡Viva nuestro capitan! gritaban todos con denodado ánimo interrumpiéndolo.

Se levantó el Niño, y despues de dar gracias á sus compañeros, y lograr apaciguarlos, prosiguió:—No mereceria yo estar á la cabeza de hombres tan bizarros y caballeros, si no me hallará pronto á dar la vida por el último de ellos. Para mí, son mis hijos los que me sirven y sustentan, y el que á ellos les haga injuria, de mí ha de esperar la venganza. En lo mas oculto de mis entrañas tenia

yo la desventura de nuestro compañero Tragalobos. ¿Yo que soy el terror de los valientes y el amparo de los débiles, me decia á mí mismo, permitiré que tenga fin tan desdichado el mas ilustre de mis ministros? Agitado mi real ánimo con estas ideas, monto á caballo, atravieso campos, salto zanjas, y Caracortada, á quien ya de antemano habia enviado á la floresta, me dice que hacia dos horas que estaba el señor de Bruna en su quinta. Toma mi caballo, le respondí, y sígueme á lo largo. Descubrí la casa de campo, rodee embozado los jardines, y le hice una seña á nuestro conocido Periquillo, que está alli de jardinero. Vino el mancebo disimuladamente á la reja, y le dije que tenia que hablarle á su amo. "Pero señor, no lo irá usted á degollar," me preguntó. Nada de eso, fue mi respuesta. Periquillo, que sabe que por la vida no faltaria yo á mi palabra, ni verteria sangre sin necesidad, descorrió el cerrojo, y se separó silbando. Un momento despues estaba yo en la casa, a-

donde entré con una carta en una mano y el sombrero en la otra, y me dirigí al cuarto de su señoría. Por fortuna conozco yo bien aquella casa, donde pasé de muchacho una semana en un negocio á que me envió el marqués de Rascarrabia. El sitio que yo veo una vez no se me olvida nunca: asi discurrí por salas y gabinetes, pasé sin que en mí hicieran alto por junto á varios criados, y levantando al fin por detras de la vidriera una cortina, vi el temido señor de Bruna preparándose para tomar chocolate. Esperé con paciencia á que lo tuviese sobre la mesa y hubiera salido el criado. Levanté entonces silenciosamente el pestillo, abrí la vidriera, y con liviano paso me acerqué al magistrado. Continuaba él sorbiendo su chocolate, sin imaginar que junto á sí tuviese tal visita. Me embocé con la capa el rostro, desnudé el puñal, levanté el brazo, y cuando el duro hierro le relucia ya sobre la frente, saludé con moderada y urbana voz á su señoría. Sobresaltado con esta

súbita aparicion, habria el presidente de la audiencia alborotado á gritos la casa, á no haber oido mi nombre, que le anuncié manteniendo siempre mi posicion firme y muerta como la de una estátua, y añadiendo al nombre la sentencia de muerte si daba una sola voz. Cayó su ánimo al oir decir el Niño; una palidez mortal se estendió sobre su rostro, y recibió el sillon en su espaldar el cuerpo casi exánime del magistrado.

—Creo, empecé con mucha compostura y sereno acento, bajando entonces el brazo, que teme su señoría en este punto no poder cumplir el juramento que ha hecho.

—¿Qué juramento? preguntó con trémulo lábio.

—Aquel que no ha mucho tiempo hizo de *verme* ahorcado. Pero satisfágame V. S. esta duda. ¿Si yo le atravieso el corazon ahora, podrá despues *ver* mi sentencia? Temblaba el juez en silencio; y queriendo sacarlo de su terror, le dije: No tema V. S., señor de Bruna; no ven-

go á tomar venganza, sino á pedir un favor humildemente.

—¿Y qué puedo yo hacer por tí? me preguntó con vehemencia y renaciente esperanza.

—Suplico á V. S., que rescate su propia vida de mis manos.

—¿Y cómo?

—Digo que por rescate.

—Nombra la suma. Mi repeticion...

—¡Bah! Todo eso es bajo, señor juez. A mí me sobran el oro y los relojes. V. S. puede rescatar su vida con otra vida; su sangre con otra sangre de muchísimo menos valor que la de su señoría; la de un infeliz, pobre y desconocido preso, de quien V. S. ignora hasta el nombre.

—¿Ha quitado la vida á alguna persona principal? Preguntó el juez.

—A nadie.

—Pues yo soy entonces su padrino.

—¿Y qué rehenes me dará V. S.?

—Nómbralos.

—La palabra de V. S. me basta. En-

tonces el juez me dió del modo mas solemne su palabra de honor de que salvaria á toda costa los dias preciosos de Tragalobos. Restablecido ya de su sorpresa, pasó á aconsejarme que dejase mi mala vida, *et-cetera*.—Pero si alguna vez, añadió, te ves en poder de la justicia, cuenta con la proteccion del presidente De Bruna (1). Le di gracias por su favor, salí sosegadamente por la puerta principal, recibí mi caballo del fiel Caracortada, y me apresuré á recibir de vosotros congratulaciones por haber acabado sin sangre tan espléndida hazaña.

Tuvieron los salteadores por conveniente oir con entusiasmo la narrativa de su caudillo, y prolongar la cena en una bacanal tempestuosa que acabaron los vapores del vino cerrando todos los ojos.

(1) No obstante esta promesa, cuando algunos años despues cayó Diego Corrientes en las manos de la justicia, activó el señor de Bruna el proceso, para que no pudiese valerle al reo la clemencia real. En efecto, acababa de espirar en el patíbulo, cuando llegó el ya inútil perdon del soberano.

Dígase en prez de aquellos miserables que todos, y en particular el capitan, se manifestaron sóbrios bastante para conservar imperio sobre sus cuerpos y sentidos.

— Vaya, señor don Cárlos, ¿cuáles son ahora sus intenciones? preguntó el Niño á su huésped despues que estuvieron solos en el receso.

— Ir mañana al sitio señalado media hora antes del momento de la cita. El jóven á quien he escrito, aunque de lucios cascos, ya habrá encontrado medio de informar de mi deseo á la señorita á quien deseo ver. Si mañana no tengo este gusto, ¿cuándo podré gozarlo en mi vida?

— ¡Bien pensado! Vaya, como un hombre, y que nada le atemorice. Solo le pido que nunca olvide que es mi consejo contrario á esta espedicion. ¡Un fraile! No digo mas. El valor aislado sirve de poco; y usted, señor caballero, carece aun de aquella astucia, de aquel pulimento en la maldad y estratagemas del

mundo que hacen útil la bizarría. ¡Y frailecitos en el asunto! Estoy por decirle á usted que sería capaz el padre Narciso de resucitar solo para incomodarlo.

—¡Ojalá lo hiciera! esclamó el caballero, manifestando con un suspiro su arrepentimiento.

—¡Generoso pecho! dijo el bandido admirando la palabra de Cárlos, pero eso no basta. Una onza de plomo mata al mas noble caballero que bajo los cielos vive.

—Mucha prudencia es esa, capitan, dijo Cárlos, para un hombre que con tan poca obra entra solo en casa de un juez, por medio de tantos criados y atropellando tantos peligros.

—Y sin embargo, todo eso corresponde con el sentido de mis sermones; porque ademas de lo poco que mi vida vale, y que me haria gran merced el que me la quitase, yo sé cómo y cuándo entregarme en beneficio de un amigo á tales pasatiempos. Ni es tan peligroso vi-

sitar al juez, protegido por el terror de mi nombre, como presentarse en Aznarcollar con el que usted tiene.

—No quisiera que el temor me impidiese dar un paso que considero justo...

—Nada temo yo en el mundo, dijo el bandido, pero sigo no obstante los deberes del general. No creo necesario vencer peligros sin objeto alguno, sino conseguir mi objeto á pesar de los peligros. El hombre ha de hacer por sí mismo cuanto esté á su alcance. Si solo puede ganarse la batalla con desesperada lid, arrebate el general la bandera, y láncese el primero contra las enemigas bocas de fuego, impetuoso como las balas de su propia artillería. Nada importa morir como se consiga el designio; yo digo solo, que no ha de pasarse el blanco de la prudencia.

—Si es cierto la mitad de lo que se lee en los romances impresos de las aventuras del señor Diego Corrientes, replicó Cárlos, poca precaucion ha manifestado en sus acciones.

—Pues á pesar de eso, repuso el Niño, no recomiendo yo la circunspeccion solo como una conveniencia, sino como un deber. La ligereza de mis acciones, señor don Cárlos, es aparente, pero no real. Yo estoy jugando al ajedrez con mi cuerpo, y no me importa mas el pellejo propio, que un alfil ó caballo del tablero. Pero en ambos juegos, del ajedrez y de la vida, me importa sí salir bien y no vencido. Gracias á Dios que hasta ahora no me ha desamparado la prudencia. Concedo que pocos imaginarán que tal deidad me favorece. En haciendo por mi parte cuanto pueda para ganar la partida, no me quedará escozor si recibo un jaque mate. Necesito esponer mis piezas con frecuencia; y como es la muerte esposa comun de todos los hombres, ¿qué importa el dia ó el sitio en que las nupcias se celebren, con tal que por falta de sabiduría no se hayan apresurado?

Viendo el capitan que no habia su discurso producido grande efecto, continuó asi:—Pero veo, señor don Cárlos,

que todo es predicar en desierto. Quiero responder con una cita al silencio con que usted me reprueba. El noble marqués de Rascarrabia ¡pobre viejo! gozaba de una pension anual de diez ó doce ratos de buen humor, cada uno de ocho á diez minutos. Para no desperdiciar estas raras treguas del comun regaño, se habia provisto el caballero desde su juventud con igual número de consejas cortas y morales, que periódicamente repetia entre enfado y enfado. Cuando llegaba á la última volvia á empezar, y se seguian los cuentos con tanta precision y orden, como sigue el invierno al otoño, ó la primavera al invierno. Hé aqui una de sus narrativas. Un filósofo morisco, por filósofo quiero decir hechicero ó saludador, viajaba de reino en reino seguido por muchos discípulos. Les enseñaba á estos doctrinas heréticas, encantos y artes nigrománticas, pues es de advertir que el verdadero filósofo rara vez es buen cristiano. Entre otras cosas raras, tenia la de empezar y concluir

todos sus discursos hablando asi á los vagabundos que le seguian. "¡Oh vosotros, pillastres que conmigo venís! sabed que lo mismo es morir que vivir." Cansado ya uno de los aventureros estudiantes de oir aquella necia proposicion, le preguntó al filósofo: "Decidme, maese Alí, si el vivir y el morir todo es lo mismo, ¿por qué no os morís vos?" "Porque es lo mismo," le respondió el filósofo. Viva vuestra merced, señor don Cárlos, y aun puede gozar con su señora de no imaginada ventura. ¿Pero si pone su libertad en peligro y llega á perderla, quién lo salvará de una muerte desastrada?

—Si hay peligro, estoy resuelto á arrostrarlo, contestó el caballero, pero no creo que haya necesidad de hacer muestra de valor. Yo quiero ademas saber de mi padre, y las particularidades que han ocurrido despues de mi desgracia. Conozco á palmos aquellos lugares, y sé que no hay en el pueblo hombre que sea capaz de venir á prenderme. Toda la dicha

de mi vida depende de este paso. Yo persuadiré á Isabel, suplicaré á mi padre la acompañe á Portugal, vendrá con ellos Alberto, y en haciéndolo con reserva...

— ¡Reserva una señorita! esclamó el capitan. Bien, señor don Cárlos; siga usted su suerte. Yo le daré guias, armas, cuanto sea necesario. Con esto deseó el Niño buena noche á su huésped, y se reclinó á dormir lo que faltaba de ella.

No pudiendo el caballero reconciliar el sueño, se puso á la entrada de la caverna á esperar la aurora; y tan pronto como bañó ésta de rosada luz los húmidos prados, se despidió cortés y agradecidamente del capitan, bajó la escala, recibió su caballo de mano de uno de los bandoleros, que entre las breñas de una cascada le tenia escondido, y siguió á trote largo á su guia.

CAPITULO X.

Poco á poco, se fueron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua alli se parecia.

Niño, Niño, dijo con voz alta á esta sazon don Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metais en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y repruebas.

Don Quijote, Part. II, cap. 28 *y* 26.

—Créame usted, señor caballero, le dijo á Cárlos su guia, que aun faltan tres cuartos de hora largos de talle. Conozco las estrellas lo mismo que los botones de mi chaleco, y me atrevo á jurar que no han dado todavía las ocho y media.

El caballero, que en una poblada floresta habia estado observando tambien por mas de una hora la lenta ascension de las estrellas, miró el reloj á la luz del cigarro del bandido, y vió que iba en efecto tan perezoso como las silencio-

sas antorchas del cielo. Montó á caballo sin embargo, y se fue aproximando poco á poco á la cima de una colina, desde donde se descubrian los campos y valles de su lugar nativo. Las frentes de los cipreses y pinos se mecian argentadas por la luna nueva en el seno tenebroso de la atmósfera, revelando con su movimiento la calma y solitaria oscuridad de la noche. Miró ansiosamente el caballero hácia la cascada. Esperaba que Alberto si estaba libre, ó sino á instancia suya cualquier otro amigo, harian cierta seña con un pañuelo blanco. Diez minutos habrian transcurrido, cuando plateó la luna el perfil de un hombre, y flotó el blanco lienzo por el aire. Se ocultó despues la forma. Sin esperar Cárlos la repeticion de la señal, despidió con generosa recompensa al guia, y bajó sin detenerse al valle. Oyó entonces el ladrido de un perro, que poco despues estaba ya á sus pies festejándolo. Reconoció desde luego el perdiguero favorito de Alberto, y siguió confiado la senda que el fiel ani-

mal le indicaba. Al atravesar el pequeño bosque que corona la cascada, descubrió con gozo inefable la blanca figura de una muger sentada en los céspedes. Se apeó y se precipitó con brazos abiertos hácia la vision adorada. Ella, al principio sorprendida, corrió tambien á Cárlos á reconocerlo, rodeándose con ardiente abrazo al rededor de su cuello. Una voz ronca y profunda rompió á deshora el silencio de esta apasionada escena. "¡Abajo el asesino!" "¡Perezca el asesino!" resonaba por todas partes. Se habian apoderado de los brazos del caballero cuatro ó cinco hombres, y era en vano su vigorosa lucha. "¡Déjame, Isabel! esclamó; ¡déjame, amor mio, que me defienda!" A cada palabra del caballero se cerraba mas el nervioso abrazo que lo sofocaba. "¡Tú tambien, Isabel mia, gritó con herida voz, tú tambien estás entre mis enemigos!" y desde aquel punto no hizo mas defensa. Cargado de grillos y esposas, atado fuertemente á la silla de una mula en que le montaron, y

rodeado de gente armada, empezó á caminar el caballero sin saber adónde.

Un cuarto de legua habrian andado, cuando se oyeron voces cerca del camino, gritando: "¡Fuego á los traidores! ¡Al socorro de nuestro padrino! ¡Pena de muerte al que no me siga!" Con esto salió de la espesura un hombre á caballo completamente armado, disparó un trabuco á los guardas de Cárlos, y mandó avanzar á su gente. El muchacho que conducia la mula del caballero llevaba por acaso una escopeta al hombro, y á impulsos del miedo se la disparó al campeon que al socorro venia, y le pasó el pecho con la bala. Huyeron algunos guardas, prepararon otros sus armas, pero no se oyó mas rumor de avance ni retirada. Recobrada la perdida bizarría, mandó el gefe de la espedicion, que iba caballero en otra mula, que se acercase la gente á examinar y prender al hombre que habia caido, sin volver á respirar ni quejarse. Le encontraron ya muerto, y se pusieron á examinarlo con una lin-

terna, á cuya luz reconoció Cárlos al hombre que acababa de servirle de guia. Dijeron los guardas que era Caracortada, salteador de la gavilla del Niño, que tenia aterrados todos aquellos contornos. Despues de este accidente continuó la partida caminando sin oposicion.

Mientras prosigue Cárlos su jornada, disimulen una corta digresion nuestros lectores. — Tal vez no se habrá olvidado la situacion del padre Narciso al tiempo de la huida de Cárlos, ni que Isabel estaba desmayada y cuidándola Eugenia, mientras fue Alberto en casa del cura. El subsiguiente bullicio á la puerta de este sacerdote acabó de alborotar el lugar, y no quedó en él persona que no acudiese á ver y contar las particularidades de aquel terrible caso. El guardian del convento á que el padre Narciso pertenecia se presentó, como era natural, y antes que Isabel volviese en sí hizo que se retirase al convento el cadáver en una escalera, cubierto con una manta.

Sintió toda la gente del pueblo aquella desgracia, pero nadie tanto como la señora Andrea la madre de Isabel. Se arrancaba los cabellos, se hería las megillas y pedia justicia por las calles con frenéticos alaridos. Cayó á la puerta de la iglesia, casi exánime y ahogada por la intensidad de su dolor. Vuelta en sí, preguntó sosegadamente por Cárlos. "No parece en todo el lugar," respondió uno de los alguaciles que salian de casa del cura. "Prender á Alberto, replicó la señora Andrea; él dirá donde está." "Tambien Alberto se ha escondido," dijo el ministro. — "¿Y el padre de don Cárlos?..." — "No está en el pueblo," respondieron muchos de los concurrentes al mismo tiempo. — "¡Todos!" esclamó llorando con indecible amargura la anciana, cuando importunamente se presentó Alberto. Le rodeó la multitud preguntándole por Cárlos, y le condugeron provisionalmente á la cárcel, adonde le siguió la señora Andrea con ánimo de ocultarse en el oscuro zaguan, y no per-

der á Alberto de vista por motivo alguno. Imaginaba que tal vez por este medio podria descubrir el paradero de Cárlos. El lector sabe sus esfuerzos para que se prendiese á Chato, y como este pudo evadirse. La señora Andrea habia seguido desde lejos la comitiva y visto la ya descrita escaramuza; y cuando percibió entre los beligerantes un hombre á caballo, que, como Santiago en las Alpujarras, desbarataba por docenas los enemigos, creyó que fuese Cárlos, y llenando el aire de imprecaciones contra el asesino, se volvió con aquel sosiego esterno que revela la operacion interior de fieras pasiones. "El infierno da nervio á su brazo, decia con reprimida voz, y debilita los de los cobardes que á prenderlo fueron." Ya venia en esto entrando por el pueblo la dolorida y triste figura del escribano. — Apártese un poco, tia suya, le dijo: no puede un hombre andar por el lugar con tanta vieja.

— ¡Hombre! le contestó la señora Andrea con desprecio: ¡adelante, don co-

cobarde, de menos ánimo que una gallina! Sorprendido de este lenguaje miró el escribano á la que lo usaba, y siguió sin responder palabra cuanto la hubo conocido. Pero no bastó esto para acallar á la desapiadada acusadora, que le seguia gritando con trémula voz: — Alce la frente, señor escribano, que otros cobardes la llevan tambien levantada.

Chato le habia quitado al escribano la posibilidad de condescender con esta insinuacion. Tan de lleno, y con tan buen ánimo le habia aplicado la espada á los huesos, que no podia su merced andar de otro modo que con una mano sobre la cadera y con la otra tentándose la nuca. El dolor agudo de la espalda le hacia poner un gesto á cada paso que daba, contrayendo los labios á manera de burlesca risa. Y como no habia en el lugar quien se acordase de haber visto jamas animada la faz de su escribano por la mas leve seña de alegría, era maravilla para el público tan inesperado alborozo.

— Padre, le dijo al escribano su hi-

ja, bigotuda doncella que ya frisaba en los cuarenta, ¿tan gallardo corte tiene usted que necesita desfigurarse?

—¿Qué vergüenza es esta? gritó su dulce consorte. Un hombre de tu edad haciendo por la calle muecas para divertir á los muchachos. ¡Y sin capa! Para traerme á casa un buen resfriado, tos perruna y jaqueca con el tiempo que hace. Este pícaro me ha de enterrar. Ya lleva el pescuezo torcido del catarro. ¡Ah, deshonra de la familia! Y asi continuó la anciana con otros requiebros matrimoniales.

—¿Qué es esto? dijo el barbero; ¿el escribano en cuerpo? La misma similitud del esqueleto de Judas Iscariote vestido para el sábado santo. ¡Levante usted esa cabeza, resalado!

—Guarde para sí sus bromas, señor rapista, dijo con dolorido acento el notario, aunque no habia osado haberlas con su muger; lo mismo puedo yo levantar la cabeza que aquella torre con el dedo.

—¡Oh! ¡proh! interjeccionó recal-

cadamente el maestro de escuela. ¡Estraña fantasía la de su merced, del señor escribano, en ir por ahí como una *et-cetera* mal formada! Y Antoñillo tambien entre dos hombres y cubierto de sangre. Siempre dije yo que prender á don Cárlos sería *periculosae plenum opus aleae.*

Con profundos suspiros empero se dirigió el escribano á las casas consistoriales, moviendo las descarnadas y largas piernas en fantásticos ángulos, como lo hace una araña medio estrujada. El alcalde chico y gordo, magistrado de los que ponian la señal de la cruz por firma, estaba ya instruyendo sumaria de aquel acto y tomando declaraciones. El herrero, cuya tremenda espada se habia llevado Chato, fue el primer testigo. Pero como no lisonjeaban mucho su vanidad los sucesos pasados, dijo que no estaba para dar declaraciones, y salió con áspera impertinencia por entre el gentío, sin que nadie, ni aun los muchachos, hiciesen esplícitas observaciones sobre sus hinchados ojos ó vacía vaina. Siguió el escribano, que

por ser parte no podia ejercer en aquella sumaria su empleo. Hé aqui el interrogatorio.

Alcalde. (*Despues de las generales de estilo.*) ¿Habeis visto, percibido, divisado ó entrevisto la persona de don Cárlos Garci-Fernandez?

Escribano. No señor.

Alc. ¿Habeis visto, percibido, divisado ó entrevisto algunos de sus parientes, cómplices, socios ó compañeros?

Esc. He visto y sentido tanto á uno de sus socios, que en el infierno vea yo nadando, que no le olvidaré en lo que me queda de vida.

Alc. Ese socio que nadar veais en el infierno, y que visto y sentídolo habeis, ¿ha hecho resistencia á la justicia, ú ofendídoos con acciones, signos ó palabras de boca, ú ofrecídoos dádivas para sobornaros?

Esc. A mí nada me ha ofrecido: lo que sí ha hecho ¡Dios confunda sus signos y sus dádivas! ha sido darme lo que bastara para demoler á un gigante.

Alc. ¿Os habeis apoderado de sus armas, vulgo puñales ó escopetas, de sus acémilas, vulgo asnos ó caballos, ó sus ropas, vulgo polainas, camisas ó capas para servir de cuerpo de delito?

Esc. (*Levantándose ya sin poder contener su furia, y dando un profundo ¡ay!*) ¡Para servir de cuerpo de Satanás! (*Elevando la voz otros dos puntos.*) ¿Y tiene su merced conciencia para preguntarme si le he quitado la capa, cuando me ve aqui sin la mia, de militar y en cuerpo, como una cigüeña sin plumas? Mi capa de grana ¡ay las costillas! es lo que el infame se ha llevado, y no volverán á ver mis ojos. Cerca de treinta mil maravedises me costó en Sevilla. ¡Treinta mil maravedises digo!

Alc. ¿Y teneis rencor y mala voluntad al dicho socio por la apropiacion de la dicha capa y por la dicha oferta y dicha dádiva que os hizo, ó le descais mal, ó mala ventura?

Esc. Lo que yo deseo ahora son bizmas y estopas, que no venganzas. Pero si

de esta salgo con vida y los miembros no se me entullen ni entumecen, y algun dia puedo ponerle la mano encima, entonces se acordará de mí.

Hasta aqui habia llegado el proceso, que iba estendiendo por el escribano el sacristan del pueblo, cuando entró en la sala el guardian del convento del padre Narciso, y dijo reservadamente al señor alcalde que acababa de sugerirle la pobre de la señora Andrea se examinase á Alberto secretamente; y pareciéndole bien la idea, pidió como parte injuriada se pusiese á Alberto bajo su proteccion. Concedió el alcalde la demanda. Seis forzudos criados del convento se hicieron cargo de Alberto. Le registraron, y hallaron aun cerrada en su manga la esquela de Cárlos. Los mismos forzudos gañanes se emboscaron por orden de su superior en el punto señalado por Cárlos para la entrevista nocturna. La señora Andrea, temiendo la sagacidad de Cárlos y queriendo prestar personal ayuda, fue tambien á la cascada, llevando consigo una ropa

blanca que se echó por los hombros para deslumbrar al caballero. Cómo se condujo en la sorpresa ya lo han visto los lectores.

CAPITULO XI.

Per me si va nella città dolente:
Per me si va nell'eterno dolore:
Per me si va tra la perduta gente.
Giustizia mosse'l mio alto fattore.

Por mí se pasa á la ciudad doliente:
Por mí se entra al eternal quebranto:
Por mí do gime la perdida gente.
La justicia moviera á mi autor santo.

Dante.

—¡Y esta casa de angustia ha de ser mi albergue hasta que una muerte vergonzosa me libre del peso de mis crímenes! ¡En qué abismo de miserias me veo sumergido! Tres dias hace era yo el heredero de un honroso nombre, jóven, rico, feliz en mis doradas ilusiones. Me creía amado del corazon mas noble y puro que embellece la naturaleza. Ahora, cargado de crímenes, odioso matador, y aborrecido de aquella cuya sonrisa era mi paraiso. Pero no. El testimo-

nio de mis sentidos es falso y visionario. Isabel no puede haberme engañado. ¡Y mi padre! Mi bondadoso y anciano padre bajará ahogado por el dolor á la huesa, llorando con lágrimas de sangre el destino de un hijo que tan poco merecia su cariño.

Tales eran las reflexiones de Cárlos, cuando al primer albor del dia percibió la estructura interna de la cárcel pública de Sevilla, adonde se le habia alojado despues de un penoso viaje. A merced de la escasa efulgencia de la aurora vió levantarse del seno de la noche las umbrosas columnas que en doble hilera circuyen el patio, sustentando el techo bovedado de los corredores. Vertia una fuente en medio del patio sus quejosas aguas, y aquel monotono y triste sonido aumentaba el desconsuelo del aun no roto silencio. Al crecer la luz se fueron descubriendo infinidad de portezuelas de diversas celdillas ó nichos á lo largo de los corredores, y todos los ángulos, paredes, techos, arcos, esquinas y suelos apare-

cieron asegurados con poderosas barras de hierro.

Estaba Cárlos resignado y resuelto á sufrir varonilmente cuantas pruebas le tuviese destinadas la Providencia. Empezó á poco de su llegada á dejarse sentir la dulce brisa de la mañana. Su frescura atrajo al patio á los pobres encarcelados, que comenzaron á salir de sus aposentos con paso perezoso y bostezador, y medio dormido semblante. Desnudos y miserables entes, que solo conservaban de hombres la crueldad, la astucia y el egoismo, sin ninguno de los impulsos nobles que adornan la especie, ni aun dolor de haber pasado la vida en padecimientos y crímenes. Se saludaban unos á otros con inoportunas maldiciones y blasfemias; los acentos de la desesperacion eran sus himnos matutinos.

Tan pronto como los presos observaron á Cárlos, se formaron en una cerrada masa, y le atacaron abiertamente con el designio de reducirlo á la desnudez humilladora en que los mas de ellos estaban.

No esperaban la resistencia que encontraron, y asi recedieron en confusion momentánea á los primeros golpes del caballero. Empezó el ataque con doble vigor, pero tambien se aumentó el de la defensa, y tuvieron que retroceder por la segunda vez los prisioneros. Empezaron ya á lucir en sus manos las orinientas navajas y á sonar los gritos de "despacharlo, acabarlo." Hubiera sucumbido sin duda el mancebo, á no oirse en aquel instante una ronca voz que mas allá de la turba dijo con áspero acento:

—¡Quieto todo el mundo! ¿Con que os habeis empeñado en que no he de pegar yo los ojos por la mañana?

No hubo lengua que por el momento se atreviese á responder á esta temida voz. Al fin contestó encogidamente uno de los presos:

—Vaya, no hay que enfadarse, tio Tragalobos. ¿Cómo se ha de remediar? Pero ya que está usted despierto, es menester que desplumemos á este pichoncito.

—¿Cómo? ¿Otro vecino ha venido?

preguntó en mitigada voz el tio Tragalobos, adelantándose por entre los presos á examinar al recien venido. Apenas vió Cárlos á este personage tan autorizado entre malhechores, reconoció en él al traficante de trigo de Santiponce. El supuesto mercader estendió la mano á nuestro caballero, y espresó con risueño y afable rostro lo que le pesaba haberlo vuelto á ver tan pronto y entre aquella gente *non sancta*. Y volviéndose á los rufianes, y con enfático acento: — Que me toque el mejor de vosotros á la suela del zapato de este caballero, que alguien le hable ó lo mire siquiera sin respeto, y al que sea valiente para hacerlo, le arrancaré yo la lengua y le cortaré las manos por las muñequitas. ¡Basta! Y volviéndose al caballero sin que nadie osara comentar sus encargos: — Ahora, como yo soy de la casa, me hará el señor don Cárlos el favor de venir á almorzar conmigo á mi estrado.

Era este uno de los cuartos de los corredores, no muy grande, ni de aire muy puro. Un jergon de paja cogía casi todo

El resto ocupaban varios pucheros y cazuelas, una guitarra vieja, un fogoncillo de yeso y un pellejo de vino. Este empero era el aposento mas lujoso de aquella parte de la cárcel.

—Todavía no está aqui ese pillo, dijo el tio Tragalobos asomándose al cuarto; al fin tendré que zurrarle la badana. Y poniéndose ambas manos al rededor de la boca: ¡Mi alano! ¿A dónde está mi alano? A estos furiosos gritos acudió vivo y temeroso un muchacho como de catorce años.—Toma ahí unos chorizos y un poco de jamon, y danos de almorzar en el aire; y cuidado conmigo, le dijo el terrible señor mirándole de reojo. Luego con otro gesto á Cárlos:—¿Me hará usted merced de dar unas vueltecitas por el patio mientras se hace el almuerzo? Aceptó el caballero, y en tanto que se paseaban empezó asi el potentado de la cárcel:

—Por sentado, noble mancebo, no es por robo esta visita...

—¡No señor! dijo Cárlos con altane-

ra voz y mirada, y deseando que se abriese la tierra bajo sus pies y ocultase su humillacion.

—Aqui no se trata de ofenderle, señor caballero. No hay cosa mas detestable que el robo. Gracias á Dios que le ha librado á usted de cometerle.

—¡Amen! contestó Cárlos.

—Infame vicio, prosiguió el bandido, vicio maldito de Dios...

—Perdone usted, le dijo Cárlos no queriendo pasar por demasiado simple. ¿Suele usted guiar su conducta por su teoría? Por el mundo de afuera, tio Tragalobos, no tiene usted fama de gran moralista.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho, señor caballero. Yo puedo pensar una cosa y hacer otra. He tenido la desgracia de tomar algunos préstamos de gente desconocida que me ha quitado el crédito. Pero esto no viene al caso. Lo que su merced necesita, señor caballero, es saber cómo se ha de manejar en esta casa. Mi pobre consejo puede serle útil, y

voy á dárselo si antes del almuerzo hay tiempo.

— De sobra le tendremos, señor Tragalobos, pues segun yo colijo de lo que llevo visto no le faltará una persona en la casa que se haga préstamo de su jamon y sus chorizos.

— ¿En esta casa? ¡Nadie! Está cuidándolos el alano; pero sino hubiera un alma se moriria de hambre el preso mas atrevido antes que tocar al almuerzo del tio Tragalobos.

— ¿Y de qué magia hace usted uso?...

— De ninguna. ¿Pero quién me alza á mí el dedo, si soy yo el baratero?

— ¿Y qué derechos tiene un baratero?

— ¡Vaya, señor, que tiene su merced los ojos cerrados todavía! ¿A quién no se le ocurre que estos infelices que estan aqui necesitan su cacho de subordinacion como los demas hombres? Juegan por ejemplo un cané, y se reñirian y matarian sino hubiera un baratero que distribuye imparcial justicia como yo lo hago.

— ¿Con qué autoridad?

— Con la sola conocida en el mundo desde los dias de Cain. Un palmo de hierro frio.

— ¿Y qué, tiene usted armas aqui?

— A menos que no sea su merced, no hay en el patio hombre ni chiquillo sin su guaiceña. El cómo se ocultan las armas es arte demasiado bajo para un caballero.

— ¿Y ha ganado usted su empleo á puñaladas?

— El primer dia que llegué aqui me dirigí á los jugadores y les pedí el barato. El alano del que era entonces baratero se levantó, no se quitó el sombrero por no tener ninguno, y me dijo que Pascualillo el Zurdo era el baratero de la cárcel. No me conocia á mí de vista Pascualillo. Se vino hácia mí, y yo, sin hablarle palabra, le dí una navajita de cachas negras que son las solas. Nos echamos la capa al brazo, y peleamos como caballeros. Tres veces le pasé por el pescuezo el filo de la navaja sin querer ha-

cerle daño. Lo conoció Pascualillo, y vencido por mi generosidad, tiró la navaja y me ofreció la mano. Caballeros, les dije yo á los espectadores, Pascualillo el Zurdo tiene un corazon tan bien puesto y una mano tan firme como la del mismo Diego Corrientes el Niño. No le ha vencido ningun pordiosero ni raterillo, sino el célebre tio Tragalobos, servidor de ustedes. Vente á almorzar conmigo, Pascualillo. Aqui yo mando, y yo soy el baratero; pero te cedo á tí la mitad del barato. El aplauso unánime y ruidoso de la multitud coronó mi discurso. Desde entonces he mantenido el orden, castigado á los que lo quiebran, y sido el padre de los pobres alanos que no pueden protegerse á sí mismos.

— ¿Y qué alanos son esos?

— Todos los chiquillos de menos de catorce años. Por aqui andan á docenas. Perecerian los pobrecitos á manos de los feroces presos sino se ampararan de mí. El que nos está haciendo el almuerzo es uno de ellos. Yo lo favorezco particular-

mente, y me sirve de page. Él cobra el barato, y me sirve de tesorero y guarda-almacen de mis alhajas, que son las mismas que se roban diariamente por la ciudad y vienen aqui en depósito.

Hasta este punto habia llegado el diálogo, cuando anunció el alano del tio Tragalobos que ya estaba el almuerzo en el suelo. Se lanzó el baratero al jamon frito con mas brio que Ulises á los amantes de Penélope; y viendo la inapetencia de su huésped, le preguntó si por acaso el valor le escaseaba.

—No lo creo, contestó Cárlos; pero me es imposible llevar un bocado á la boca cuando veo tantos semblantes hambrientos, tantos ojos desencajados detras de las migajas que caen.

—Dura verdad, señor don Cárlos, pero antes de mucho le enseñará el hambre otra regla. Permítame su merced le haga una pregunta tal vez impertinente. ¿Tiene mucho oro consigo?

—No mucho. Anoche me registraron, llevándose buena parte del que te-

nia en el bolsillo, con algunos papeles y un pañuelo de olan que cierto ermitaño me habia regalado.

—Mi curiosidad tenia por objeto ofrecer á su merced mi pobre bolsa si de ella necesitaba.

—Quedo agradecidísimo, y tanto mas, cuanto que no creo tenga usted motivos para mostrarse tan atento.

—Los motivos me sobran, señor caballero. Yo fui á Santiponce, casi espresamente, para limpiarle á usted las faltriqueras del dinero que habia de recibir en Sevilla. Sería fuera del caso decir el cómo y el cuándo me enteré yo de los negocios de su padre de usted y de los suyos. La noble conducta que manifestó usted á la entrada de la ronda le cautivó mi estimacion y la de mi gente. De aqui adelante puede usted viajar por toda España sin que le falte un pedazo de pan ni un amigo. Ademas que yo soy de mio inclinado á servir á la gente principal. Un pobre empleadillo, un tendero, un labrador miserable no ha visto nunca

mi sonrisa. La sangre noble es otra cosa. Pero aqui está el almuerzo de nuestros camaradas.

Todos los ojos se clavaron en la doble puerta de hierro del patio. Dos mozos trajeron una tremenda caldera de habas cocidas en agua. Se agolparon los prisioneros á recibir cada uno su escudilla de aquel miserable alimento, que devoraron despues con frenética vehemencia.

Se paseaba Cárlos á grandes pasos lastimado el corazon de ver tal escena, cuando llegaron á sus oidos profundos sollozos de uno de los infelices. Volvió la cara, y vió que el que se lamentaba no tenia delante escudilla alguna. Le caían por las pálidas y sucias megillas gruesas lágrimas, y tenia la cabeza caida sobre el pecho. Le preguntó Cárlos muchas veces por qué lloraba; pero no pudiendo arrancarle respuesta alguna, fue á consultar al tio Tragalobos. El buen baratero preguntó con una voz tan agradable como el chirrido de uno de los cerrojos de la

cárcel por qué aquel perro estaba allí pujando como una vieja. — Yo no he... replicó el abatido preso, yo no he... repetia con palabras envueltas en convulsivos suspiros, yo no he comido ayer, y hoy no tengo almuerzo. — ¿Y por qué no? gritó Tragalobos furiosamente. — Porque perdí mi racion al juego, respondió con las mismas interrupciones. — ¡Por el cuerpo de los apóstoles, esclamó espumando de rabia el baratero, é hiriendo con el pie las losas. ¿No he mandado yo que no se jueguen las raciones? ¿Quién te ganó la comida? — No quiso responder el hombre, y continuó llorando. — ¡Aprenda usted, señor caballero, dijo el baratero á Cárlos, lo que es el mundo y lo que es el hombre! Estos esclavos viles de sus propios vicios, gustan solo dos veces al dia el amargo pan de la cárcel; pues hasta ese triste sustento de la vida dan ellos por la fatuidad del juego. ¡Estos no son hombres, sino serpientes! — ¿Quién le ganó á esta bestia ayer la comida? Nadie le respondia. —

¡Aqui mi alano! gritó con voz de trueno y feroz y amenazadora vista. — Vino el muchacho, y dijo que el Bizco era el de la ganancia. Pronto como el relámpago voló Tragalobos al otro lado del patio, arrojó al suelo al Bizco con opresiva fuerza, y le trajo envuelto en un torrente de patadas y bofetones al punto donde lloraba aun el otro preso. Despues de haber casi deshecho la cara y cuerpo del culpado, hizo que su alano le quitase cuanto á la sazon tenia, esto es, algunas pesetas y reales de plata. Dió la mitad al famélico, mandándole que comprase comida, y viniese bajo pena de muerte á comerla delante de él; la otra mitad mandó al muchacho que se la guardase por via de derechos. Despues se dirigió á los presos. — Señores, dijo con voz muy sosegada. Tengan ustedes en la memoria lo que voy á decir ahora. No quiero ni consiento, porque asi se me ha puesto en el moño, que se venda, cambie, dé ó juegue la comida. ¿Estan ustedes enterados? Porque el primero que

me falte... No digo mas. Ya ustedes me conocen. — Entonces se apareció el hambriento preso ya provisto de pan y bacallao, que acababa de comprar por la reja, y venia á devorar junto á su protector. Los frenéticos é inciertos ojos parecian salir de sus órbitas, y se aplicaba ambas manos para forzar cuanto antes el alimento á través de los descoloridos labios. — ¡Afuera de aqui, furia del infierno! le dijo Tragalobos; ¡cuidado con otra!

Despues de este acto de discrecionaria justicia se puso á cantar el baratero, acompañándose á la guitarra, mientras se dividieron los presos en varios grupos. Jugaban unos á los naipes, otros al cuchillo, y los mas jóvenes empleaban los suaves dedos en sacar objetos de las faltriqueras de dos ó tres rufianes, que los estaban amaestrando en aquel arte infame. Un incesante zumbido de execraciones y juramentos acompañaba todas estas diversiones.

Cuando mas atentos estaban todos á sus respectivas ocupaciones sonó la voz

del muchacho favorecido de Tragalobos, diciendo "el Lorito." Se guardaron los jugadores cartas y cuartos, los combatientes sus armas, y se puso de color de ceniza el rostro de un nuevo preso que acababan de traer los alguaciles. — ¿Le damos pan y vino? preguntó el muchacho á su patron, que contestó con una seña afirmativa sin interrumpir la música. — Pues que beba el Lorito, dijo el muchacho, á la salud de los buenos músicos. — Todos se arrojaron sobre el recien venido Lorito, le llevaron á puntillazos á la fuente, en que empezaron á sumergirlo y levantarlo hasta que perdió el sentido. No le sirvió al desgraciado la intercesion de Cárlos con Tragalobos. — Ese pillo, dijo el baratero, ha dado dias hace una declaracion que ha perdido á muchos valientes, y por la que en parte estoy yo aqui ahora. Para que otra vez no cante tan de ligero, le he mandado dar ese refresquito, que se repetirá una vez al dia si el tunante viviese en esta casa un siglo.

Todo el dia se consumió en escenas semejantes. Antes de anochecer empezaron á agolparse á la reja las mugeres de muchos de los presos, vociferando por sus maridos. Les traían manjares y frutas, y á pesar de la prohibicion que para ello habia, aguardiente y otros licores. El tio Tragalobos recibió un canasto de escogidos comestibles que le presentó con amoroso cuidado una gitana, cuya presencia hubiera aniquilado todo sentimiento tierno en cualquier otro pecho que el del baratero. Los vapores del aguardiente, la presencia y cercanía de las mugeres, la irritabilidad de sus propias pasiones, pronto condujeron á los presos á actos de inmunda obscenidad, en cuya intemperancia quedaron envueltos madres, hermanos, hijas y desconocidos.

Tres dias pasó nuestro caballero en humillacion tan grande, cuando se dijo en el patio que habria al otro dia visita general de cárceles. Estas nuevas fueron un bálsamo para el corazon de Cárlos, que esperaba conseguir pasar á otra par-

te de la prision, y saber el estado de su causa, de que no tenia el mas leve conocimiento.

El bullicio de los presos, el crujir de poderosas cadenas, y la aparicion á la reja de varios alguaciles y otros ministros, indicó á la mañana siguiente que ya habia empezado la visita en otra parte de la cárcel. Una hora despues se llenó el patio de nuevos ministriles, escribanos y notarios, y en pos de ellos entró una brillante corporacion, compuesta del arzobispo diocesano, varios prelados, muchos nobles y sugetos principales, el señor de Bruna con otros magistrados, y algunas señoras de las mas distinguidas de la ciudad.

Mientras los sacerdotes, damas y caballeros distribuían limosnas á los desventurados presos y se esforzaban en consolarlos, les iba el señor de Bruna preguntando individualmente si tenian alguna queja que dar ó peticion que hacer. Los mas de aquellos hombres, cuyo único orgullo era poseer cierta fiereza á que ellos llamaban valor, se presentaron al

juez con la mayor humildad y servil mansedumbre. Se llamaba á los presos por el orden del registro ó lista del carcelero. Cuando llegó el turno de Antonio Martinez (alias Tragalobos) se llenó Cárlos de admiracion al ver el porte insignificante de la persona que respondió á él, y tuvo que examinar atentamente sus facciones para reconocer á través de su incógnito al temido baratero. Habia el caudillo de los presos depuesto sus botones de filigrana, terciopelos y sedas, y ceñídose los lomos, como Ulises al volver á su palacio, *con una ropa de indecentes harapos.* La espresion de su semblante, su carácter y ánimo parecian abismados tambien en la pobreza que indicaba el trage. En vez de la astuta y altiva mirada del potentado, apenas despedian sus ojos la luz confusa de los del esclavo; Cárlos, empero, interceptó un guiño del disfrazado héroe al escribano, que probaba la identidad de su antiguo conocido.

No obstante el garbo despreciable de

este preso, condescendió el señor de Bruna en hacer de él mérito especial.— ¡Hola! usted es el señor Tragalobos, le dijo. Dos veces, señor Tragalobos, ha recibido usted sentencia. Ya es tiempo de que á la tercera se satisfaga la pública vindicta.—Señor excelentísimo, esclamó el prisionero con su estúpido gesto, misericordia para este pobre viejo.— No se canse usted en vano, señor mio, le contestó el juez; si usted no mereciera todo el rigor de la ley, si yo no hubiera estado de antemano dispuesto á aplicársele, la visita y recomendacion que he tenido el gusto de recibir de su amigo de usted el Niño hubiera acabado con toda mi lenidad.—Otro preso.— Francisco de Vargas, alias Churripampli, gitano, pronunció el carcelero con voz estentoriana, añadiendo que aquel preso estaba un poquillo indispuesto.— Mi obligacion es visitarlo, á pesar de todo, dijo el juez aproximándose á la puerta de su cuarto. Estaba el miserable tendido en el suelo y en perfecta y ab-

soluta desnudez. Respiraba dificil y ruidosamente, y le devoraba una fiebre que tenia caldeado con su impuro fuego toda la habitacion. Tres escudillas de habas frias y glutinosas estaban junto al cuerpo. A las preguntas del juez levantó la cabeza, maldijo al que le incomodaba, y dilatados los músculos de la nariz, y encendidos de mortal fuego los ojos, volvió á su primitivo estupor.

—Cárlos Garci-Fernandez, resonó despues, acusado de la muerte violenta de un sacerdote, y de formar parte de la gavilla del Niño.

Al oir el primero de estos crímenes no quedó cabeza que no se volviera á ver al perpetrador; en oyendo las sospechas del segundo recedió Cárlos horrorizado y casi sin sentido. Las señoras, el arzobispo, todos miraban atónitos en derredor, esperando ver adelantarse el reo. —¿Y quién de estos es? preguntó el señor de Bruna viendo que nadie respondia. —Aquel jóven, contestó el carcelero, que con los brazos cruzados se apoya en la co-

lumna. Se acercó el juez y le preguntó si era Cárlos Garci-Fernandez.

— No señor, replicó el humillado caballero; el rey me llama *Don* Cárlos Garci-Fernandez.

— Asi está nombrado en el espediente, dijo el escribano.

— ¿Ha cometido usted el delito de que se le acusa, señor don Cárlos? continuó el juez.

— En mi propia defensa desnudé la espada contra la de mi adversario. Yo no provoqué su hostilidad, y debí proteger mi vida. Peleamos, sin que pueda yo ser responsable del resultado.

— ¿Y ha formado usted parte de la tropa del Niño?

— ¿Cómo no se abstiene V. S., señor juez, de hacer tan degradante pregunta á un caballero? ¿Tiene V. S. acaso el derecho de insultar al infortunio?

— No señor. No tengo tal derecho, inclinacion ni costumbre. Pero sí el deber de examinar, por penoso que me sea, cuanto arroja de *sí* el proceso. Cinco ó seis

testigos han declarado que les asaltó en medio del camino real el bandido Caracortada con el objeto de salvar al acusado, á quien llamaba durante la escaramuza su *querido padrino*, *su patron* &c. Es notorio que no habia entre las gentes del Niño salteador mas inhumano que Caracortada.

Un general y una señora que habian estado hasta entonces juntos distribuyendo limosnas á los encarcelados vinieron á ver al caballero. Ambos contemplaron con grande admiracion la belleza varonil del jóven, la elegancia de su trage, y el dolor y arrepentimiento que estaban pintados en su semblante. El general tomó de manos del escribano de Cárlos la rica espada del caballero y un pañuelo de batista manchado de sangre, únicos objetos que servian de cuerpo de delito. Celebró el general la flexibilidad, temple y buena montura de la espada, y se la devolvió al escribado; pero al examinar el pañuelo esclamó repentinamente y con grande sorpresa: — ¡Rara cosa

por cierto! Bien se debe, señor de Bruda, interrogar á este caballero respecto al pañuelo que tengo en la mano, porque es uno de los mios. Vea usted aquí en las esquinas mis escudos de armas. Este, con todos los de su clase, estaba en el cofre que robó la partida del Niño cuando venia mi equipage de Cádiz.

El señor de Bruna interrumpió las observaciones que sobre el particular quiso hacerle Cárlos, aconsejándole friamente que guardase su defensa para la ocasion oportuna, y mandando al escribano insertase en el espediente la declaracion que acababa de dar el general. La dama á quien iba este gefe acompañando se esforzó, pero en vano, en consolar á Cárlos. Viendo que eran inútiles sus palabras, le dejó, muy lastimada al parecer de su juventud y desgracias, y acabada la visita salió del patio con los demas personages que allí venian.

Quedó el caballero sumergido en aquella especie de indiferencia ó letargo que suele nacer de la acumulacion de muchos

males. Se acordaba confusamente de que quiso Caracortada salvarlo por medio de un audaz estratagema que le costó la vida. Pero el pañuelo del ermitaño, que si estaba manchado era de su propia sangre, cómo podia pertenecerle al general. — ¿No son bastantes mis crímenes? esclamaba. ¿Menester es que arroje sobre las canas de mi padre la ignominia mas afrentosa? ¡Un hijo asesino y salteador! ¡Y tú, Isabel! Con estas palabras cayó el caballero en los brazos de Tragalobos, que por casualidad estaba junto, casi sofocado de desesperacion, de amor, de esperanza, de vergüenza y de arrepentimiento.

FIN DEL TOMO PRIMERO.